EMANCIPACIÓN

Las anarquistas y la liberación de las mujeres



LIBERTARIAS VOLUMEN 2

EDICIÓN ORGANIZADA POR
GRUPO DE ESTUDIOS
J. D. GÓMEZ ROJAS

EMANCIPACIÓN

Las anarquistas y la liberación de las mujeres

Compilación de
Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas

Virgilia D'Andrea
Raquel
Luz Meza Cienfuegos
Juana Rouco Buela
Virginia Bolten
Teresa Claramunt
Hé Zhèn
María Álvarez
Emma Goldman
Ilse
María Lacerda de Moura
Milly Witkop-Rocker
Una Rebelde
Federica Montseny
Alejandrina B. y Ch.
Kitha Kurin
María Alarcón

Índice

Nota editorial

El término *emancipación* ha tenido un rol fundamental en las teorías y discusiones que han impulsado los movimientos sociales desde el siglo XIX. Desde el mítico congreso en Ginebra el año 1866 en que la Primera Internacional de Trabajadores enarboló el lema que versaba "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos", este término ha sido aplicado en los campos de la economía, la política y la educación.

La emancipación, vista desde estos ángulos, es el paso que se da desde una sociedad jerárquica y garante de las prácticas de dominación hacia un mundo de comunidades libres en cuyo germen está el ímpetu por la igualdad y la justicia. Los métodos que se han planteado para este recorrido son divergentes. Para la perspectiva económica, ampliamente difundida por el mundo sindicalista (sea del tipo revolucionario, anarquista o marxista), el hecho primordial de la emancipación es la supresión de la propiedad privada, en la medida en que este cambio impulsaría la transformación de la relación entre individuo y trabajo, aboliendo la división en las relaciones laborales y, con ello, todo tipo de prácticas de explotación y discriminación. El ámbito de lo político supone que lo primordial es modificar nuestras relaciones sociales, devolviendo la política a la sociedad y desarrollando formas de sociabilidad basadas en la autogestión, el asambleísmo y la democracia directa. El rol del Estado, como aparato de control de sociabilidad, tendería a disolverse en la sociedad, en cuyo espacio político el poder ahora se encuentra disperso y no centralizado. En el sentido educativo, se sostiene que el desenvolvimiento de proyectos de aprendizaje libre e integral que tensionen los límites de la formación tradicional lograrían expandir nuestro imaginario social y político, lo que crearía nuevas condiciones para contrarrestar el estado de servidumbre que arrastramos desde hace milenios.

Estas dimensiones de la emancipación, articuladas ante la expansión capitalista que se denunciaba en el siglo XIX, incentivaban a la revolución. ¿Cómo proceder? ¿Conquistar el poder político? ¿Formar comunas autónomas y federaciones? ¿Dar paso a la violencia? Las preguntas que suscita el ímpetu emancipador son interminables. Sin embargo, como se deduce en las páginas siguientes, existe un error fundamental en las visiones que promovieron la idea emancipadora: la postura masculina, cimiento de la Internacional de Trabajadores, consideró que la situación social y económica de la mujer se encontraba en un segundo plano. Su emancipación sólo iba a ser posible una vez que ellos, los estrategas de la revolución, nos libertaran de la explotación y la usura de los burgueses, políticos y comerciantes. Olvidaron que la palabra misma, *emancipación*, es principalmente un concepto que alude a la posesión: del latín *ex - mancipo/are*, el prefijo *ex* es exterioridad, es un salir, estar fuera; *mancipare*, como verbo, es tomar para sí, apropiarse. La *emancipación*, por lo tanto, apunta al desprenderse de las relaciones de posesión, del ser poseedor.

La visión masculina, ciega ante el problema de la posesión en sus relaciones personales y sociales, primó durante varias décadas y no podríamos decir que nos encontramos libres de tal prejuicio. En otra obra publicada por Editorial Eleuterio y Biblioteca Terra Libre, titulada *La cuestión femenina en nuestros medios* (2016), Lucía Sánchez Saornil, connotada figura que impulsó junto a otras compañeras la organización *Mujeres Libres* en los años de la revolución y guerra civil españolas (1936-1939), denuncia y critica el machismo estructural que cruzaba a las organizaciones anarquistas, organizaciones que, por cierto, rehusaban discutir sobre la emancipación femenina señalando que esto ya era parte de sus reivindicaciones sociales y políticas: "¡A fregar los platos!", se escuchaba decir a militantes libertarios en reuniones donde participaban mujeres.

¿No será esta ceguera el motivo por el cual han quedado relegadas de nuestras fuentes un sinfín de luchadoras, pensadoras y escritoras anarquistas? En sus postulados, como veremos, no sólo encontraremos una perspectiva distinta de la emancipación, sino también críticas al mismo feminismo que emergía en los albores del siglo XX. En tanto anarquistas, no creían que el sufragio femenino aportaría al desenvolvimiento de mayores libertades, dado que la misma política, en su forma actual, es un juego de piezas organizado para perpetuar el predominio masculino y, por esto, de la

violencia. En cambio, consideraban más relevante para la idea emancipadora reconocer que las mujeres, a diferencia de los hombres, debemos librar una doble lucha: ante el yugo impuesto por el trabajo y la explotación y frente a la represión histórica que ha sustentado milenariamente el patriarcado. Esto, en nuestra América colonizada, lo presenciamos hoy en día extendido a una tercera lucha: la de ser mujer y llevar sangre y rasgos indígenas en una sociedad orientada por el prototipo europeo.

Los escritos de este volumen fueron publicados entre los años 1900 y 1980. Su lectura y discusión resultan ser un buen diagnóstico para evaluar el curso de las ideas anarquistas y feministas durante el siglo XX. A su vez, al reunir voces de militantes de procedencias como Chile, Perú, México, Cuba, Argentina, Uruguay, Brasil, España, China, Estados Unidos, Alemania, Italia, Canadá y Francia, nos permite reflexionar y esclarecer la presencia de mujeres luchadoras a través del globo. Son, a final de cuentas, un conjunto de claves y códigos indispensables para los rumbos y surcos que se abren en cada lucha, en cada espacio de libertad que se crea, en cada círculo donde la solidaridad y la empatía son los principios fundantes de la emancipación y, sobre todo, de la defensa ante la violencia patriarcal que nos sigue oprimiendo.

Por eso, en las infinitas e indeterminables posibilidades del lenguaje, pronunciamos: "La emancipación de las mujeres será obra de las mujeres mismas".

GRUPO DE ESTUDIOS JOSÉ DOMINGO GÓMEZ ROJAS

Verano de 2018, Santiago de Chile.

Alma roja

Virgilia D'Andrea

Italia, 1919

Era niña y la cabecita aceituna
Aquella noche velaba…
Y tras las ramas el rayo de la luna
Un sueño suave a la sombra bordaba.

«Mamá», dijo, de pronto, dulcemente:
«¿Qué es, entonces, el mundo?
¿Porqué se alarga y se agita la mente
Y el corazón se vuelve siempre más profundo?».

Ella respondió, corazón contra corazón:
«Para amar, palomita.
¿No sientes alrededor tanto tanto amor
Se alza y estalla y en el alma grita?»

Más tarde, adolescente, ella sentía
En la escuela remota,
Mientras del Tronto un suspiro salía
El vacío de la vida que la agota,
Salta, de pronto, la pregunta antigua:
«¿Qué es, entonces, el mundo?
¿Porqué se lucha en vano y se fatiga
Y el vacío se hace siempre más profundo,
Y el ser se fractura y se aventura
En las quimeras floridas
Y el alma se inquieta y se asusta

Y mantiene abiertas todas las heridas?».

«Porqué la vida es el amor y tú, pureza,
Abres la mente al día
De cantos adornas la intacta belleza,
De los campos arrancas manojos de lilas».

Mas cuando ella emergió a la luz
De la idea soñada,
Y de la dicha y del amor en vez
Sintió el ansia del alma atrapada.

Y vio regiones majestuosas, altivas,
En los ocasos dorados,
Soñadores besos de las tardes vivas
Sobre jardines vastos y embalsamados,
Y sótanos vio después, y el tormento
De antros sucios, impuros,
Miseria, hambre y silbido de viento
Y hondas llagas de martirios oscuros,
Y gemas, plata, y sedosos usos
Y clamores de fiestas,
Y trapos, angustias y lágrimas y lutos
Y diademas de oro en rubias testas,
Esta, dijo, es la vida y así la vivimos
Para vernos sufrir:
Esta es, entonces, la vida y así la vivimos
Para apuntalar los tronos y después morir.

Esclavos y cobardes nosotros, que asentimos
De ser harapos y basura,
Bestias amansadas nosotros, que aceptamos
El nudo frágil de cadenas impuras.

Y hacia el sol alzó la clara frente
Y dijo: «no más congoja»

Cruzó del mar a la llanura, al monte
El desafío ardiente de una jornada roja.

Florencia, Enero 1919.

Libertad y Justicia

Raquel

Chile, 1937

A través de todos los tiempos y cuanto movimiento político y sociológico ha existido y existe, todos llevan en sus programas la "conquista" de la LIBERTAD Y LA JUSTICIA. Pues bien, solo el pronunciamiento de estatus nobles y bellas palabras, dan un cierto regocijo espiritual, parece que quien entienda el significado de estas sublimes palabras, deberá sentirse atraído por esta fuerza psicológica que constituye la vida propia del individuo.

El eco de estas majestuosas palabras sigue su interminable curso a través de la existencia sin ser mayormente comprendidas. Decimos que no son comprendidas en toda su magnitud, porque tenemos la razón que nos induce a decirlo y lo justificamos rápidamente con la palabra tan a flor de labios hoy: "Conquista". Pues, ¿qué se va a conquistar? La libertad, como la justicia, no se conquista si no se CREA por medio de la cultura moral de los individuos.

Es por eso que vemos en ciertos individuos manifestaciones de libertad y justicia, naturalmente por su cierto grado de cultura que ellos han podido adquirir gracias a su perseverancia en el estudio.

Verdaderamente da risa cuando se oye hablar de la "conquista" de la justicia y la libertad, como si esto fuese una cosa material que habría que buscarla por cualquier medio y como si ella se encontrara allá en la "luna" o en el polo norte o polo sur de nuestro globo. La Libertad como la justicia, es una manifestación psicológica del individuo que se mantiene internamente, cuya manifestación al mundo exterior se hace por medio de la cultura de los sentimientos y del pensamiento, los que una vez manifestados realizan su obra íntimamente ligados entre sí.

Por eso ningún hombre, ninguna mujer, podrá ser justa y libertaria, sino conocen el origen de estas manifestaciones humanas y cómo poder implantar un régimen político-social basado en la LIBERTAD Y LA JUSTICIA.

Estas bellas y nobles palabras se materializarán un día cuando reconozcamos que hay que crear y no solo conquistar; y que es una cuestión propia de nuestra existencia, y está en nosotros mismos, en nuestro interior. Cultivémosla y entonces se nos manifestará, para felicidad nuestra y de todos los demás.

La primera esclava

Luz Meza Cienfuegos
México, 1938

En la organización social que vivimos, la mujer es una propiedad. ¿Por qué ella que es la generadora de la especie humana, y por consiguiente, del hombre, es precisamente quien ocupa la posición desposeída? Parece incomprensible. Con su carne y su sangre dolientes, se forma el cuerpo del hombre, y con el jugo de sus pechos se nutre. Sus brazos son la primera cuna, y sus cantos la primera música. Crea, nutre, encamina, capacita. Pero el cachorro tiene el primer gesto de su iniciativa y es en el sentido de esclavizar, de tiranizar a la primera mujer que miró. Y la mujer es materia blanda. ¿En dónde está el origen, la causa de esta situación contradictoria? ¿En qué la capacidad mental femenina es inferior a la del hombre? ¿En qué su resistencia y valor moral son inferiores?

No, ciertamente ninguna de estas es la causa. La causa verdadera está en el trabajo obligatorio, forzado a que la predestinó la naturaleza respecto a la especie. Trabajo que, junto con la necesidad de la mujer para asegurar su subsistencia, requirió de ella, un esfuerzo exagerado; constituyó su primera tiranía, la primera explotación. Toda esclavitud predispone a la esclavitud. Por consiguiente, la mujer fue el centro de atracción más poderoso de las tiranías, de las explotaciones, de las esclavitudes. Hasta que por entero quedó sumergida en ellas, sin opción ni salvación. Esclavitud biológica, sexual, sentimental, ideológica, económica, de acción; esclavitud en su desenvolvimiento, en sus expresiones, en su mentalidad. Toda ella fue esclavitud. Sus carnes, sus energías todas, fueron la floración de las explotaciones, el receptáculo de las tiranías. La naturaleza puso la primera piedra para ello, y sobre esa base, el hombre siguió edificando, construyendo a la sierva, realizando la red más tupida de cadenas para envolverla. La sierva: el sexo de los deberes, el que no ha sabido nunca lo que es un derecho ni la libertad. El que oye un inacabable *debes*, *debes*. Todo lo debe,

de nada es dueña, nada posee, más que sus deberes y su esclavitud.

Los prejuicios todos se han inspirado en ella y se han hecho para ella, amor de dogal. La existencia de una doble moral, una para cada sexo; la de la indulgencia eterna (para él), y otra de la sanción eterna (para ella). Dos morales, quiere decir que no hay ninguna; que la humanidad ha vivido en la negación de la vida consciente y, por lo tanto, en la negación de la moralidad.

¡Mujeres! Dos son nuestros enemigos: la naturaleza que nos sentenció para perpetuar la especie, a costa de nuestro dolor y nuestra esclavitud; y la sociedad, en su actual organización, que nos sentenció a cargar con un cúmulo de frases hipócritas, antinaturales e ilógicas; para recibir la acción de todas sus concepciones equivocadas, de todas sus complicaciones enfermizas y de todas sus negatividades.

Rebelión frente a estos dos enemigos.

¿El combate frente a la naturaleza cual va a ser? La superación de la misma. La superación de la naturaleza lograda por la ciencia. Esta superación la constituyen los anticonceptivos.

La superación de la sociedad que nos ha esclavizado, ¿cómo va a ser? La creación de una nueva organización social sin esclavitud, con justicia; una organización social consciente, de igualdad, en que impere la verdad y no el lucro.

A mis hermanas

Juana Rouco Buela
Argentina, 1924

El grito inmenso de ¡libertad! sonará a través de las edades. Todas las protestas, todas las reivindicaciones, las revoluciones todas, responden a ese santo y seña.

Sebastián Faure

¿Lo escucháis?

Son furibundos anatemas enriostrados en la faz de los tiranos, por distintas mujeres, que son explotadas sin piedad y sin consideración a su "sexo débil"...

Más que anatemas, éstas son protestas reivindicativas que las últimas esclavas de la esclavitud humana, realizan periódicamente para poner en evidencia su despertar. Éste es un síntoma elocuente, un bello signo de progreso femenino, que nos demuestra bien claramente que la mujer se afana, lucha para rescatar sus inalienables derechos de ser humano, pisoteados por los hombres, al par también que sus luchas y sus protestas, hoy se dirigen contra la explotación de que son víctimas, o mejor dicho, de que somos víctimas.

Esta transformación en la mujer, tarde o temprano, debía operarse. Y ella se está operando, es decir, se está realizando con celeridad, a pasos de gigante.

No podía suceder de otra forma. Tanto estancamiento debía, lógicamente, producir su transformación, porque tanta calma y humildad, en este siglo histórico de renovaciones, no se concibe tampoco en el sexo femenino. Es así que hoy las mujeres están pugnando denodadamente para ilustrar su mentalidad y de hacer respetar sus derechos, haciéndose dignas del apoyo de todos los que comprenden sus justas aspiraciones.

El falso concepto, de que la mujer es inferior al hombre, ya está demolido por sus bases. No tiene más raigambre esta burda mentira, en el cerebro femenino. No hay tal inferioridad. Esto lo demuestran las diferentes

actividades que la mujer está desarrollando en este siglo. Las vemos en la fábrica y en todas partes, desarrollar las mismas actividades del hombre.

Las protestas femeninas, son un síntoma elocuente de su dignificación. Estas protestas femeninas tienen el mismo origen que las protestas masculinas: es la explotación.

La mujer, en nuestra época es arrancada del hogar desde temprana edad y arrastrada al taller, donde es explotada en denigrantes y antihigiénicas condiciones, recibiendo en compensación de su trabajo unos míseros centavos, que no le alcanzan para cubrir las más elementales necesidades que su vida reclama. Sin embargo, a pesar de esta triste condición a que hoy está sometida la mujer desde temprana edad, la mayoría de ellas no se dan cuenta de su estado miserable, ni tratan de elevar su mentalidad, menos en despojarse de los prejuicios a que se encuentran sometidas. Y todas las mujeres deben hacerse dignas de estos tiempos, rompiendo las cadenas que las tienen uncidas al vil yugo de la explotación.

¡Sí, hermanas mías! Es una imperiosa necesidad que la mujer se eleve y se dignifique. Es necesario que la mujer cree carácter, para abrirse brecha en esta vida cruel, haciendo que sean respetados sus derechos de productora, de madre y de compañera del hombre.

Las reivindicativas protestas femeninas encierran dos finalidades: poseer los mismos derechos que el hombre en la vida conyugal y en todas las cuestiones sociales, y luchar junto a él para acelerar el "santo y seña" de Faure, que es la revolución social, la anarquía.

Preguntas y respuestas

Virginia Bolten

Argentina, 1900

Muchos se preguntan ¿Qué quieren los anarquistas? ¿Quieren acaso quitar a los ricos lo que poseen para ser ricos ellos a su vez? ¿Por qué dan tanta libertad a sus mujeres? ¿Y ellas, quieren tal vez destruir la familia? ¿Por qué odian al gobierno? ¿Por qué no defienden la patria, "como todo buen hijo"? ¿Por qué no abrazan ninguna religión? ¿Por qué no cristianizan sus hijos? [sic].

Nosotros les contestamos: Los anarquistas no quieren nada; señalan las necesidades que deben satisfacerse, las injusticias que deben suprimirse y las verdades que deben conocerse. Dentro de la evolución que nos ha presentado a nosotros, los anarquistas vamos a reconquistar nuestros derechos; vamos a ser libres de hecho, pues hasta aquí sólo lo hemos sido de dicho, vamos a que se nos reconozca como seres humanos.

No quitaremos a los ricos sus tesoros para ser ricos nosotros, les expropiaremos lo que han acaparado, para que en común todos disfruten del bienestar; odiamos la explotación del hombre por el hombre; nos rebelamos a seguir siendo por más tiempo el burro de carga; y es preciso que nadie viva a nuestras espaldas chupándonos la sangre y negándonos el derecho a la vida; nadie debe vivir sin trabajar; nuestro principio es: de cada uno según sus fuerzas; se dé a cada uno según sus necesidades.

Los libertarios dejan en libertad a sus mujeres, porque saben que la mujer libre es la base de la sociedad justa; saben además, que si la mujer no es libre e instruida, no habrá paz en el hogar, pues sus ideas se volverían armas en contra de ellos mismos; dejan en libertad a sus mujeres porque son libertarios, porque combaten por la libertad universal, que para conseguirla es necesario empezar por casa; les dejan en libertad de pensar y obrar porque es la única manera de tener mujeres liberales y francas; les dejan en libertad porque miran en ellas un ser, una amiga, una compañera, destinada

por la ley de la naturaleza (única ley ante la cual me inclino gustosa) para formar el […] de la niñez. Si buscamos que la […] nueva sea libre, es preciso que sepa liberarse rebelándose; siendo la mujer libre educará sus hijos conscientes de sus derechos y tendrá valor y firmeza para reconquistarlos.

Nosotros, queriendo o sin querer destruiremos la familia, sí, la familia tal como es ahora; la destruiremos porque está basada en la corrupción y en el interés, pero la reconstruiremos más hermosa, basada en el amor espontáneo y no convencional.

Odiamos los gobiernos, porque nos oprimen y nos atan de pies y manos con sus leyes, entregándonos a la burguesía como si fuéramos carneros; y reservándonos el derecho de fusilarnos como a fieras si protestamos.

Odiamos la farsa que llaman patria; porque con ese nombre nos quitan nuestros hijos, para que les sirvan de escalera a unos y de perros de presa a otros, nos embrutecen por la patria, nos matan por la patria, nos apalean por la patria; y si tenemos la temeridad de rebelarnos, ya sabemos lo que nos espera, bala rasa y sin consideración; jamás entienden el idioma del pueblo; si pedimos justicia o pan, nos dan plomo y cárceles: ¿qué es, pues, la patria? La *corre, ve y dile* de la burguesía, la ignominia del proletariado; por eso aborrecemos lo que ahora se llama patria, pues la nuestra es el mundo de donde resulta justa nuestra lucha por la Humanidad libre, libérrima.

No abracemos ninguna religión: porque sabemos que son todas ellas, la farsa inventada por los ambiciosos para embrutecernos. Al revés de Voltaire, que creía que la religión es buena para el pueblo ignorante, nosotros creemos porque sabemos que la religión es lo que hace ignorante al pueblo. Amamos la ciencia; que es la verdad: la religión es lo desconocido, la ilusión; por lo tanto somos sus enemigos mortales; la religión, siendo todo misterios, va contra la proclamación de nuestra luz.

Nuestros hijos tendrán la libertad de elegir religión, si alguna les gusta, después de estudiarlas todas, si tienen tiempo que perder. Entonces sabrán a qué atenerse: nos parece un absurdo dar al niño una religión al nacer, cuando no puede protestar; por eso le dejamos libre de prejuicios, dándoles la libertad en nombre de la nuestra.

He ahí lo que somos y lo que no somos.

La mujer: consideraciones generales sobre su estado ante la prerrogativa del hombre

Teresa Claramunt

España, 1905

Al ocuparme en este trabajo del actual estado de la mujer, me propongo emplear un lenguaje despojado de todo convencionalismo, procurando disipar errores de su educación y combatir su ignorancia, de consecuencias tan funestas. Así juzgo verificar una labor purificadora, de trascendencia social, ensayando a la vez un estudio de las causas por las que se sostienen tales errores, a fin de que puedan ser racionalmente combatidos y evitándose los perniciosos efectos, los continuos sufrimientos que recaen sobre nosotras.

Deseo que, ni por asomo, se sospeche que mi propósito sea zaherir a cualquiera, sea o hombre o mujer. Nada de esto.

Cierto que el hombre es, a mi entender, el directamente responsable del infeliz estado de la mujer, pero una cierta indulgencia, que en justicia se debe a la inconciencia, me aconseja ser comedida en el ataque sin sacrificar, empero, la verdad tal como la siento en esta capitalísima cuestión que paso a someter a mis lectores.

Si en un cuerpo humano, por cualquier causa, se produjera una alteración en la circulación de la sangre, más pronto o más tarde sobrevendría una perturbación en todos los órganos. De no imponerse una enérgica reacción, seguiría bien pronto un decaimiento fatal de fuerzas, hasta llegar a la anulación del individuo. Esto es lo que actualmente, por comparación, puede decirse del cuerpo social.

Por efecto de fatales errores primitivos, fue alterada la acción de las energías vitales, provocando naturalmente la perturbación que a través de los siglos ha venido viciando todos los órganos hasta paralizarlos. La muerte, por tanto, es inevitable, pero no la muerte natural conforme a la

evolutiva transformación de la materia, sino la muerte violenta, acompañada de desesperaciones, muchas veces trágicas, siempre crueles.

Así lo han comprendido también muchos hombres, que han ensayado medios y propuesto diversos sistemas para purificar el ambiente; es decir, han tratado de vigorizar el cuerpo social. Pero, desgraciadamente para todos, excepción hecha de los anarquistas, ninguno ha logrado otra cosa que complicar la enfermedad, por haber limitado el remedio a una aplicación de emplastes, siendo así que lo que necesita el enfermo, el cuerpo social, es la acción del bisturí cortando muy hondo.

Para rehabilitar el cuerpo social precisa liberarle de la gangrena que le consume. Es un caso rudimentario que el comprenderlo necesita pocos alcances.

Antes de internarme en esta áspera cuestión, debo hacer notar que cuando hablo del atraso de la mujer española no significa que yo reconozca emancipada a las mujeres de otros países. Harto sé, y con dolor lo digo, que la perfección es imposible donde quiera que la explotación exista.

Nadie ignora ya que el capitalismo se nutre de miseria; y mientras haya miseria, la ignorancia y la prostitución en todos sus aspectos no faltarán, ahogando el sentimiento de los justos. El dolor nos afligirá mientras subsistan hombres que soberbiamente digan: *esto es mío*.

Pero volviendo a la cuestión, como yo no poseo un conocimiento exacto del estado de la mujer en los demás países, salvo el muy relativamente adquirido de la Inglaterra y Estados Unidos, donde las veo afanosamente por dignificarse, mis consideraciones se referirán directamente a la mujer española, cuya degradación física, moral e intelectual debiera causarnos inmensa pena.

¿Cuál es la principal causa del mísero estado en que vemos a la mujer, no obstante los asombrosos progresos de nuestro tiempo?

Éste es el primer punto que intentaré desarrollar, dudando que consiga hacerlo como debiera, dado que el trabajo es superior a mis fuerzas, trabajo al que me entrego por irresistible afán de cooperar en toda obra que tienda a conseguir el derrumbamiento de la inhumana sociedad presente.

La principal causa del atraso de la mujer está en el absurdo principio de la superioridad que el hombre se atribuye a sí mismo. Sobre esta base falsa se constituyó la sociedad actual; y por tanto, los resultados forzosamente tenían que ser contrarios a todo bien común.

Este falso y perjudicial principio de la desigualdad ha venido imperando hasta nuestros días, extendiéndose hasta caer en el vergonzoso extremo de dividirse los hombres en clases y subdividirse éstas al infinito, por la separación que crea el torpe afán de excederse cada uno a los demás. Una vez cultivados por los hombres los antagonismos de sexo, los frutos habían de envenenar su espíritu, haciéndoles despóticos y tiranos con sus semejantes. Empezaron siéndolo con las mujeres, por ser más fácil, pero luego el afán de dominar les ha hecho feroces.

La mujer es y ha sido para el hombre un ser incapacitado para todo, y, salvo muy honrosas excepciones, nadie durante tantos siglos la ha defendido de esa usurpación de sus facultades. Se la ha considerado como un eterno niño.

Si no temiera quebrantar mi propósito, mucho podría aducir para evidenciar que la pedantería es la que ha llevado a muchos a creerse sabios; pero prefiero citar, como caso opuesto, al de mujeres que frecuentan cátedras, que ejercen la medicina con tanta capacidad como el hombre, que estudian con provecho las ciencias físicas, químicas y matemáticas, y ocupan distinguidos puestos en la literatura y el periodismo.

Tuvo su origen este absurdo de la superioridad masculina en las remotas edades, en que la fuerza muscular se consideraba cualidad preferente, y hasta se llegó a divinizarla. Con tan funesto prejuicio el instinto de dominación fue manifestándose en los hombres de mayor fuerza, dando lugar a que los menos fuertes recurrieran a la astucia y determinando esa fatal tiranía que la mujer no pudo rechazar por la extrema delicadeza de sus órganos y por las molestias que le imponen la naturaleza, contribuyendo a debilitarla. El caso es que ese estado de tiranía ha prevalecido hasta nuestros días, y la civilización ha conseguido únicamente darle un matiz más hipócrita.

Provisto el hombre de falaces recursos, ha continuado viendo en la mujer un ser inferior, y entronizado en su orgullo la ha llamado y le ha dicho: “yo soy tu amo y señor; tú no puedes intervenir en los asuntos públicos, porque no posees el talento necesario; tú no puedes legislar, ni siquiera disponer tus bienes, porque te han reconocido incapacitada. Tú, hija o esposa, has de ostentar mi nombre, igual que lo ostenta el perro en el collar o el caballo en la manta que le cubre el lomo, así como estos animales si pudiesen hablar, dirían: ‘soy de fulano’; así también debes decir tú: ‘yo soy fulana de fulano’, y

tus hijos llevarán mi nombre, me pertenecerán. Eres mía en el sufrimiento, eres mi esclava".

"Soltera lo eres de tu padre, casada de tu marido, y ambos te hacemos depositaria de nuestra honra que conservarás como conserva la gaveta el dinero que en ella depositamos. Tanto el marido como el padre tendremos derecho a matarte si con tus actos mancharas nuestro nombre, y si este nombre te lo entregamos deshonrado, tú debes ocultarlo aceptándolo con sumisión y respeto. No tienes derecho a quejarte, y menos a castigarme como te castigamos nosotros, porque nosotros tenemos la libertad de que tú careces y nos es permitido sin deshonra lo que en ti merecía todos los reproches y los castigos más crueles".

Creo imposible representar más gráficamente la brutal glorificación de las prerrogativas masculinas. En las líneas anteriores aparece la vida real en toda su desnudez, con todos sus repugnantes prejuicios. Es fácil discutir cuando se trata de establecer teorías, pero ante los hechos brutales, expuestos ruda y fielmente, es imposible la objeción.

De poco le ha servido al hombre la cultura de la civilización, cuando ni siquiera ha sabido hacer frente a las dificultades de la lucha social por él mismo provocadas y, en vez de elevar a la mujer a la emancipación, la ha arrojado a lo más cruel de la explotación capitalista, imponiéndole los trabajos del campo, de la mina, de la fábrica, y cosa peregrina para los que rebajan sus facultades, en estos trabajos la mujer prueba capacidad también, como lo ha demostrado para el desempeño de otras funciones más delicadas, evidenciándose, finalmente, la poca importancia de la fuerza muscular ante los portentosos progresos de la maquinaria y admirables prodigios de la electricidad.

El esfuerzo muscular no se cotiza a ningún precio desde que los brazos de hierro relevan a los del hombre. Es por lo tanto injusto mantener el prejuicio de la superioridad muscular.

La mujer tiene aptitudes como las tiene el hombre, y las diferencias entre una y otras no son más que modalidades distintas y necesarias para la marcha progresiva de la humanidad.

Desde su nacimiento hasta la muerte debiera el hombre vivir en armonía con la mujer; y hoy más que nunca, porque las fatigas de la explotación han llegado a hacerse comunes. Todas las fatalidades del régimen presente caen por igual sobre el hombre y sobre la mujer. Ninguna se salva del dolor, que la

mala organización produce. ¿Por qué, pues, vivir desacordes cuando las necesidades de la vida les llevan a estar juntos? ¡Este desacuerdo es funesto, redunda en perjuicio de todos!

Es hora de que el hombre se dé cuenta de que el relegar a la mujer a un rincón del hogar, divorciándola del movimiento social por considerarla de condición inferior, contribuye a proteger el mal y el vicio, que él no ha sabido corregir después de tantos sistemas como se han usado y desacreditado.

Juzgo haber apuntado con lo expuesto hasta aquí el origen del falso principio que coloca al hombre en condición superior a la mujer. Veremos ahora las consecuencias que han resultado de este falso principio. Toda desviación, así en el cuerpo físico como en el cuerpo social, produce perturbaciones graves, profundo malestar.

Por haber aceptado el hombre sin análisis las costumbres que los antiguos habían establecido como justas, cuando en verdad son contrarias a todo sentimiento natural, se vio sorprendido por un profundo malestar, y al sentir la necesidad de poner remedio, no pudo conseguirlo, porque todas las leyes que formulaban tendían con perfidia a la limitación y al castigo. No combatiendo la causa, continuaban los perniciosos efectos.

La mujer que enseña a pronunciar las primeras frases al niño que ha de ser hombre, la mujer que modela en la primera edad el cerebro y da perfume al corazón, la mujer santificada por el beso, símbolo de pasión sublime, como amante y como madre, la mujer en nuestra sociedad ocupa un puesto humillante y en vez de adquirir respeto en sus relaciones con el hombre, se la continúa tiranizando hasta crearle una moral falsa que, enturbiando sus delicadezas, engendra irresistibles dudas, cuyas nerviosas sacudidas emponzoñan la sincera manifestación del cariño, envolviéndola con resquemores de egoísmo y de infidelidad.

No puede la espontaneidad dar sus hermosos frutos en una sociedad donde el falso honor ha muerto los impulsos más fuertes, los más santos, porque de ellos emana la vida; donde hasta la condición de madre, ¿por qué no decirlo?, se obtiene por las reglas del cálculo. Estado horroroso del que, sin justificar la resignación de la mujer, el hombre es el primer responsable.

So pretexto de guardar la moral, que no es otra cosa que una pantalla de la hipocresía, se ha descendido al crimen sancionado por la más estúpida indiferencia.

Muchas mujeres sólo aguardan el alumbramiento para abandonar inmediatamente al fruto de sus entrañas en cualquier orfanato, matadero de la infancia, o darlo al cuidado de gente extraña que lo atienda por poco precio, con el fin de dedicarse a la lactancia de los hijos de las familias adineradas. Y esto con ser tan grave, todavía no acusa toda la degradación de sentimientos a que han llegado muchas mujeres.

Las hay casadas que al notar los primeros síntomas del embarazo maldicen, no a la sociedad, sino al fruto de sus entrañas, y toman mil brebajes para arrojarlo prematuramente, o se entregan en manos de comadronas poco escrupulosas que con instrumentos punzantes destrozan al embrión de un ser humano. A todos estos horrores podemos añadir el caso cada día más frecuente de muchos matrimonios que se abandonan a la desnaturalización de los goces por odio a la procreación.

Al llegar a este extremo no puedo contener un llamamiento a los escritores cursis que ensalzan hasta las nubes el amor de madre, para decirles que si tomaran vida esos millones de seres muertos en germen y los que mueren en los orfanatos, les maldecirían exclamando: ¡Mentira!, mentiras sus poéticos cantares. Menos poesía y más realidad; han hecho del llanto, que es signo de impotencia, una virtud, del sufrimiento silencioso, un mérito.

La mujer, tal como los hombres la han hecho, llora por costumbre. Su única arma de defensa son las lágrimas, el artificio, el disimulo.

Pero no es ella, como he dicho antes, la responsable de su estado. No puede serlo, por cuanto ha vivido constantemente tiranizada por el hombre, y sabido es que todo estado de tiranía necesariamente tiene que producir la astucia, la hipocresía y la mentira. La degradación es consecuencia lógica del estado de inferioridad humillante.

Sobre la mujer pesa la prohibición de manifestar pura y espontáneamente los sentimientos del amor. Debe ocultar cuidadosamente sus sensaciones amorosas como se oculta un delito. No puede escoger, tiene que esperar la solicitación del hombre y para corresponder necesita el permiso del tribunal de la familia. Ha de contener todos los naturales impulsos, porque su manifestación constituiría una desvergüenza imperdonable, y el buen nombre de la familia peligraría.

Es más casto, más sano, según la moral de nuestros tiempos, resignarse a ser carne de placer para el primer advenedizo que cubre su lujuria con el pliegue ruin que forma el puritanismo, ser un mueble de lujo, materia

explotable, descendiendo a la categoría de prostituta, con o sin pudor. Basta legalizar estos actos de prostitución para que la pudibundez no se escandalice. El hombre, con sus vicios y su torpe vanidad, representa un papel miserable, aceptando como manifestaciones de amor sincero lo que únicamente es rutina, egoísmo y especulación.

Sin embargo, hay que reconocerlo ¡Cuán poco costaría elevar a la mujer por la libertad de sus facultades y efectos naturales! Se le atribuyen delicadezas íntimas rayadas en lo sublime, que sin duda se manifestarían si una moral regresiva no ahogara el sentimiento de espontaneidad. Porque es lógico reconocer que el amor en su sublime sentir no cabe admirarlo donde las acciones propias viven subordinadas a la voluntad ajena.

Sin voluntad y sin conciencia, mima la mujer al hombre con quien vive, sólo porque haciéndole así cree cumplir su obligación. Le han dicho que sus deberes de casada le imponen que satisfaga los caprichos del esposo, y los satisface maquinalmente, sin que su corazón intervenga. Así viviendo, sus caricias adquieren con mucha frecuencia el carácter de las que se prodigan en los lupanares.

No debe extrañarnos esto, dentro del régimen presente, en que la cuestión económica está ligada íntimamente con la cuestión moral, haciendo que cuando el marido trae el dinero con que cubrir las necesidades del hogar, los mimos y las caricias se multiplican, mientras que si por triste suerte no logra subvenir a estas necesidades, entonces el mal humor reina.

Mis palabras son duras, pero también son ciertas.

Habrá tal vez quien diga que ofendo a la mujer, pero no es así. El mostrar las cosas como son a nadie puede ofender, más cuando en cada caso procuro descubrir al responsable. Lo que me propongo es convencer al hombre de los fatales resultados del prejuicio de poner a la mujer a tan bajo nivel, lo que deseo es que el hombre deje de ser esclavo de su culpa, como actualmente le acontece, por mantener su tiranía sobre la mujer. Si para considerarla honrada apelan a confiscar los impulsos naturales estableciendo costumbres y leyes que ningún mal evitan, que ningún defecto corrigen, sino que por el contrario, obligan a la hipocresía, preferible es que se callen y no eleven poéticamente hasta las estrellas las *dulces caricias de su ángel*, ya que todo resulta sobreramente ridículo y estúpido.

Me parece muy del caso observar que cada uno tiene derecho a glorificar lo que encuentra de bueno; pero en el campo de la realidad lo general se

antepone a lo particular. Yo hablo aquí de la vida real sin particularismos y dejo las excepciones para quien crea necesarias hacerlas. Si los que me leen saben desprenderse de todo recelo y meditan mis palabras con imparcialidad, llegarán a darse cuenta del funesto desarrollo que adquieren los prejuicios señalados y que los vicios que introducen en la educación de las familias, acumulándose inevitablemente en la vida social.

Basta fijarse en las costumbres del hogar para convencerse de la gravedad del mal. Subordinada la mujer al dominio del hombre, impone ella ese mismo dominio a los otros seres más débiles que la rodean, tratando de inspirarle temor. Así la educan, así educa ella después. Le impusieron obediencia irracionalmente, y de igual modo la impone ella a sus hijos.

Además, los hombres, a fuerza de quererla sumisa, olvidan dotarla de los necesarios conocimientos para la salud de sus hijos, y en esta ignorancia la vemos cultivar el temor en el espíritu de los pequeños, que es lo mismo que iniciarles en el camino de la perversión y de la hipocresía. Nada que ennoblezca el sentimiento, nada que respete la diversa constitución orgánica de sus hijos; todo es ignorancia, incomprensión, rutina.

Ella nada sabe de pedagogía racional, cuyo estudio le enseñaría los cuidados que requiere cada niño o niña según su carácter y temperamento. Por lo mismo, no puede darse cuenta de que educar por el temor, por la obediencia ciega, produce resultados fatales.

A nadie puede sorprender que a un estado de injusticia siga otro peor, hecho que experimentamos al ver convertido en sombría mansión el hogar de la familia, *el dulce hogar* como cantan los poetas.

Y todo esto, que es de una verdad irrebatible, no merece la atención del padre. Lo que a él le importa es que le obedezcan, que sean leyes sus caprichos, y es claro, por irresistible imitación, la madre exigirá lo mismo de sus hijos, surgiendo de ahí un régimen jerárquico cuyo patrón vemos en los cuarteles. El padre es el jefe, ante él nada chista, luego sigue la madre con parecidas pretensiones despóticas, que se transmite a los niños mayores que ejercen de mandones con los más pequeños, y éstos se desquitan con el perro, con los muebles, cuando no hay otra cosa. ¿Cuántas veces habremos oído a niños pequeños exclamar con coraje: "¡ah! ¡Cuando yo sea grande!"?… terribles consecuencias del odioso afán de superioridad.

No es posible en verdad atenuar los malos resultados de las prerrogativas que el hombre ha pretendido para sí. Se extienden perjudicialmente como

manchas de aceite, ensuciando cuanto nos rodea, sin que valgan astucias y mentiras para ocultar los surcos dolorosos que abren en nuestro corazón.

Es de común sentir que la madre debe ser el primer profesor de sus hijos; pero ¿quién le ha facilitado la adquisición de los conocimientos precisos para cumplir misión tan delicada? Se dirá que el hombre no tiene la culpa de todo. Que la mujer también lleva su parte. No lo discutamos. Todos llevamos nuestra parte de culpa. Lo que interesa es que los absurdos desaparezcan, que se destruya el régimen que los provoca, porque es muy triste educar a las nuevas generaciones en medio de tantos errores y limitaciones que embotan los sentidos y desnaturalizan la libertad.

Hasta el presente, todo tiende a confiscar la personalidad de la mujer y del hombre. Sólo así se explica cómo aún hoy, en el siglo XX, acudan anualmente a llenar los cuarteles miles de hombres a la voz de un tirano representado por la ley o por el falso deber patrio. Allá va la flor de la juventud masculina con el estorbo de una educación torpe y ramplona, a ser objeto de toda mutilación, a parodiar al ratón que esquiva los zarpazos del gato, a moverse a la derecha o a la izquierda perdiendo en cada movimiento una parte de su personalidad, hasta su total anulación. Código del ratón: lo engulle el gato para su alimento, anulado el joven, convertido en autómata, lo engullen los grandes ladrones que en cada país utilizan los ejércitos para satisfacer sus ambiciones, para acaparar grandes riquezas.

Refiriéndome a los estados vergonzosos que nacen de los defectos que voy exponiendo, recuerdo haber dicho en otras ocasiones que el amor material en la especie humana no se distingue por la tenacidad sublime en la defensa de la carne de su carne y sangre de su sangre. La madre más cruel, más cobarde e incapaz para la defensa de su prole es la madre humana. En las especies que llamamos irracionales, desde la bestia feroz hasta la inofensiva avecilla, la hembra madre se desvela por el mejor crecimiento de sus hijos y celosa de su existencia los resguarda de todo acecho, escoge sitios convenientes para su defensa, y la verás con sus uñas, con sus picos o con sus dientes, desafiar todos los peligros para evitar que llegue algún daño a sus hijuelos.

Ahora tengamos un momento. ¿Van a creer mis lectores que soy enemiga de la mujer porque en el trabajo presente resultan muchos cargos contra ella? Dije ya antes que no. Ahora he de añadir que mejor creo defenderla poniendo ante su vista los horrores de las falsas costumbres que constituyen

su actual norma de conducta, combatiendo muy principalmente los funestos prejuicios de la superioridad masculina que a ellas dieron origen. En esto último se esconde el verdadero enemigo de la mujer.

No dejo de reconocer que entre las mujeres podemos distinguir algunas que poseen condiciones para ser buenas madres y perfectas compañeras, mas, como por ser tan escasas, lo deficiente turba de continuo la serenidad de nuestras miradas, no es posible evitar la indignación por el modo tan falso como se educa a los hijos y por lo indiferente que se muestra el hombre ante el trastorno que produce a la sociedad tan defectuosa educación.

Según la opinión general, el ser buena mujer consiste en resignarse a ser la esclava del marido, en aplaudir sus sandeces y someterse a ser mueble de lujo o bestia de carga. Ese título de bondad lo concede la voz pública preferentemente a las mujeres que trabajan hasta perjudicar su salud, sin protestar que el esposo pierda el tiempo en el café o en la taberna. Francamente, no participo de esta opinión. Sentiré, sí, compasión por ellas, mas no cariño, ni respeto, desde el momento en que ellas estiman en tan poco su vida y su dignidad.

El vulgo, el necio vulgo, puede seguir dispensando el dictado de buenas mujeres a las que esperan resignadas el regreso del marido hastiado de sus vicios y que luego le reciban con halago servil al amo, al dueño, al señor, mas yo no puedo ocultar el enojo que me produce "esta conducta" porque con ella sólo se demuestra capacidad para ser siervas, no compañeras del hombre. El hogar en tales condiciones demuestra ausencia de amor, de verdadero afecto, de nobles expansiones; los dos seres que viven bajo aquel mismo techo, pero carecen de la sublime afinidad, necesaria para el verdadero goce. La mujer se somete al hombre porque le trae algo de dinero al final de semana, o porque a su lado cree cubrirse de fama de buena mujer, engaño terrible por cuanto acepta que pese sobre ella el yugo de la prostituta legal, siempre de más baja condición, por ser más hipócrita, que la infeliz mujer pública.

Esta usencia de sentimientos y costumbres sanas nos llevan a tomar en serio una infinidad de disparates que se observan en otros órdenes de la vida, y que son objetos de chacota si más tarde no resultaran un suplicio para nuestros hijos. ¿Quién no ha visto a una mujer hacer alardes de sus sentimientos maternales, llorar a lágrima viva al notar que su hijo está enfermo, disputar con las vecinas porque le han reñido y separado del corro

de los grandotes para que no oigan frases que juzga reñidas con la moral? Pues, en cambio, esa misma madre pronuncia en presencia del mismo hijo mil perrerías, a cual más grosera, por cualquier cuestión que haya tenido con las vecinas, o le refiere con tono beatífico todo un tejido de patrañas y embustes místicos-religiosos, o la mete en cualquier escuela, sin importarle que el profesor sea un jesuita, una fiera ordenancista.

Todos los días conmueve nuestros nervios el rugido que contra el despotismo levanta la protesta popular, y a pesar de todo, no reparamos en adorar el símbolo de este despotismo, regalando a los niños en determinadas festividades, juguetes que representan espadas, fusiles, soldados, y también nos permitimos la alegría de verles seguir mascaradas del carnaval luciendo los antorchados del bárbaro conquistador o la casaca enconchada del parásito privilegiado.

La tarea que me he impuesto requiere muchas observaciones para dejar afirmado que el celo de las madres a favor de sus hijos está luego negado por los hechos, y que el afán de que se alardea por sacudir la dominación del tirano resulta vago, inconsciente, desde el momento en que en los más sencillos actos de la vida aparece el fantasma de la tradición, obstáculo tenaz a toda positiva manifestación sana.

Vamos a concretar.

Todos los privilegios causa del desequilibrio social existente, todas las guerras que con tanta frecuencia desolan a la humanidad, todo el conjunto de dolores y atrocidades que tan de cerca nos hieren y conmueven, hallan apoyo en la ignorancia de esa media humanidad que constituyen las mujeres, ignorancia que perpetúa, con los prejuicios señalados, la otra mitad compuesta por hombres.

Examinen éstos su obra, examínenla y verán cómo sus orgullos, sus prerrogativas, sus códigos, sus religiones, forman la roca que les aplasta. Su extrema fatiga no hallará descanso hasta que no borren las limitaciones que impusieron a la mujer por temor de que no se derrumbase el hogar de sus egoísmos.

La lealtad, el amor, la abnegación no pueden florecer bajo la represión y la tiranía; necesitan para su armónico desarrollo el ambiente de la libertad vivificadora, la igualdad de condiciones en todos los seres humanos. La Naturaleza, al separar los dos sexos con facultades y obligaciones propias de cada uno, completó un fin común, útil y armónico: el progreso interminable

de la especie; mientras que el hombre, con su odioso orgullo, al pretender corregir la Naturaleza, impone divisiones que violentan los espíritus y perjudican la procreación. No debemos continuar por este mal camino.

Reconozcámonos todos enfermos, ya que la atmósfera social se ha viciado tanto que con dificultad nuestros pulmones pueden respirarla: reconozcámonos enfermos y no volvamos la espalda a quien con su pluma, con su palabra o con su ejemplo, nos ofrece el remedio.

No quiero que se acepten a ciegas mis palabras, sino que se les preste atención y se estudie las soluciones de tan grave problema.

Es menester también que la mujer no espere únicamente del hombre el remedio de sus males. Ella misma debe emplear todo el esfuerzo propio para levantarse de la postración en que ha vivido. No quiera ver encadenadas por más tiempo sus potencias.

Obrando así, con conciencia propia de sus derechos y de sus deberes, el concurso que el hombre le preste contribuirá eficazmente a completar la transformación imperiosamente necesaria.

Liberación de las mujeres

何震 (Hé Zhèn)

China, 1907

El mundo en los últimos miles de años ha sido un mundo construido por la jerarquía de clases y dominado por los hombres. Para mejorar el mundo, necesitamos eliminar el sistema de dominación masculina y practicar la igualdad de modo que hombres y mujeres compartan el mundo juntos. Todos estos cambios comienzan con la liberación de la mujer. Por miles de años, la estructura social de China ha forzado a las mujeres a ser esclavas sumisas. En tiempos antiguos, las mujeres eran tratadas como propiedad de los hombres. Para prevenir la promiscuidad, los hombres establecieron enseñanzas morales que resaltaban la diferencia entre los sexos. Con el tiempo, la diferencia entre hombres y mujeres fue vista como ley natural. Las mujeres fueron confinadas a sus dependencias privadas, rara vez podían viajar… la responsabilidad de las mujeres ha sido limitada a criar los hijos y ocuparse del hogar.

La religión china cree que los descendientes contienen en sí los espíritus de los ancestros, así las personas piensan que la procreación es una manera de lograr la inmortalidad. El sistema político chino trata a la descendencia como propiedad, de modo que las personas consideran la procreación como un medio de obtener riqueza. Por lo tanto, con la religión y el sistema político apoyando la indulgencia sexual de los hombres, éstos tratan a las mujeres como una herramienta para lo reproducción humana.

Además, los hombres chinos rara vez están dispuestos a lidiar con quehaceres triviales del hogar; en vez, hacen que las mujeres hagan todo el trabajo físico así como también se encarguen del cuidado de los hijos. Hay otras causas que hacen de la crianza de los hijos y de la ocupación del hogar la carrera de toda la vida de una mujer. Primero, los hombres tratan a las mujeres como su propiedad privada. Segundo, el bajo estándar de vida en tiempos pre-modernos hacía que solo el trabajo del hombre fuese suficiente

para alimentar a la familia, de manera que las mujeres de familias pudientes casi nunca tenían más trabajo que criar a los hijos y ocuparse del hogar. Así todos los vicios de la esclavitud y el ocio se congregan en torno a las mujeres… Solo en las familias pobres las mujeres dependen a menudo de sí mismas para vivir. Trabajan en los campos; son contratadas como sirvientas; o en el peor de los casos, se vuelven prostitutas. Aquellas mujeres, aunque están menos confinadas físicamente, nunca logran liberación espiritual. Por cierto, aquellas que obtienen liberación física son en realidad las más explotadas, las más humilladas, y las más degradadas…

Los hombres quieren evitar la liberación de las mujeres porque temen que la liberación lleve a la conducta promiscua de éstas. Mientras más restricciones impongan los hombres sobre las mujeres, más fuerte se torna el deseo de ellas por la transgresión. Tomarán toda oportunidad disponible para desatarse. De modo similar a que, aunque el robo esté prohibido, una vez que el ladrón comprende el valor del objeto, el deseo de robarlo se verá fortalecido. Así, es el confinamiento, no la liberación, lo que lleva al adulterio en la mujer. ¿Cómo pueden los chinos decir que la liberación vuelve promiscua a las mujeres? No entienden la causa real. Mientras más prohíben la liberación de la mujer, más se degeneran las virtudes femeninas. Es por esto que las mujeres chinas no avanzan…

La liberación verdadera significa libertad completa de todo confinamiento. El sistema contemporáneo de matrimonio occidental está delimitado por condiciones de poder, riqueza, la moral y la ley. Aunque se diga que el matrimonio es voluntario, ¿acaso todos los hombres y mujeres en occidente se casan por amor? A menudo los hombres seducen a las mujeres con su riqueza; las mujeres de familias adineradas también pueden atraer a más pretendientes. A veces, hombres ricos incluso fuerzan a mujeres pobres a casarse con ellos. Este es el confinamiento del matrimonio por la riqueza. En algunos casos, hombres se casan con mujeres de historial prestigioso como un medio para su ascenso; en otros casos, hombres de prestigio y mujeres de bajo estatus social no pueden casarse por sus diferencias de clase. Este es el confinamiento del matrimonio por el poder. Simplemente no existe el matrimonio libre. Aunque las mujeres reciben la misma educación que los hombres en las sociedades modernas gobernadas por la ley, rara vez tienen la oportunidad de estudiar política o leyes, para qué mencionar enrolarse en el ejército o en las academias de policía. Aunque se dice que las mujeres

tienen iguales oportunidades que los hombres en el Estado moderno gobernado por la burocracia, éstas no tienen cargos públicos. La igualdad de sexos existe solo de nombre.

La liberación de las mujeres debiese traer a éstas el disfrute de la verdadera igualdad y libertad. El sistema occidental hoy solo lleva de nombre libertad e igualdad a las mujeres. La libertad que claman tener no es verdadera libertad, sino falsa libertad ¡La igualdad es falsa igualdad!

Sin libertad verdadera, las mujeres carecen de total desarrollo; sin igualdad verdadera, los derechos humanos no son disfrutados por todos. Las mujeres asiáticas, asombradas por el desarrollo de la civilización occidental, creen que las mujeres occidentales son libres y comparten total libertad e igualdad con los hombres. Quieren seguir los pasos de las mujeres occidentales.

¡Ay! Como estamos en la era de la revolución de las mujeres, no quiero que tengan ellas solo la falsa libertad y la falsa igualdad; espero fuertemente que las mujeres obtengan verdadera libertad y verdadera igualdad.

En años recientes, las personas comenzaron a buscar la liberación de las mujeres en la sociedad china. La liberación de las mujeres puede ser alcanzada ya sea activa o pasivamente. ¿Qué quiere decir alcanzar la liberación *activamente*? Es cuando las mujeres luchan por y defienden su propia liberación. ¿Qué quiere decir alcanzar la liberación *pasivamente*? Es cuando la liberación es ofrecida a las mujeres por parte de los hombres. La liberación de las mujeres chinas hoy ha sido principalmente promovida mediante el modo pasivo. Cuando la mayoría de los defensores del movimiento de liberación de las mujeres son hombres, las mujeres no obtienen tanto como los hombres. ¿Por qué los hombres, que en el pasado promovían profundamente el confinamiento femenino y la constricción femenina, se han volcado a apoyar la liberación de las mujeres y la igualdad de sexos en los años recientes? Hay tres explicaciones. Primero, los hombres chinos veneran el poder a secas. Creen que China debiese seguir el sistema de las principales fuerzas civilizadoras del mundo, como Europa, América, y Japón. Si los hombres chinos prohíben la práctica del vendaje de pies entre sus esposas e hijas, las ponen en la escuela, y las educan, entonces China se consideraría civilizada. Los hombres chinos disfrutarían la fama de la civilización, así también sus familias. Cuando aquellos hombres "civilizados" aparezcan en público con sus esposas e hijas "civilizadas", serán aplaudidos por su logro. ¿Acaso esos hombres promueven la liberación de las mujeres

por el bien de las mujeres? Solo usan a las mujeres para lograr su propia fama. Su preocupación egoísta prueba que tratan a las mujeres como su propiedad privada. Si el desarrollo de las mujeres no afectase a su reputación, no estarían tan interesados en la liberación de éstas. La privatización de las mujeres por parte de los hombres chinos se manifestó primero en su esfuerzo por confinarlas en la antigua sociedad tradicional; y se demuestra ahora en su exhortación por la liberación femenina de acuerdo al modelo occidental.

Segundo, la promoción de la liberación de las mujeres por parte de los hombres chinos tiene que ver con el estancamiento económico de China. Las familias de clase media tienen dificultades en sustentar a sus miembros. Los hombres se dan cuenta de que no se benefician del confinamiento de las mujeres; en vez, les devasta su economía. Así que defienden la independencia de las mujeres y ven su dependencia económica en los hombres como su peor enemigo. Los hombres chinos alientan a sus hijas a ingresar a escuelas para niñas. Las mujeres más avanzadas reciben entrenamiento profesional, en medicina y ciencias, fuera del currículum regular. Los hombres promueven la educación femenina no por el mejoramiento de las mujeres sino por su propio beneficio. Al graduarse, las mujeres pueden sustentarse por sí mismas convirtiéndose en maestras o en hábiles trabajadoras. Además se les fuerza a sustentar a sus familias. Con sus hijas ahora compartiendo la carga familiar, o incluso tornándose en el principal sustento, los hombres pueden disfrutar más de su tiempo libre o usar su dinero en amantes y prostitutas. Mientras los hombres se consienten con placeres sin restricción, sus hijas sufren de la soledad de la adversidad. Los hombres defienden la independencia de las mujeres por su propio beneficio. Esta es la segunda razón de por qué promueven la liberación de las mujeres.

Tercero, los hombres chinos valoran la familia y tienen grandes expectativas para sus hijos. Sin embargo, no son competentes lidiando con las tareas de ocuparse del hogar y criar los niños todo por sí mismos. Quieren que las mujeres tengan esa responsabilidad. Por lo tanto, la economía doméstica es el tema más popular en las escuelas de niñas en China. Incluso el partido recientemente establecido en China (la *Alianza Revolucionaria*) ha afirmado que la educación doméstica es el cimiento de toda educación. Está implícito que una mujer civilizada puede manejar su hogar mejor que una mujer

retrógrada. De hecho, la familia pertenece al hombre, de modo que cuidar a la familia es como servir al hombre; los hijos también pertenecen al hombre puesto que adoptan su apellido en vez del de la madre. Es por eso que los hombres quieren usar a las mujeres para sus propósitos. En conclusión, las tres razones anteriores demuestran que los hombres toman ventaja egoístamente de la liberación de las mujeres. Afirman que ayudan a las mujeres a obtener su independencia y a volverse civilizadas; sin embargo, prometen a las mujeres la esperanza de la liberación pero en realidad las propulsan hacia las adversidades. En la sociedad tradicional, los hombres tenían un estatus superior a las mujeres pero éstas disfrutaban más de libertad física y de tiempo de ocio; en la sociedad de hoy, los hombres son aún superiores a las mujeres, aunque éstas comparten el trabajo de ellos y éstos comparten el placer de ellas. ¿Por qué habrían de sentirse felices las mujeres por ser usadas por los hombres? Las mujeres necias elogian a los hombres por iniciar la liberación de las mujeres. No se dan cuenta de que están haciendo exactamente lo mismo que quienes elogian encarecidamente a los constitucionalistas del Manchú[1]. Los Manchú han bosquejado una constitución, pero no están dispuestos a garantizar poder político al pueblo. Similarmente, la promoción de la liberación de las mujeres por parte de los hombres no quiere decir que las mujeres obtendrán poder real de parte de los hombres.

No estoy diciendo que los hombres debiesen hacer todo el trabajo, ni tampoco sugiero que los derechos de las mujeres no deban ser expandidos y que las mujeres debiesen realizar sus labores por su propia voluntad. Lo que discuto es: el movimiento de los derechos de las mujeres debiese ser lucha de las mujeres, no ser concedido por los hombres. Si las mujeres reciben órdenes de los hombres, han perdido ya su propia libertad; si las mujeres reciben derechos de los hombres, se han vuelto ya dependientes de los hombres. Cuando la liberación de las mujeres está en poder de los hombres, éstos toman ventaja de ellas y en últimas les subordinan a ellos. Es por esto que defiendo que las mujeres debiesen buscar su propia liberación sin depender de que los hombres se la den. Hoy todas las mujeres chinas miran a los hombres como la respuesta a su liberación. Están dispuestas a tomar el rol pasivo porque carecen de autoconsciencia. Sin autoconsciencia, las mujeres son manipuladas por los hombres e incluso les honran. ¿Acaso no

son éstas las más desvergonzadas?

He hablado de las desventajas de la liberación pasiva de las mujeres. Sin duda, hay algunas mujeres chinas que han ansiado la libertad y la igualdad y no quieren ser restringidas por las tradiciones. Su promoción de la liberación parece ser conducida por su propia voluntad. Sin embargo, necesitamos explorar su verdadera motivación. Lo que realmente quieren es satisfacerse en deseos sexuales irrestrictos en nombre de la libertad y la igualdad. Interpretan estrechamente la liberación como el modo de liberar los deseos sexuales. No comprenden que la verdadera liberación puede solo ser lograda si las mujeres avanzan por sí mismas para la obtención del poder de transformar la sociedad. Cuando las mujeres están solamente interesadas en el amor y el sexo, su espíritu de salvación de la humanidad será reemplazado por los deseos excesivos y por lo tanto su misión no será lograda. Es justificable si la obsesión de las mujeres viene de su búsqueda de amor libre. Pero muy pocas mujeres chinas encajan en esta categoría. Algunas simplemente no pueden resistir la tentación e irán con cualquier hombre; algunas son seducidas y se vuelven decadentes. Algunas comercian sus cuerpos por dinero: o bien hacen dinero por medio de la prostitución o coqueteando con hombres ricos. Deshonrarse por la búsqueda de riqueza es la conducta más degradante. ¿Podemos llamar a tal conducta un acto de libertad? Además, dado que el término "liberación" significaba originalmente ser libre de la esclavitud, ¿cómo podemos hacer una conexión entre prostitutas y mujeres liberadas? Aquellas mujeres confunden liberación con indulgencia sexual, de modo que les es difícil caer en cuenta de que se han vuelto ya las más rebajadas prostitutas.

Hoy las mujeres caucásicas comprenden las desventajas de la desigualdad sexual e identifican la distribución desigual de poder como su origen. Forman organizaciones para luchar por el voto femenino… La mayoría de las mujeres ya son oprimidas tanto por el gobierno como por los hombres. El sistema electoral simplemente aumenta su opresión al introducir un tercer grupo soberano: las mujeres de la élite. Aún si la opresión sigue igual, de la mayoría de las mujeres se aprovecha la minoría de las mujeres…

Cuando unas pocas mujeres en el poder dominan a la mayoría de las mujeres sin poder, comienza a haber diferenciación desigual de clases entre las mujeres. Si la mayoría de las mujeres no quieren ser controladas por los hombres, ¿por qué quieren ser controladas por mujeres? Por lo tanto, en vez

de competir con los hombres por el poder, las mujeres debiesen luchar por derrocar la soberanía de los hombres. Una vez que se les quite su privilegio, se volverán un igual con las mujeres. No habrá mujeres sumisas ni hombres sumisos. Esta es la liberación de las mujeres. Esta es reforma radical. ¿Por qué debiésemos contentarnos con el sistema parlamentario existente y el movimiento por el sufragio como finalidad última? Si tan solo las mujeres interesadas pudiesen transformar su movimiento desde aquel que quiere ingresar al gobierno a aquel que quiere exterminar el gobierno.

---

1 Los manchúes son un grupo étnico chino originario de Manchuria. La dinastía Quing (1644-1912), recordada por ser la última dinastía imperial china, fue fundada por un clan manchú.

La mujer

María Álvarez
Uruguay, 1920

Entre los múltiples problemas que en la actualidad se ofrecen a la mente humana y que por su gran transcendencia requieren prontitud y altura de miras en la solución, se encuentra en primera línea el de libertad de la mujer.

En estos últimos años ha provocado un intenso movimiento.

Es evidente que la mujer al producirse este poderoso dinamismo, debería abandonar su habitual indiferencia, su eterno alejamiento de las luchas que por el progreso de las sociedades se suscitan. Siendo a ella a la que le toca más de cerca (aunque indirectamente, la feliz solución de este problema por las vías de la justicia, beneficiaría a la humanidad toda) es necesario que surja la primera de la obscuridad y colocándose al margen de todos los prejuicios haga oír su voz portadora de los ideales de redención y amor que sustenta. Porque obra de redención y amor, de amor sublime hacia la humanidad hacen todos aquellos que luchan por libertar a la mujer.

Es innegable la participación que la mujer, oculta en las sombras de la indiferencia y el olvido, ha tomado en todos los acontecimientos de la historia. Su influencia es inconsciente la mayoría de las veces pero cierta. Esta influencia se hace sentir de una manera segura sobre la idea del niño y la vida del hombre. Por esta causa emancipando a la mujer se liberta al niño, suprema aspiración de un porvenir cercano, y al hombre, que tiene entre sus manos la realidad del presente. El hombre créese libre pero esto en la generalidad no pasa de ser una ilusión, una aspiración sublime. Pues mientras el hombre tenga a su lado, no una compañera, sino un ser ignorante y esclavo, toda la libertad que creerá gozar no será más que una quimera; la mujer será el obstáculo colocado en su camino para impedirle avanzar.

Además las mujeres como madres dan a los hijos la primera educación;

están entre sus manos el corazón y la inteligencia del niño. ¿Qué podrá darle un ser formado en la escuela de la ignorancia y la rutina? Lo único que ella posee como fruto de una mentalidad sin ejercicio, de un espíritu sin cultivo, falto de experiencia, cuyo campo de acción está circunscripto por lo que abarcan los ojos de la cara: supersticiones, rancios prejuicios que echaran raíces en el niño y fructificarán en el hombre.

Porque es indudable que las acciones de nuestra vida son el producto de nuestra mentalidad, el fruto de nuestra educación y casi podemos decir de la primera, de la que se conserva cierta reminiscencia, salvo muy escasas excepciones.

Emancipando, pues, a la mujer se liberta al hombre de las cadenas que a causa de la ignorancia de esta le unen todavía al carro de la rutina; de lo contrario ella lo arrastrará consigo al abismo.

¿Puede el hombre ser libre siendo su mujer esclava?

No, el hombre no será completamente libre hasta que no se haya elevado a la mujer a su nivel. Por otra parte: «¡Qué consejero admirable no encontrará el hombre en su mujer si esta supiera pensar!» Después de todo un consejero cuyos intereses son exactamente iguales a los suyos.

¿Estiman las mujeres en algo su felicidad, la de sus hijos, la de sus hermanos, en fin, la felicidad de la humanidad toda? Indudablemente. Pues entonces deben luchar por la libertad que es el mejor y el más seguro camino de adquirirla; la felicidad es incompatible con la tiranía y la servidumbre.

¿Aman los hombres su libertad? Pues es muy difícil gozar de ella cuando se está rodeado y en continúa comunicación con esclavos, que nos dan parte de su servidumbre. Los hombres tienen a su lado a la mujer, esclava moral y materialmente, que luchen por la libertad de ella, si quieren conseguir la suya.

Luchad, luchad todos por libertar a la mujer; eso es justo y es posible. Luchad despreciando el grito temeroso de los que tiemblan ante todo impulso atrevido y las risas irónicas de los pesimistas que creen que toda perfección es una utopía.

Luche la mujer por conquistar su libertad teniendo siempre presente que esta, ha de ser producto elaborado por su esfuerzo constante y por su pensamiento siempre en actividad.

Situación social de la mujer

Emma Goldman

Estados Unidos, 1936

El progreso humano es muy lento. Se ha dicho que por cada paso hacia delante, la Humanidad ha dado dos hacia la esclavitud. Sólo al cabo de los siglos ha ido liberándose de su actitud de adoración sumisa ante la Iglesia, el derecho divino de los reyes y el poder de la clase dominante. En realidad, esta calamitosa trinidad impera todavía sobre muchísimos millones de seres en todos los países del mundo; pero ya sólo puede gobernar con mano férrea y exigir ciega obediencia en los países fascistas. Aunque el fascismo no tiene existencia histórica sino como manifestación fugaz, bajo su peste negra se presiente cómo se aproxima la tormenta y cómo crece su furia. Es en España donde hallará su Waterloo, mientras todo el mundo va aumentando la protesta contra las instituciones capitalistas.

Pero, en general, el hombre, dispuesto siempre a luchar heroicamente por su emancipación, está muy lejos de pensar lo mismo respecto a la del sexo opuesto.

Sin duda alguna, las mujeres de muchos países han hecho la verdadera revolución para conseguir sus derechos sociales, políticos y éticos. Los han logrado a costa de muchos años de lucha y de ser derrotadas infinidad de veces, pero han conseguido la victoria.

Desgraciadamente, no puede afirmarse lo mismo de las mujeres de todos los países. En España, por ejemplo, a la mujer se la considera muy inferior al hombre, como mero objeto de placer y productora de niños. No me sorprendería si sólo los burgueses pensasen así, pero es increíble comprobar el mismo antediluviano concepto entre los obreros, hasta entre nuestros propios camaradas.

En ningún país del mundo siente la clase obrera el Comunismo libertario como lo siente la clase obrera española. El gran triunfo de la Revolución que se inició en los días de julio, demuestra el alto valor revolucionario del

obrero español. Debería suponerse que en su apasionado amor por la Libertad incluye la libertad de la mujer. Pero muy lejos de esto, la mayoría de los hombres españoles parecen no comprender el sentido de la verdadera emancipación, o, en otro caso, prefieren que sus mujeres continúen ignorándolo. El hecho es que muchos hombres parecen convencidos de que la mujer prefiere seguir viviendo en su posición de inferioridad. También se decía que el negro estaba encantado de ser propiedad del dueño de la plantación. Pero es lo cierto que no puede existir una verdadera emancipación mientras subsista el predominio de un individuo sobre otro o de una clase sobre otra. Y mucho menos realidad tendrá la emancipación de la raza humana mientras un sexo domine al otro.

Por lo demás, la familia humana la integran ambos sexos y la mujer es el más importante de los dos, ya que ella perpetúa la especie, y cuanto más perfecto su desarrollo moral y físico, más perfecta será la raza humana. Ya sería esto bastante para probar la importancia de la mujer en la sociedad y en la lucha social; pero hay otras razones. La más importante de todas es ésta: que la mujer se ha dado cuenta de que tiene perfecto derecho a la personalidad y de que sus necesidades y aspiraciones son de importancia tan vital como las del varón.

Los que pretenden todavía tener a la mujer en un puño, dirán seguramente que sí, que todo eso está muy bien, pero que las necesidades y aspiraciones de la mujer son diferentes, porque ella es inferior. Esto solo prueba la limitación del hombre, su orgullo y su arrogancia. Debería saber que lo que diferencia a ambos sexos tiende a enriquecer la vida, tanto social como individualmente.

Por otra parte, las extraordinarias realizaciones de la mujer a través de la Historia anulan la leyenda de su inferioridad. Los que insisten en ella es porque no pueden tolerar que su autoridad sea discutida. Ello es característico de todo sentido autoritario, sea el del amo sobre sus esclavos sea el del hombre sobre la mujer. No obstante, la mujer procura en todas partes liberarse; camina hacia delante, libremente; ocupa su puesto en la lucha por la trasformación económica, social y ética. Y la mujer española no tardará mucho en emprender el rumbo de su emancipación. El problema de la emancipación femenina es análogo al de la emancipación proletaria: los que quieran ser libres deben dar el primer paso.

Los obreros de Cataluña y de toda España le han dado ya, se han liberado

a sí mismo y están derramando su sangre por asegurar esta libertad. Ahora os toca a vosotras, mujeres españolas. Romped vuestras cadenas. Ha llegado el turno de elevar vuestra dignidad y vuestra personalidad, de exigir con firmeza vuestros derechos de mujer, como individualidades libres, como miembros de la sociedad, como camaradas en la lucha contra el fascismo y por la Revolución social.

Únicamente cuando se hayan liberado de la superstición religiosa, de los prejuicios de la moral corriente y de la esclavizante obediencia a un pasado muerto, llegarán a ser una fuerza invencible en la lucha antifascista y una garantía de la Revolución social. Únicamente entonces serán dignas de colaborar con la creación de la nueva Sociedad en la que todos los seres serán verdaderamente libres.

La doble lucha de la mujer

Ilse

España, 1937

El hombre revolucionario que hoy lucha por su libertad, solo, combate contra el mundo exterior. Contra un mundo que se opone a sus anhelos de libertad, igualdad y justicia social. La mujer revolucionaria, en cambio, ha de luchar en dos terrenos; primero por su libertad exterior, en cuya lucha tiene al hombre de aliado por los mismos ideales, por idéntica causa; pero, además, la mujer ha de luchar por la propia libertad interior, de la que el hombre disfruta ya desde hace siglos. Y en esta lucha la mujer está sola.

En los comienzos del movimiento obrero, se decía muchas veces: «Al enemigo lo tenemos en nuestro propio campo». Había pues, que vencer a este enemigo antes de pensar en otras conquistas. Del mismo modo, la mujer que quiera emanciparse en la igualdad de derechos, ha de emprender primero la lucha en su propio campo. Y en esta lucha, además de encontrarse sola, además de contar únicamente con ella misma, le dificulta la lucha el enemigo que reside en su propio campo; un enemigo al que nunca ha reconocido conscientemente como tal, al que está ligada íntimamente y por instinto desde su propia infancia.

Primero la familia. No es fácil deshacer las fuertes ligaduras que, por educación y por tradición, existen entre la mujer y la familia. Es duro hacer sufrir a unos padres queridos que no aciertan a transigir con los anhelos libertarios de la hija, que no quieren ayudarla en su lucha, que niegan a la muchacha adolescente el esclarecimiento de la cuestión sexual, que la quieren inducir a la espera pasiva y virginal del hombre que le ofrezca el matrimonio y que le asegure una existencia en la que la mujer, llena de ignorancia y de prejuicios, no suele encontrar la felicidad, sino una vida desolada y triste. Todo esto conducía casi siempre a burlar en secreto las normas maternales, a la insinceridad, al engaño cobarde. En estas

circunstancias, la libertad interior era imposible. Y en semejante ambiente se fundaba una nueva familia que por falta de sinceridad –e incluso en el caso de una buena inteligencia sexual entre los dos esposos– coloca a la mujer en una nueva situación embarazosa, determinada por la represión de la personalidad en la mujer.

Así, lo subconsciente en la mujer ha de ver por fuerza en todos estos seres queridos –padres, marido e hijos– a enemigos de su libertad. Y la mujer tiene que combatir a estos enemigos modificando su actitud frente a ellos, luchar contra los prejuicios y las tradiciones, y ya interiormente libre y en condiciones distintas, unirse realmente a sus compañeros de otro sexo para luchar juntos contra el enemigo exterior, contra la servidumbre y la opresión.

Es difícil para la mujer determinar exactamente sus ligaduras interiores. Una vez conocidas, ha de ser inexorable consigo misma; ha de renunciar, en primer término, a la cómoda costumbre. Sola ha de llegar a este convencimiento y sola tiene que luchar; nadie sino el amor a la libertad la puede ayudar en esto. El hombre –ni siquiera el compañero anarquista– no la puede ayudar en esto; más bien lo contrario, porque también en él hay tanta vanidad escondida, que, sin que se dé cuenta y con apariencia de amor y amistad mal entendidos, trabaja muchas veces contra la liberación de la mujer.

Ante tantos obstáculos, es inexplicable la decepción y la tendencia a abandonar la lucha. Pero sed fuertes y aguantad, mujeres de la Revolución. Cuando hayáis conseguido perteneceros a vosotras mismas; cuando vuestras decisiones en la vida cotidiana obedezcan solo a vuestra propia convicción y no a costumbres atávicas; cuando vuestra vida afectiva esté libre de toda consideración sentimental y tradicional; cuando podáis ofrecer vuestro amor, vuestra amistad o vuestra simpatía como expresión genuina de vosotras mismas, entonces os será fácil vencer los obstáculos exteriores. Automáticamente pasaréis a ser personas con libre albedrío e igualdad de derechos sociales, mujeres libres en una sociedad libre que vais a construir junto con el hombre, como sus verdaderas compañeras.

La Revolución ha de comenzar desde abajo. Y desde adentro. Dejad que entre el aire en la vida familiar, vieja y angosta. Educad a los niños en libertad y alegría. La vida será mil veces más hermosa cuando la mujer sea realmente una «mujer libre».

¿Tiene sexo la inteligencia?
Las dos grandes razas sociales

María Lacerda de Moura

Brasil, 1931

I

No estará de más que declare, ante todo, que no soy feminista, no pertenezco a ningún partido, no exploto ni me sirvo de ninguna grey, no ejerzo ningún apostolado, no tengo religión alguna ni rumio en ningún rebaño académico o moraliteísta. Solo creo en mi dios interior que sueña con mis sueños, duerme, se solaza, canta y aspira en cada uno de los estremecimientos de la Naturaleza buscando constantemente una forma siempre más bella en la fantasmagoría de los mundos y de los sueños…

Estoy libre de muletas. Me he emancipado de todas las iglesias religiosas y laicas.

No pertenezco a ninguna asociación "Pro Voto" ni soy del partido militarizado y militante del feminismo bélico.

Me repugna igualmente el ejército catequístico de ciertas damas de Estropajosa.

Gracias a muchas experiencias sufridas aprendí a huir de los rebaños, de las sociedades y de los credos, me libré de las muletas –según la feliz expresión de Krishnamurti– deserté de las barreras de la grey social y me siento libre para respirar en el campo abierto de mi individualismo reivindicando el derecho de todo ser humano.

La sociedad es la limitación fatal de los derechos individuales. En todos los tiempos, los partidos del "populacho de arriba" oprimieron al "populacho de abajo". Pero aun cuando se inviertan los papeles todo volverá al punto de partida.

En todos los tiempos y en todos los países, ya bajo la rotulación de liberales o de conservadores, o ya bajo la de demagogos socialistas o

aristócratas; ora con oligarquías, ora con plutocracias o imperios –el nombre es lo de menos–, el hombre procuró escalar posiciones que le permitieran –ya sirviéndose del derecho de la fuerza, ya recurriendo a la fuerza del derecho de sus leyes– pisotear a los de abajo. Para alimentar su orgullo o para dar satisfacción a sus feroces instintos, procuró mandar, tiranizar, para hacerse servir por la cobardía moral del rebaño domesticado a través de las tradiciones, de la rutina, de la educación y de los preconceptos; a través, en fin, de la imbecilidad humana.

Siempre hubo castas dominantes y masas acarneradas, señores y esclavos, déspotas y vasallos, explotadores y explotados. Es la fatalidad social contra la que no hay apelación posible.

La servil imbecilidad del género humano es infinita. Los nietszcheanos "superelefantes de la voluntad de dominación", tuvieron y tendrán siempre su claque y su ejército, su policía secreta y sus vasallos sumisos y fieles, sus escritores prostituidos y sus lacayos incondicionales: los pensadores de rebaño, los sacerdotes, algunos poetas y científicos, todos los moraliteístas y los filósofos repetidores, todos los que comulgan con las ruedas de molino del vasallaje reaccionario y que viven encorvados reverentemente ante los Césares del poder gubernamental o ante los Cresos –reyes del acero, del otro, del petróleo o de las armas de guerra–.

A la vista de todo esto se ha descubierto, justamente ahora, que el siglo XX es el siglo de la mujer. Se ha visto que existe una energía femenina digna de ser tomada en cuenta, digna de ser explotada. Se percibió el hombre de que su compañera podía serle de muchísima utilidad material y se dedicó a explotar la carne femenina, el trabajo femenino o la sensibilidad de la mujer.

Por esta causa –dentro y fuera del casamiento– todo puede ser calificado de prostitución, todo es esclavitud. Sujeción para toda la vida a uno solo o a varios y por tiempo determinado. Sujeción del cuerpo, explotación del trabajo, esclavitud de la razón… la mujer vive "al servicio" de la esclavitud social.

Las innumerables necesidades lanzadas en la vida por la civilización industrial, arrastraron también a la mujer hacia el tormento del trabajo obligatorio y absorbente. Surgieron nuevas y enconadas luchas de competencia entre ambos sexos estimuladas por este descubrimiento sensacional.

Y la eterna tutelada, dos veces esclavizada en nombre de la reivindicación

de sus derechos, en nombre de la emancipación femenina, en nombre de tantas banderas, de tantos ídolos: patria, hogar, virtud, honra, sociedad, religión, derechos políticos y civiles, feminismo, comunismo, sindicalismo, fascismo, revolución, etc., etc., continúa siendo un instrumento manejado hábilmente por el hombre para sus fines sectaristas, dominantes, políticos, religiosos o sociales.

La mujer no ha apercibido, y tal vez no lo verá nunca, el truco de que se valen los escamoteadores de la civilización unisexual.

Los comunistas instigan a la mujer a trabajar para el advenimiento de la dictadura "proletaria" preconizada por la *Madre Rusia*. Son, según la maravillosa expresión de Han Ryner, los "escultores de montañas". Su divisa es la de todo rebaño: "Fuera de nosotros no hay salvación".

Los anarquistas revolucionarios de la "santa violencia" quieren que la mujer vaya con ellos a soñar barricadas y a gritar en las plazas públicas como en casa: "¡Viva la revolución! ¡Abajo la burguesía!", como si todo quedase solucionado así.

Los *en dehors* la quieren en el amor organizado como cooperativa de producto y consumo; en la camaradería amorosa… es decir, como instrumento sexual.

De entre los que acabo de citar, conozco a muchos que se rotulan con los más variados nombres y, sin embargo, sólo se interesan por su propia libertad y por el triunfo de su partido, sin la menor preocupación por la mujer, desconociendo en absoluto sus derechos y sus necesidades. Conozco libertarios cuyo hogar es burguesísimo.

Tanto los laboristas como los sindicalistas, los propagadores de cualquier religión, los sacerdotes revolucionarios como los clericales, los socialistas demagogos, los feministas, los partidos políticos, todos, absolutamente todos procuran ahogar las verdaderas necesidades interiores de la mujer, todos sofocan sus más altas aspiraciones en el caos de las competencias de partidos o en las del progreso material absorbente. La sumergen en la loca actividad de la vida moderna para que sea devorada por esa civilización de explotadores y de vampiros.

La esclava eterna que creyó reivindicar sus derechos, que pensó se dedicaba a su emancipación, siéntese cada vez más llena de responsabilidades, y su desesperación, irritabilidad y desaliento crecen a medida que desaparecen las ilusiones. Porque, hasta el momento actual,

¿cuál fue el partido o el programa que haya representado una solución real al problema femenino?

En realidad ninguno. Porque la mujer es esclavizada bajo otros muchos aspectos, después de la victoria de una reivindicación de cada partido o de cada idea.

Al despertar para entrar en el trabajo social, su actividad es desviada hacia la defensa de las “verdades muertas”, de las “mentiras vitales”, dentro de la rutina, de las tradiciones, de los prejuicios de otro orden, de la reacción conservadora o revolucionaria.

La vacunan con el suero de los ídolos nuevos y la hacen incapaz para subir más arriba, para escalar ideales más elevados, y se agarran desesperadamente a las muletas milenarias. Aunque los ídolos se bauticen con nombres nuevos o con programas demoledores, lo real, lo irrebatible es que el ídolo continúa siendo siempre el mismo; Moloch devorador.

Al incorporarse al movimiento social, la mujer se ha convertido en un instrumento creador de nuevos altares y se ha arrojado a una lucha sangrienta, lucha sin treguas, que los hombres, caníbales de la civilización material y de las ambiciones desmedidas, alimentan, con el miraje de la vanidad loca de vencer dentro de “su” partido, en medio de “su” rebaño, entre “sus” compañeros de ideales, para dominar, para llegar a ser señores de esclavos o de explotados y exterminarlos en nombre del Amor y de la Justicia, en nombre, sobre todo, de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad…

La mujer, como digo, se ha convertido de víctima en cómplice de otras tiranías, se ha hecho apta para otra especie de domesticidad. Y es así como en la creencia de una liberación continúa siendo explotada su sensibilidad bajo la capa criminal de los evangelios nuevos, de los partidos recientes o de las organizaciones ultramodernas.

Bajo el pretexto de reivindicaciones feministas se ha desfocado nuevamente su razón y se aparta cuasi definitivamente del verdadero problema femenino, que es el problema humano del derecho a la vida, como tiene todo animal de la escala zoológica, la reivindicación individual de sí misma, el derecho a ser dueña de su propio cuerpo, de su voluntad, de sus deseos y de su expansión mental, para vivir la vida en toda la plenitud de sus posibilidades latentes.

Que aprenda a ser libre para poder libertarse de las propias cadenas de los

instintos que no están acordes con nuestras necesidades actuales (como, por ejemplo, el instinto de amar a la fuerza bruta, el instinto guerrero, etc.), instintos inferiores todos ellos, a fin de ascender hasta el plano superior donde penetra nuestra alma el ansia de ser algo más que instrumento de voluptuosidad y de explotación, para escalar un grado más elevado de individualidad a través de la libertad de vivir para su propio corazón y de pensar por su propia mente.

Mientras la mujer se deje llevar por los otros, mientras confíe a la ingenuidad o a la malicia de los partidos, de los programas, de los votos, de las caridades, de los deberes, –ídolos del hogar, de las sociedades, de los privilegios, de las convenciones– patria, familia, religión y el "qué dirán"–, será la eterna explotada por la fatalidad social, por la imbecilidad humana y por la verborrea legal y moraliteísta.

Es el problema ibseniano de Nora en *Casa de Muñecas*. Es el problema *hanryneriano* del individualismo neoestoico, es el individualismo de la *voluntad de armonía* interior, de la realización subjetiva.

La mujer tiene prisa por laborar. Pero hay que tener en cuenta que sólo puede ser dadivoso quien tienen las manos repletas… que sólo podemos entregarnos al mundo cuando tenemos el conocimiento y la certidumbre interior de que lo que vamos a dar no perjudicará al semejante.

Solo podré sembrar cuando logre recolectar algo en mí misma. Primero tengo que conocerme y, enseguida, debo realizarme. Solo después, bastante tiempo después, podré recoger para sembrar…

Cometo el más inconsciente de los crímenes si alimento a los demás con el indigesto manjar que me hicieron engullir con la educación y la rutina social; este alimento no es otro que el patriotismo, la religión, la familia y la sociedad, que, a su vez, crean, multiplicándolas, nuevas formas de sujeción.

¡Cuántos ídolos!... ¡Cuántos ídolos para perpetrar los crímenes de lesa humanidad, de lesa felicidad humana, de lesa libertad individual! ¡Y cuán lejos estamos de nosotros mismos!

Doblemente esclava, la mujer, protegida (?) milenaria del hombre, en su cuerpo y en su razón; instrumento de explotación de los ídolos, de los partidos, de las religiones y de los programas; en resumen, es la esclava social.

¡Y es esa mujer la educadora de la infancia! ¡Cuánto absurdo, cuánto cretinismo, cuánta barbarie patriótica, cuánta estupidez honrada y virtuosa

en la escuela, en el hogar y en la juventud!

Y es esto lo que repiten los millones de profesores del mundo entero para la conservación del fósil del pasado reaccionario, con el dominismo de los sacerdotes, de los reyes, de los demócratas demagogos, de los militares y de los capitalistas. Este es el orden social, y no hay otro instrumento para su conservación como la mujer. Nuestra civilización no es otra cosa que ese cadáver que tanto nos cuesta arrastrar…

¿Hasta cuándo?

¿Volveremos acaso a un punto de partida?

II

La organización social divide a los hombres y las mujeres en dos razas que se combaten ferozmente.

El instinto, la Naturaleza ordena que se busquen, inevitablemente, que se complementen, para realizar una armonía mayor, para conseguir un equilibrio armonioso de dos seres.

La sociedad, ciegamente, se enfrenta contra el instinto, contra la Naturaleza, y legisla, codifica y *organiza* el amor.

La razón de la mujer fue condenada a cadena perpetua, bajo pretexto de que su emancipación mental sería la causa de la destrucción del "sagrado hogar".

De manera, pues, que la institución de la familia está basada en la ignorancia de la mujer, en el servilismo y en la esclavitud femenina.

Las uniones libres son inmorales para la gente "honrada". Sin embargo, el casamiento es una trampa feroz para ambos y, muchas veces, fraude para las dos partes. Y es así como la indisolubilidad del lazo matrimonial trajo la muerte de la razón en la mujer y la anulación del sentimiento en el hombre. Y se convirtieron ambos en monótonos discos de fonógrafo…

De ahí deriva la imbecilidad, la vulgaridad, el perverso reinado de las mediocracias oficialmente organizadas y mil calamidades más. El hombre no tiene tiempo para pensar. Repite. Sí, repite lo que oye y se acobarda. Acepta sumiso el alimento que se impone. No discute, no analiza, incapaz de crear, incapaz de vivir subjetivamente, incapaz de conocerse, de realizarse, quiere "vencer en la vida". Es el señor. Y salta por encima del prójimo, con la voracidad que la civilización le ha inculcado. Mató el sentimiento. ¿Y la razón? La mató también. El hombre es una máquina.

En esta organización social de vampiros y arribistas, accionados todos por

los invisibles hilos del guiñol de los Césares del Poder, de la religión y del capital, ser "individuo" –hombre o mujer– es cosa muy difícil.

Si Diógenes viviera, se encontraría nuevamente embarazado en su búsqueda del hombre, apagaría tal vez su linterna y se refugiaría despavorido en el fondo de su tonel, más escéptico que nunca.

La sociedad, las seducciones del goce material, la ambición siempre insatisfecha, los dogmas de la familia, de la religión, de la patria, de la civilización, de la rutina, de las tradiciones y de los prejuicios seculares, tienen por objetivo, asumen como más alta misión la de imbecilizar a los individuos e impedirles la realización interior ahogando su razón y comprando su conciencia. Por esta causa se hace preciso desertar de la sociedad para llegar a desprenderse de todo cuanto nos inculcaron como si fuera la mayor de las verdades, y para poder hallarnos a nosotros mismos.

¡No es nada fácil ser antisocial! ¡No es heroísmo de fachada el del desertor!

Para reivindicar el derecho a pensar, el hombre o la mujer, tienen que saltar por encima de millones de dogmas, por encima de centenares de ídolos, de millares de símbolos, de prejuicios, de tradiciones, de altares, de convenciones y "verdades muertas", por encima de todas las *mentiras vitales* de la civilización, por encima de todos los cadáveres insepultos de los muchos engaños sociales.

Todo esto se resume en el gesto heroico de arrancarnos de la cabeza el disco de gramófono que en ella llevamos y reivindicar el derecho a ser una cabeza pensante.

Imposible nos será esta actitud noble y altiva si queremos ser "damas" de la alta sociedad, políticos o académicos, profetas, maestros o sacerdotes.

Hombres y mujeres, todos cuantos se hallan en este caso, no son más que sombras, discos de la moral y de la farsa social. ¡Oh! ¡Cuán equilibrado y armonioso resulta el balido del rebaño humano!...

¡Locura, en cambio, pensar! Locos son los que denuncian los crímenes de lesa felicidad individual, los crímenes de lesa humanidad…

Así clama la moral social. Pero mi ÉTICA es muy distinta.

Cuán diferente es, en mi cerebro, el concepto de la dignidad humana. Para mí constituye un honor ser clasificada de anómala. Es una felicidad verme señalada como loca porque soy humana. Tengo a gran honra y a placer inmenso hallarme en esta locura que no quiere pactar, que no quiere ser cómplice del vampirismo y del artificialismo social.

Ni la inteligencia es privilegio del hombre, ni el sentimiento es exclusiva propiedad de la mujer.

Condenado a la inacción, desde el punto de vista intelectual, el cerebro de la mujer es el fiel reflejo del cerebro masculino. La mujer de la "alta" o de la "buena" sociedad, puede ser cultísima, podrá hablar de Ibsen, de Gorki o de Maupassant, de Anatole France o de Voltaire, de Zola o de Mirbeau; podrá discurrir acerca del teatro de Bataille o de Moliere, pero, todo ellos es superficial… porque sigue siendo católica apostólica y romana. No supo ver la crítica mordaz de Voltaire o de Moliere, no sintió la ironía del inimitable autor de *Thais* o de *La Isla de los Pingüinos*. Es "caritativa", piadora, creyente, pero no vislumbra la sonrisa de amargura que nace de todas esas obras si se emprende el análisis doloroso del problema humano o de la cuestión social.

Digamos de paso que, hasta en eso, imita ella al hombre… También el hombre "culto", aquel que tiene en su bolsillo el título de doctor en cualquiera de las ciencias universitarias, y su biblioteca bien repleta de volúmenes –no leídos muchas veces–, continúa, a pesar de su saber, impermeable dentro de la rutina y la tradición social.

Es el caso de los abogados, de los jueces, de los fiscales que interrogan a presos políticos por cuestiones sociales y que confunden las ideas de Marx con las de Bakunin, preguntando a los anarquistas cuál es la clase de gobierno que desean después de la Revolución[1]… y declarando finalmente que, también ellos, delegados del gobierno y del "orden" público, piensan como aquéllos, que también siendo estos ideales y espera el advenimiento de una sociedad anarcocomunista… solo que no exponen en público sus ideas.

Y éstos son literatos, "cultos", que han viajado y leído mucho… pero no pasan de pensadores de rebaño.

No debe, pues, extrañarnos que la mujer se halle en las mismas condiciones, que repita y obedezca mentalmente.

Sin contar con que la mujer tiene, además, lo que los hombres reputan como necesario para contenerla dentro de la moral social: el "freno" de la religión católica.

Las ideas femeninas son convicciones del corazón… La mujer piensa a través de la simpatía y del amor de los que viven al lado de su vida de odalisca, de bestia de carga o de procreadora inconsciente –como incubadora que recibe huevos por imposición.

Bajo todos los aspectos de la vida la mujer está al "servicio".

No escapa de esa domesticidad, a esa felicidad, a esa esclavitud, la inteligencia femenina al servicio de la mentalidad masculina.

En la literatura, en la poesía, ya como pensadora o artista, no tiene nunca fisonomía propia; está al servicio del pasado, de la rutina, de los preconceptos religiosos, académicos, científicos, políticos o sociales.

Vivimos la civilización unisexual.

El divino perfil de una Isadora Duncan, maravilla por lo imprevisto, por su originalidad superior de artista, por la espontaneidad de una individualidad, tan alta, que asombra, por la grandeza de una evolución aislada, única, autodidacta, y por una ÉTICA más alta aún en su belleza de entregarse incondicionalmente, en una generosidad creadora de ritmos y de sueños para la felicidad humana, integrada en la libertad de vivir intensamente una belleza mayor.

Pero las excepciones como ésta pueden contarse con los dedos de una mano.

Ya sea reivindicando sus derechos dentro de los partidos, ya sea en la lucha de clases, ora con métodos de acción política, ora con procedimientos revolucionarios, siempre la mujer está impelida por el hombre, estimulada por los jefes; se halla, en suma, siempre al "servicio" de lo masculino.

Poquísimas son las mujeres que ponen su capacidad al servicio de la propia conciencia.

Más… ¿Qué acontece entre los hombres?

¿Son elevado número los locos, los anormales, los anómalos que saltan por encima de los tapujos sociales, de las vallas del redil humano, arrancándose de la cabeza el disco de gramófono, según el admirable simbolismo de Andrés Latzko? ¿Son muchos los que han sabido reivindicar el derecho a tener cabeza?

¿Es considerable la falange de los que desprecian el armonioso balar de los rebaños de la parábola ryneriana, los que, locos también, antisociales, antipatriotas, antirreligiosos, antisectarios, antidogmáticos, se libran de todas las muletas y de todos los escapularios?

La gran mayoría, insensible a las propias verdades subjetivas, emparedada dentro del ídolo majestuoso de la Rutina, no oye los llamamientos de su YO interior.

La cultura de rebaño, los títulos y las glorias de las letras, de las artes, de las

ciencias; los pensadores y los filósofos académicos, todos están al *servicio* del orden social, *al servicio* de la destrucción humana, de la civilización industrial, de la competencia, de los canibalismos del progreso material; todos tocan el mismo disco de la marcha victoriosa de las "mentiras vitales", de los ídolos voraces de la tradición, los dogmas y el *qué dirán*.

La cobardía mental es la más poderosa de las fuerzas reaccionarias.

Respetar, obedecer, repetir y alabar es la consigna del orden social. Pero, aprender a pensar, y pensar en voz alta, no es privilegio del sexo fuerte.

En todas las épocas existió la afirmación viva de que el esclavo social –hombre o mujer– puede tener la conciencia despierta en el gesto libre de pensar en voz alta y obrar contra la rutina, contra todos los ídolos feroces de los altares de Moloch, de la Patria y la Civilización.

Es preciso, pues, ser antisocial para realizar el heroísmo sin par de enunciar las verdades interiores. Porque, es más fácil y más cómodo venderse a la gloria de un día, a la gloria de los honores y las paradas patrióticas y religiosas, a la seducción de los aplausos inconscientes de las multitudes, a los uniformes de las academias, a las condecoraciones y títulos honoríficos, al prestigio social.

Es realmente lastimoso ver a los mejores talentos masculinos o femeninos ponerse al servicio de las leyes, de los gobiernos, del orden constituido, del capital, de la sociedad, de los crímenes y de los errores de lesa felicidad humana.

Pertenecer a una grey, a un partido político, religioso o social, ser el portavoz de un dominismo que va contra otro dominismo, da prestigio y nimba de celebridad los nombres de los abogados, de los políticos, de los académicos, de los militares, de los sacerdotes, de los profetas o de los apóstoles.

¡Nada de muletas! No hay muleta capaz de proporcionarnos la paz y la serenidad interior.

La humanidad no supo encontrar todavía la solución de sus dos principales necesidades, los dos instintos predominantes del reino animal y siguió el rumbo opuesto de la sabiduría de los llamados irracionales: ¡Comer y Amar!

Y el género humano enloquece, se degenera, se suicida y derrocha sus más admirables energías latentes en falsos placeres de relumbrón, crea la prostitución, las leyes estranguladoras y el vampirismo social y pisotea los

más bellos sentimientos enlodando la pureza de todo cuando es noble y sin mácula, a fin de satisfacer sus dos instintos primordiales.

No obstante, cada vez se desvía más de su objetivo. Todos quedan insatisfechas. Doloridos por la indigestión y por la insaciedad amorosa.

Tan sencillo como sería satisfacer las propias ansias…

Pero es tal la complicación industrial y económica, y es tal también el grado de *civilización*, que son consideradas como anómalas y perturbadoras las inteligencias que ponen su esfuerzo al servicio de la Humanidad con el fin de que desaparezcan las vergonzosas aberraciones actuales y volvamos todos a la Naturaleza, al seno de una vida simple de realización interior para poder interpretar y solucionar debidamente el problema humano dentro de la ley de la gravitación universal que es el AMOR, solución que se resume en los siguientes dos postulados de la ÉTICA:

"No matarás".

"La vida solo se ha hecho para el Amor".

La realización interior no es una cuestión de inteligencia, de cultura ni de sexo; no es tampoco el problema parnasiano de los malabarismo de palaras.

El propio D'Annunzio, a pesar de los plagios que le han descubierto algunos intelectuales de tan alto valor como Han Ryner y otros colaboradores del *Mercure de France*, era un artista de la expresión. Su estilo era magnifico en imágenes, está lleno de bellezas, es encantador a pesar de su narcisismo imperialista, a pesar de su voluntad y su lujuria, a despecho de la vanidad loca del orgullo y de su voluntad de poder.

Prostituido en el alma, y quizá también del cuerpo… pone su talento al servicio del carnaval social y nos hace llegar a la conclusión de que "los cheques pueden ejercer una influencia decisiva en el cerebro de un hombre genial"…

La inteligencia, pues, no depende de cada uno de nosotros. No tiene mérito alguno ser inteligente. El mérito, si puede ser cotejado por los demás, está en el carácter incorruptible, en el valor heroico del desprendimiento hacia los bienes materiales y los honores oficiales, está en el desprecio de la consideración social y el *qué dirán*.

El mérito, si existe, está en no balar entre el rebaño humano, consiste en no repetir la voz de la rutina y de los prejuicios, ni ponerse al servicio de los domesticados.

El verdadero mérito está en la deserción social.

Consiste en ser antisocial y combatir toda orden, todo mandato, ya provenga de la ley, de la religión o de la moral.

Es el heroísmo de ir contra la corriente, de ser una voz única y aislada en medio de rebaño. Es el valor de ser individuo y conservar la dignidad humana en medio de la ferocidad colectiva.

Y, si la inteligencia no tiene sexo, no es privativa de un sexo ni de una raza, mucho menos lo es el valor de enfrentarse con los conductores del rebaño social y negarse a pactar con la brutalidad de la civilización, con las máquinas humanas y con los dólares inhumanos.

Cuando un hombre une a su mentalidad de pensador el sentimiento verdadero del artista –Tagore, por ejemplo–, que es, por así decirlo, una sensibilidad casi femenina, delicada en su grandeza espiritual de maternidad o de piedad humana, nadie lo interpreta como una "anomalía".

Y es que, de hecho, la evolución tiene que acercar la razón y el sentimiento hasta lograr la armonía entre la mente y la sensibilidad interior –cerebro y corazón– para realizar una belleza mayor, para concretar un sueño más alto, para estructurar una concepción más elevada del problema de la Vida.

Y cuando una mujer junta a su sensibilidad femenina un sentido más profundo de la cuestión humana, y eleva su razón a alturas poco accesibles para el común de las preocupaciones vacías del vulgo en los ocios femeninos y masculinos; cuando alza en sus manos el sentimiento para hacerlo llegar a la altura de la razón, en un esfuerzo fantástico de todas sus potencias, en un salto milenario desde las eras medievales hasta el siglo de la relatividad y el individualismo ryneriano de la "voluntad de armonías", esta mujer, ¡oh entes, que de todo se extrañan!, no hace más que esbozar el tipo futuro individualista, en el cual cantará el equilibrio armonioso entre el sentimiento y la razón, para llegar a intuir más profundamente el nuevo ascenso hacia otra evolución más amplia, a fin de llegar a la conquista de una Belleza mayor.

---

1 Textual. La autora asistió a un juicio contra anarquistas en que el juez hizo esta manifestación. El caso no es único (nota del traductor).

¿Qué quiere la Liga Sindicalista de Mujeres?

Willy Witkop Rocker

Alemania, 1922

Por la palabra sindicalismo entendemos la unión de los obreros manuales e intelectuales sobre una base federalista de organización, tanto para el ejercicio de las reivindicaciones cotidianas como para la conquista de un futuro mejor.

Por la fuerza de su solidaridad moral y económica se proponen los obreros sindicalistas mejorar su situación general, en todas las direcciones, dentro de la actual sociedad, por todos los medios de la acción directa que el momento requiere. Pero el objetivo esencial de los sindicalistas es la victoria sobre el Estado capitalista y su orden económico y la reorganización de la sociedad sobre las bases del socialismo libertario.

Los sindicalistas tienen la opinión de que el suelo, los instrumentos de producción y los productos del trabajo son propiedad de la comunidad y deben ser administrados por los productores mismos. Por esta razón consideran la atracción del trabajador hacia este fin como la más importante tarea de la educación sindicalista.

En contraste con los llamados partidos obreros de distintas tendencias, los cuales adoptan por finalidad la conquista del poder político, los sindicalistas rechazan toda forma de Estado y sus numerosas instituciones, sostienen el punto de vista de que el Estado no fue nunca –y nunca podrá ser otra cosa– más que el aparato político de la violencia de las clases privilegiadas, con el cual se aseguran la explotación económica de la gran masa del pueblo trabajador.

Los sindicalistas combaten toda forma de militarismo, porque advierten que es formidable peligro para la vitalidad y la salud de los pueblos y, además, en realidad sólo es un arma en manos de las clases dominantes contra la clase obrera, para mantener el poder de los privilegiados sobre la gran mayoría del pueblo y proteger a aquellos contra las sublevaciones de los

oprimidos. Por los mismos motivos son enemigos irreducibles de toda guerra. Para los obreros de todos los países no presenta ningún interés el degollarse mutuamente; y es sólo su ignorancia la causante de que estalle la guerra como resultado de los grupos capitalistas de los distintos países.

Los sindicalistas son adversarios de la mentira nacional, tras la que se oculta siempre el cruel egoísmo de las clases posesoras. Porque reconocer el derecho de libre desarrollo para cada pueblo y para cada grupo en el pueblo, mientras no origine perjuicios al bienestar de la comunidad, son internacionalistas y representantes de una confraternidad general de los pueblos.

Los sindicalistas combaten todo sistema de educación sancionado por el Estado o por la Iglesia, pues el objetivo final perseguido es automatizar el espíritu de la juventud y oprimirlo en determinadas formas, para que después esté dispuesto a someterse al sistema de la opresión política y de la explotación económica de las grandes masas por una pequeña minoría de privilegiados. Son de opinión que la clase organizada debe crear por propia iniciativa escuelas para sus hijos y apoyar toda tentativa y arrebatar al Estado y a la Iglesia el monopolio de la educación. Sólo de esta manera será posible en la vida una verdadera escuela libre, en la que los niños no sólo se pondrían en contacto con el tesoro colectivo de la ciencia humana, sino que al mismo tiempo lo animarán con las propias consideraciones y fomentarán su independencia y el desarrollo de su carácter en todas sus formas.

El problema de la *Liga sindicalista de mujeres* es hacer conocer al elemento femenino estas aspiraciones y obrar principalmente en el círculo de aquellas mujeres que no están ocupadas directamente en la industria. La mujer no debe ser únicamente coparticipante en la vida material del hombre; debe ser también compañera en la lucha y en las ideas. No puede, pues, olvidarse que la mujer no es un factor menospreciable en las luchas económicas, sobre todo mientras se plantee en cada industria el problema de la lucha, cuyo ejercicio es inherente a las necesidades de las grandes masas.

En tanto que el hombre representa en el taller o en la fábrica sus intereses como productor, los cuales en caso necesario debe defender con el arma de la huelga, la mujer puede ser un eficaz apoyo al acudir a sus luchas, que son también las de ella, como consumidora, con el arma del boicot.

La huelga se manifiesta, sin la ayuda de la mujer, como un medio más o menos insuficiente, que deberá complementarse con otros elementos para

poder subsistir en el futuro como una arma eficaz del trabajador y para que impulse con toda su potencia el desarrollo económico actual hacia una más estrecha unión de los productores y de los consumidores, en lo cual está llama la mujer a jugar un importante papel.

Sostenemos que por la influencia del mundo femenino no sólo se podrán conseguir grandes mejoras en las condiciones materiales de la vida del propio país, sino que la acción de sus esfuerzos llegará también a beneficiar a la clase obrera de otras naciones, de las que hemos llegado a ser un azote económico a causa de la desvalorización de nuestra moneda. Por ejemplo, si los trabajadores llegasen a negarse a remitir al extranjero los productos necesarios en el propio país, haciendo inseguros los precios de venta como resultado de la política de exportación, y si la mujer ayudase por su parte a semejante movimiento, valiéndose de un eficaz boicot organizado de consumidores, se produciría alguna mejora en la actual situación insoportable.

La presente situación exige métodos distintos en la práctica de las luchas cotidianas, y la guerra contra la especulación insufrible será una tarea importante en el futuro, pues la constante elevación de los salarios es un beneficio ilusorio, ya que inmediatamente se produce una elevación consiguiente de los precios.

Aquí es necesario intervenir enérgicamente, y la mujer podría encontrar en ese dominio un magnifico campo para su actividad, para obrar en beneficio de los comunes intereses del pueblo.

La ignorancia y la torpeza a que está ligado aún el espíritu de las masas, hizo que éstas soportaran durante la siniestra guerra las más terribles privaciones, y sería, por consiguiente, tiempo de poner ya a la orden del día un poco de voluntad de sacrificio para las cuestiones de la propia liberación.

Para que ese estado de alma arraigue en el pueblo, para que la humanidad llegue a redimirse de su esclavitud milenaria, deben también contribuir con su óbolo las *Ligas sindicalistas de mujeres*.

Sobre la emancipación de la mujer se habló mucho y se escribió más aún. Se ha investigado y ventilado el problema bajo todos sus aspectos y se han deducido todas las posibles consecuencias, y también las imposibles. No sólo se han empleado en esta cuestión la medicina, la fisiología, la sociología, sino que también el arte y la literatura tuvieron su participación y puede decirse que encontraron en el problema de la mujer un vasto campo

de actividad.

El gran movimiento espiritual del período de la revolución francesa, pero sobre todo la violenta revolución de nuestra vida económica completa que se inició al comienzo del siglo pasado, impulsó también el problema de la emancipación femenina al rango de nuestras más capitales preocupaciones, pero sólo muy pocos atrevidos pensadores tuvieron el valor moral necesario para sacar las últimas consecuencias de los conocimientos adquiridos. Y esta minoría de hombres y mujeres valerosas tuvo contra sí todos los obstáculos del filisteísmo, y sufrieron amenazas por haber anunciado, en su osadía, la nueva "revolución mundial" y no haberse detenido con su crítica disolvente ni aun ante el santuario de la familia.

Ibsen y otros habían proclamado en alta voz y sin temor que la liberación de la mujer se frustraría en la familia si el hombre no se hacía cargo de la situación precedente del mundo femenino, contrario a una radical e inmediata enmienda. Esto era para los filisteos y los mentecatos, indudablemente, un atentado monstruoso al cual supusieron los más interesados motivos, en su baja ruindad. Y sin embargo el "criminal" venía escoltado por la más profunda conciencia ética y humanitaria, para arrancar la máscara hipócrita del rostro de la que el Estado y la Iglesia llaman *santa institución de la familia*, y descubrirla al mundo en su verdadera realidad.

Ibsen fustigó sin miramientos a la familia actual y trató de convencer al mundo que sin la liberación espiritual de la mujer era, en resumidas cuentas, imposible una verdadera vida común entre ella y el hombre.

Se reconoció que el problema de la mujer no era meramente de la mujer, sino del niño, del hombre, de toda la humanidad y que su solución no podía postergarse más tiempo.

¿Cómo es posible, pues, que teniendo justamente tanta importancia este problema para la mayoría de las mujeres haya sido hasta ahora tan poco reconocido, a pesar de que debieran cifrarse en él los más altos? Este singular fenómeno ha preocupado ya a algunos pero pocas han podido aclarar las causas, no obstante sus empeños.

Unos sostienen que la mujer, en resumidas cuentas, no podrá ser libre, mientras esté ligada a la familia; otros no van tan lejos pero ven en la esclavitud de la cocina la causa de la indiferencia de la mujer; son de opinión que el encadenamiento femenino al estrecho dominio de la economía doméstica hace que no nazca en ella especial interés por otros problemas.

Estas son las amargas constataciones de mujeres que fueron durante muchos años activas militantes de la emancipación femenina y que en sus luchas por la vida han encontrado siempre las mismas dificultades. No cabe duda alguna que la parte más pesada del yugo de la familia cae sobre la mujer y que no es precisamente la cocina una institución que ofrezca posibilidades de un gran desarrollo espiritual. Sólo que nosotras debemos tomar las cosas como son, buscar a la mujer en su escondite y llevarle hasta allí la necesidad de su ilustración. Este trabajo es el que debe ser hecho y esa es nuestra más sagrada tarea. Ciertamente el asunto no es fácil ni agradable pero por lo mismo tanto más enérgicamente debe ser emprendido y superado, pues habiendo llegado al convencimiento de la urgencia de atraer a la mujer hacia nuestras filas, todas las consideraciones deben prevalecer.

Para interesar a la mujer en el problema de la liberación, para hacerle sensible a la necesidad del desarrollo de su espíritu debemos en primer lugar intentar comprender las razones de su atraso.

La experiencia nos ha demostrado que los más hermosos y apasionados llamados a la conciencia de la mujer, no han producido hasta ahora grandes resultados. Debemos, por consiguiente, investigar si no hay otro camino por el que podamos acercarnos a la inteligencia de la mujer.

"Sí, cuando la mujer llegue a pensar de veras –me decía en cierta ocasión un buen camarada–, pero piensa muy poco y quizás absolutamente nada". Pues yo tengo la opinión de que la mujer piensa mucho, enormemente. Ahora que su pensamiento gira totalmente en torno a triviales pequeñeces, y en ellas llega su cerebro a consumirse y a agotarse. Su vida entera está llena de una enormidad de cosas banales, pero que en la situación actual apenas son eludibles. La completa dirección de la economía doméstica está casi exclusivamente a su cargo y los medios en la mayor parte de los casos son extremadamente limitados –tanto que está siempre obligada a hacer con cada peso las más complejas especulaciones. Con esas circunstancias es ahora pues, demasiado comprensible que no le quede mucho tiempo para concentrar el espíritu en otras cosas y aun hasta que en muchas mujeres no exista generalmente ninguna clase de necesidad en el orden de su desenvolvimiento cultural.

Sabemos, por ejemplo, que la llamada participación obrera en la moderna gran industria, tiene un influjo fatal en el espíritu de los trabajadores y que los degrada más y más a la condición de autómatas. En las mujeres

proletarias advertimos un fenómeno semejante pero originado por una causa completamente distinta: se convierten en autómatas a causa de su *variabilidad*.

Indudablemente no se trata en este caso de una variabilidad en que puede obrar un estimulante espiritual, sino de una variabilidad que se informa en meras pequeñeces y que, en la actual forma de la economía doméstica proletaria, no es desgraciadamente evitable. Mientras no pueda establecerse ningún cambio en ese modo económico, podremos alcanza sólo modestos éxitos en nuestros esfuerzos por la elevación espiritual de la mujer.

Hemos comprendido hace mucho tiempo que cuando el obrero está empleado en su trabajo diez, doce o catorce horas, es imposible que pueda conservar la energía necesaria para el cultivo de su espíritu. Por este motivo jugó la abreviación de la jornada de trabajo un rol tan importante en el moderno movimiento obrero y yo tengo derecho a sostener que al lado de las luchas por el reconocimiento de la humana dignidad de los trabajadores, la lucha por la abreviación de la jornada de trabajo ha tenido para el movimiento obrero internacional las más grandes consecuencias. ¿Pero quién pensó jamás en limitar la jornada de trabajo de la mujer en la casa, para que también ella estuviera en situación de poder laborar en el perfeccionamiento de su espíritu? Y sin embargo se debe impulsar un cambio en este dominio, pues es inconcebible que permanezca la mitad de la humanidad tanto tiempo al margen de todo beneficio cultural.

En otros países, como por ejemplo los Estados Unidos, donde la mujer expresa en la vida más exigencias que en Alemania, se ha realizado hace tiempo importantes reformas en la casa, y se realizan cada día otras nuevas, de suerte que las preocupaciones caseras de la mujer se han aligerado considerablemente.

Recordaré solamente el establecimiento de la calefacción central sobre las más amplias bases, las máquinas de lavar la ropa, los aparatos eléctricos para planchar, las barredoras, los baños caseros, etc., cosas todas de que se han hecho tributario en América a gran parte del proletariado, las cuales causan a quien las conoce una penosa sensación, pues rebelan por contraste el grado primitivo de la morada proletaria alemana.

Del otro lado del océano se ha comprendido justamente que las reformas técnicas en la casa son tan necesarias como en la fábrica y en el taller.

Lo que a la mujer proletaria de Alemania parece una utopía se ha

convertido ya en realidad para muchas de sus compañeras de clase de América.

Hace cincuenta años era una utopía soñar en una jornada de trabajo de ocho horas, como es hoy aún utopía el soñar con la limitación de la jornada de trabajo de la mujer en la morada proletaria. Pero inventar utopías es ponerse en camino de realizarlas, y en tanto que no exista el deseo de un mejoramiento de las condiciones de la vida, no hay que pensar, sobre todo, en una transformación de las cosas.

Estrechamente ligada al problema del alivio de las tareas de la mujer proletaria en la casa, hay una cuestión de aún más evidente realidad.

Hablamos de la *prolificidad sin fin* que existe especialmente en la familia proletaria de Alemania y que reduce a la mujer a la condición de esclava de la perpetuación de la especie. Las reformas de la casa, como antes hemos indicado, no se pueden ejecutar en un abrir y cerrar de ojos, pero pueden ser anheladas y se puede despertar en la mujer el sentimiento de su necesidad.

Sin embargo, en el dominio del crecimiento ilimitado de la población, es posible y realizable una limitación inmediata.

Desde hace mucho tiempo es una verdad indiscutible que la mujer concluyó por desempeñar el papel de una máquina ordinaria de parir hijos, por entregarse ciegamente al crecimiento de su familia.

Un niño debería ver solo la luz del mundo cuando sus padres sintiesen la necesitad de él y cuando pudiera contar con las condiciones materiales necesarias para un desenvolvimiento saludable y dignamente humano.

Tal como hoy están las cosas, el nacimiento de un hijo en las familias proletarias significa una mayor restricción aun de las indispensables exigencias de la vida, y a menudo la amarga miseria y el lento empobrecimiento psicológico de todos los miembros de la familia. El crecimiento de la familia no está ligado a un crecimiento automático de la renta proletaria, sino al contrario, cada bocado consumido por el nuevo, y en la mayoría de los casos no esperando huésped, es restado de la porción de los demás miembros de la familia.

Que las clases posesoras deseen gravemente un tal estado de cosas, se comprende fácilmente: cuanto mayor número de fuerzas proletarias concurran a la lucha por la existencia, tanto menos tentación tendrán de sublevarse contra el yugo que se les impuso y tanto más obligados estarán a rendirse estúpidamente a su miseria.

Superabundancia de familias proletarias significa, para el capitalismo, material de explotación más barato y menos riesgos en las luchas inevitables entre capital y trabajo, y para el Estado esa superabundancia significa una bienvenida carne de cañón para las guerras eventuales.

Pero la fecundidad de la mujer proletaria llega a este doble resultado: no sólo aumenta la preocupación por el pan cotidiano y hace más dificultosa la existencia de la familia, sino que ella misma hace el sacrificio de su agotamiento corporal y se predispone a la posibilidad de toda suerte de enfermedades que consumen y marchitan su vida antes de tiempo. Por tanto, es ahora comprensible que una vida enteramente consagrada a concebir hijos, es una vida perdida para toda educación espiritual. Desgraciadamente, son millones las mujeres que se encuentran en esta terrible situación.

Es por consiguiente uno de los más importantes problemas de las *Liga sindicalista de mujeres* el llevar a las mujeres a la comprensión de ese concepto, para apartar de este modo uno de los más pesados obstáculos interpuestos en el camino de su liberación.

Los que por llamar "razones estéticas" se oponen a una semejante ilustración, son verdaderos reaccionarios que, en general, no han comprendido todo lo espantoso de la miseria proletaria.

No es este el lugar de discutir el origen y la esencia de la familia, si bien no debiera ser desconocido; tras las reducidas paredes de la morada familiar se representa –muy frecuente– la tragedia más dolorosa, terrible para todos –padre, madre e hijos– igualmente.

Pero una gran parte de lo deforme y miserable que hoy juega en tantas familias un tan predominante y tan poco honroso papel, podría subsanarse si la mujer estuviera en un más alto grado de desarrollo espiritual.

La familia no es ningún cuadro artístico al que se da vida arbitrariamente, ni tuvo siempre las mismas formas. En distintas épocas y zonas ha tenido diversas estructuras; su forma actual tampoco persistirá; su desarrollo está ligado a las alteraciones éticas y sociales y responderá a las necesidades éticas y espirituales del hombre, admitiendo nuevas formas. Hasta hoy fue la institución más importante y la que más influjo ha tenido en la vida particular el hombre, y eso seguirá siendo indudablemente mucho tiempo aun.

Las impresiones más hondas las recibe el hombre en el círculo familiar,

sobre todo durante su juventud, y esas impresiones muy a menudo determinan su conducta ulterior. Se debería, por esta razón, dar a este estrecho dominio un aspecto agradable en lo posible y espiritualmente interesante para que sobre todo el niño se encuentre satisfecho. De la casa de los padres debía la juventud llevar consigo para el camino de su vida los recuerdos más abundantes y hermosos, que posteriormente le acompañarían como un rayo de luz en todas las luchas y circunstancias de su existencia. Así debía y podría ser, y así será cuando el hombre y la mujer se unan como seres humanos libres e iguales, y cuando vivan sobre la base del verdadero amor y los recíprocos afectos.

Pero tal realidad de la vida común es solo posible cuando ambos sexos, en su mutuas relaciones, estén colocados sobre un plano de igualdad y cuando la mujer no sea considerada ya como un ente tutelable, menor de edad. No queremos exigir con esto un derecho de la mujer, sin un derecho humano, por el cual queremos combatir en todos los dominios de la vida.

Hubo un periodo en la historia en que se buscó la humanidad en la mujer. Sucedió en tiempos anteriores al movimiento cristiano. Las palabras que entonces le fueron pronunciadas marcaron profunda huella en su espíritu y despertaron en él lo más bello y lo más noble. Todos los ocultos sentimientos y las sensaciones que dormitaban en las mujeres desde hacía milenios, surgieron precipitadamente y hallaron magnificas expresiones. La mujer acudió gravemente al llamado que se le había dirigido, demostrando así que la esclavitud secular no la había debilitado.

Un llamado parecido nos es hoy necesario nuevamente para conmover el corazón de la mujer con apasionamiento y traerla como combatiente a nuestras filas. El cristianismo primitivo pudo liberar su espíritu apelando a su humanidad y colocándola en igualdad de derechos con el hombre. Y cuando más tarde la dogmática de la iglesia sofocó la enseñanza cristiana, la mujer llegó a ser marcada con fuego como madre del pecado: no obstante luchó muchos años por sus humanos derechos. Tomó una participación prominente en todos los movimientos contra la iglesia y murió como hereje y hechicera en las hogueras innumerables de la inquisición, después de haber soportado todos los tormentos de las cámaras de tortura.

Después como se había desangrado en todos esos movimientos y la iglesia quedó vencedora en el campo de batalla, la mujer sucumbió. En la mística semioscuridad de las viejas catedrales se debilitó y quebrantó su espíritu.

Una cansada resignación la había subyugado y llegó así a ser servidora de la iglesia, que se alegró altamente de esta conquista.

La mujer que, en su desesperación, fue aprehendida por los engañosos ideales de la iglesia, se convirtió en el más formidable apoyo de esta, permaneciendo hoy mismo en esa condición.

Vemos, pues, que la afirmación de que la mujer no ha sido ganada para un gran movimiento como el socialismo, es infundada; de ser verdadera, podría decirse también que el proletariado, en general, no tiene capacidad alguna para el socialismo.

El proletariado estuvo mantenido en la esclavitud y en la ignorancia desde hace muchos siglos por las clases posesoras, de modo que careció de tiempo para su educación espiritual, para el cultivo del propio pensamiento; además hay que señalar frecuentemente su enorme esfuerzo físico, la insuficiencia de alimentación y el recargo con todas las inquietudes posibles, situación harto poco favorable a la reflexión sobre los serios problemas sociales.

No es cosa de torpeza ingénita o de indolencia mental, como se sostuvo con frecuencia, por lo que los trabajadores parecen indiferentes o apáticos, sino que es debido en la mayoría de los caos a la miseria y a la falta de reposo necesario. Y lo que es verdad para el proletariado masculino es también valedero en mayor grado para las masas del proletariado femenino.

Las eternas recriminaciones de que la mujer es hecha objeto cada día por su ignorancia e indiferencia son un medio impropio para dirigirla por un camino mejor.

Hemos comprendido hoy ya que los vacíos ultrajes, a los que pueden asociarse las humillaciones de la palmeta del pedagogo de la juventud, en general dan resultados adversos a los que se deseaba alcanzar.

Mientras se pisotea así la humana dignidad de la juventud se daña enormemente su espíritu y se colocan barreras a su natural desenvolvimiento. Somos de opinión que un tal método debe rechazarse por completo en todos los dominios y que no siempre se debe apelar, en primer término, a la parte más débil de la humanidad, sino a la más noble, a la más buena, a la más humana, para robustecer así la voluntad y vivificar el ánimo. Pero un procedimiento semejante es necesario principalmente para la mujer, que está, por otra parte, intimidada ya, y cuya fe en si misma fue rudamente sacudida por su prolongada esclavitud.

El proletariado femenino casi no sospecha ya que también en él dormitan

ocultos talentos y aptitudes y que sólo hace falta reanimarlos para que lleguen a ser beneficiosos a la humanidad.

No solo debemos censurar sino vivificar y agitar.

Debemos ayudar a la mujer espiritual y moralmente, a encontrar por sí misma el camino de la libertad.

Pero ¿Cómo acercarnos a la mujer, principalmente a la mujer de casa y de familia, para dar el primer impulso? Este difícil problema es el que debemos tratar de resolver.

Era ya difícil acercarse a las mujeres ocupadas en la industria. Aquellas de nosotras que han trabajado en esta esfera saben la gran perseverancia, el enorme trabajo y la paciencia exigidas para llevar al conocimiento de las mujeres de los talleres y las fábricas la necesidad de la organización. Porque era tan extremadamente difícil, y porque lo es aún hoy el acercarse a la mujer de las fábricas, no obstante estar bajo muchos aspectos en una pésima situación y más esclavizadas que la mujer de la casa, se deja comprender por esto: ella consideraba su trabajo en la fábrica como una etapa pasajera de su vida. Sostenía la opinión de que tan pronto como encontrase un hombre, la cuestión social quedaba resuelta para ella, y este estado de ánimo traía como resultado la infructuosidad de los esfuerzos en el sentido de la organización.

Se puede comprender esto, si bien el cálculo es erróneo, cuando la experiencia nos enseña que actualmente se realiza el matrimonio en la mayor parte de los casos, solamente para resolver el problema económico de la mujer.

La proletaria casada generalmente se ve obligada a salir de su viejo empleo para trabajar bajo otras condiciones siempre peores.

En el curso del primer año, la mujer advierte su situación mejorada y lentamente se aleja de la participación en su sindicato profesional, donde ordinariamente permanece hasta que encuentra un hombre y se casa. La mujer que llega al puerto del hogar familiar no nos acompaña más como nuestra hermana en el conocimiento de nuestras ideas y actividades ni sostiene el conocimiento de la necesidad de una organización. Este problema es el que hemos de tener siempre ante nuestros ojos, pues constituye la más importante tarea de nuestra actividad de propagandistas. No sólo es útil la mujer en la organización como productora, sino que también como consumidora es susceptible de obrar, y esto es posible sólo por medio de la unión de las fuerzas en la organización, que es el principal

de los problemas de la Liga sindicalista de mujeres. Se comprende también la mujer de casa y de familia en la organización y el fomento de la educación en todos los dominios, para que reconozca su dignidad humana y adquiera conciencia de sí misma.

El trabajo que nuestra organización ha emprendido durante los tres años de su existencia nos da derecho a la esperanza de que seremos capaces de realizar nuestros problemas cuando los abordemos con toda nuestra energía.

Ciertamente, las dificultades y obstáculos que nos esperan no serán insignificantes, pero tampoco han de ser invencibles; podremos superarlos con paciencia, tenacidad y fuerza de voluntad.

No hay que olvidar que mientras la mujer sea relegada en todos los asuntos, mientras sea considerada y tratada como menor de edad espiritualmente, apenas tenemos derecho a esperar inmediatas y sorprendentes consecuencias de nuestras actividades preliminares.

El que en este concepto esperó otra cosa, no abarcó toda la complejidad del problema, ha pasado ciegamente por medio de la gran tragedia de la mujer. Si bien resistiremos los obstáculos opuestos a nuestra actividad no podemos considerarlos absolutamente como menospreciables, sino que debemos, no obstante la importancia y la férrea necesidad de las cosas mismas, colocarnos siempre en el centro de nuestra obra. La mujer es hoy en primer término la educadora de la juventud, porque en su calidad de madre tiene sobre el niño, evidentemente, el más grande influjo. Tocamos aquí uno de los problemas de nuestro tiempo, que estamos obligados a resolver a todo precio si queremos hablar, sobre todo, de un desarrollo ulterior a nuestra especie.

En tanto que no llegue el renacimiento de la mujer, no debemos soñar en un renacimiento de la humanidad.

He aquí el problema de la importante significación, que ha sido hasta ahora defendido o que no recibió la atención que sin duda merece. Antes de la guerra era la mujer solo un elemento pasivo en la vida pública. Bajo este concepto se ha experimentado una gran transformación. No sólo porque durante la guerra desempeñó un buen papel, dado que intervino en algunos dominios industriales y en la actividad de los diversos oficios que hasta entonces habían pertenecido exclusivamente al elemento masculino –fenómeno del que ni ellas ni la humanidad consiguieron beneficiarse en nada– ha llegado a ser la mujer un factor no despreciable en la política. Las

revoluciones de Rusia y de la Europa central, los acontecimientos inevitables del gran asesinato de los pueblos, llevaron también a las mujeres el llamado derecho de votar, que durante tanto tiempo fue el ideal de los movimiento femeninos burgueses y social demócratas.

Se ha sostenido frecuentemente que la mujer, en consideración a sus grandes progresos durante la guerra, seria premiada con el derecho a votar. Sea como quiera, la concesión de ese derecho no perjudicará el orden vigente, al contrario, es una maniobra de la reacción que le ha prestado ya indudables servicios y, que en futuro, le prestará aún más.

El derecho a voto no significa para la mujer, de ningún modo, una revolución ni la satisfacción de sus aspiraciones; al contrario, el desarrollo del sufragio la introdujo en un nuevo mundo de engaños, al que todo revolucionario verdadero es ajeno.

Porque hasta ahora ha tenido poco o ningún contacto con los asuntos públicos, a causa de la falta de conocimientos y de su nativa ignorancia, en los últimos tiempos ha beneficiado la mujer los planes de la reacción (los diversos resultados del sufragio, por ejemplo, en Alemania durante los últimos tiempos, son una clara demostración), llegando también a ser un nuevo y violento obstáculo al desarrollo del movimiento obrero, sobre todo en Alemania.

La vieja creencia ilusoria en la actividad parlamentaria como medio de salvación que tanto influyó en los destinos del proletariado alemán, y que solo después de largas y dolorosas experiencias comenzó a perder en las grandes masas obreras su viejo nimbo, ha sido nuevamente fortalecido por el derecho femenino de voto. Todas las amargas experiencias y desengaños del pasado deberán repetirse otra vez hasta que finalmente la parte femenina del pueblo se convenza de lo ineficaz y de lo perjudicial que es el parlamentarismo para las cosas de la liberación proletaria. Y justamente por ese motivo nuestra labor de doble y triple significación.

Todos los partidos se esfuerzan incansablemente por conquistar el apoyo de la mujer, por recibir su palabra y todo medio les es bueno para conseguir ese fin. Así son las desviadas de su verdadero objetivo y lanzadas en el turbio pantano de la política, con lo cual, en último resultado, solamente contribuirán al beneficio del Estado, de la Iglesia y del capitalismo.

Los jefes de la reacción harán utilizable la ignorancia de la mujer, y se esforzarán incesantemente en explotar la miseria del proletariado –que llega

a ser para la mujer en primer lugar enérgicamente sensible– para sus tenebrosos planes.

Así, pues, llegará a ser en un próximo futuro la indiferencia política de la mujer en un poderoso factor que se prestará a todas las medidas reaccionarias de la sanción parlamentaria de la "voluntad del pueblo". Y por otra parte hará que prosiga en las masas su desastroso influjo y para el proletariado tan peligrosa ilusión del parlamentarismo como medio de liberación de la clase obrera.

¿Han pensado ya antes nuestros camaradas de ideas en este problema? ¿Han reconocido sus desastrosos alcances y comprendido claramente las inevitables consecuencias de los mismos? Me parece que no, pues si hubieran comprendido nuestros camaradas la gravedad de la verdadera situación actual, habrían debido obtenerse mejores resultados de los tres años de actividad de la *Liga sindicalista de mujeres*. No quiero aquí hacer reproches pues el momento es apremiante y podemos hacernos mutuas declaraciones, pero una cosa debe decirse: en tanto que nuestros compañeros no intenten compenetrarse de este problema en sus últimas consecuencias, serán responsables de todas las inevitables consecuencias de los daños que sobre nosotras recaerán.

La organización de la mujer sobre las bases del anarco-sindicalismo es tan necesaria como la organización del proletariado masculino sobre los mismos fundamentos. Porque debemos socorrernos mutuamente e ir juntos en nuestras actividades. Sobre todo donde existe ya una organización sindicalista deberá intentarse dar vida a otra semejante de mujeres, de modo que las secciones de la *Liga sindicalista de mujeres* lleguen a cubrir como una red, todo el país.

La Federación de las mujeres que en octubre de 1921 celebró en Dusseldorf la primera conferencia sindicalista femenina, deberá primeramente echar los cimientos de la iniciativa en un próximo futuro de un saludable y continuo movimiento de hombres y mujeres, que completarán mutuamente su actividad para beneficio y prosperidad de nuestros comunes intereses.

Las resoluciones que se presentaron en los debates de la conferencia de Dusseldorf, deben llevarse a la práctica tan pronto como sea posible. Donde hay la posibilidad, créese un pequeño club de mujeres, presentando agradablemente y con gusto y provisto de libros, donde en todo momento

puedan encontrarse las compañeras para leer o para ponerse de acuerdo sobre importantes problemas, y a donde también en caso de necesidad puedan llevar consigo a sus hijos. También son los cuartos comunes de trabajo un excelente medio para este fin. Al mismo tiempo se debe intentar exigir, según las fuerzas, una acción de ayuda recíproca en caso de enfermedad, etc., para llegar a la mujer con los lazos de la amistad más fuertemente a su nuevo círculo. Igualmente son necesarios grupos para el fomento artístico o relativos a parecidas actividades.

En todas estas cosas no existe un determinado modelo para obrar. Esto debe ser decidido sobre todo por las circunstancias locales y por las condiciones individuales. Es justamente una variación en las experiencias hechas en las distintas comarcas, de acuerdo con la realidad; así podrán fructificar mejor en interés de la comunidad.

No olvidemos nunca que vivimos el más amargo de los periodos, que no podrá considerarse solo como periodo transitorio.

La época de la indiferencia y la apatía ha pasado y no puede volver. Hemos entrado en un periodo de intensiva actividad, que echó sus raíces en la situación revolucionaria de nuestro tiempo. No dejemos pasar inútilmente la actual situación y familiaricémonos con el pensamiento de que nos libertaremos de esta vieja sociedad, cuya historia está escrita con las lágrimas y la sangre de los pobres y de los humildes, y cavaremos su tumba para construir sobre sus ruinas un mundo de libertad sobre los inconmovibles cimientos del trabajo común y de la mutua solidaridad. En este sentido hay que obrar para edificar un futuro mejor.

Señalemos que deseamos no solamente vivir de los frutos del pasado, sino que sentimos también en nosotras el valor y el entusiasmo de poner manos en la obra para impulsar hacia adelante la puerta de un nuevo porvenir.

Pues bien, hermanos, jóvenes y adultos, muchachas y mujeres, trabajadores manuales e intelectuales, vengan a engrosar nuestras ligas a fin de que la gran obra de liberación social halle su conclusión. Unánse con nosotras para luchar por un porvenir mejor para nosotras o nuestros hijos, en el que no existirán más la explotación y la dominación de las grandes masas por una pequeña minoría de privilegiados. No digan que faltan aptitudes para poder contribuir con algo a esa grandiosa obra. Todas y cada una de nosotras, sin excepción, puede llevar su óbolo al ideal común. Es preciso solamente querer. Queremos, pues, que nuestros hijos no nos hagan

el reproche de que hemos vivido como esclavos y de que los hemos colocado en el mundo en idéntica situación para atravesar la vida cargados también con la maldición de la servidumbre. Demostrémosle que el yugo que se nos impuso, no lo llevamos voluntariamente, y que nos hemos rebelado contra la violencia, para descorrer el velo del mundo de la libertad.

La mujer y la política

Una rebelde

Francia, 1922

Hace medio siglo, quizás más, que se agita la cuestión, siempre discutida y aún no resuelta, del voto de las mujeres. Francia, esa "antorcha de progreso", ha sido dejada atrás, sobre esta cuestión, como en tantas otras, por la mitad de Europa. Sin embargo, se habla de otorgar a las francesas la preciosa boleta.

Las feministas se alegrarán, se les acuerda, de esta victoria tanto tiempo esperada. La mujer, mantenida siempre apartada de la vida social, se sentirá, al fin, igual al hombre, y esta igualdad reconocida, constituirá un progreso. Desde el punto de vista político, la mujer actualmente no tiene ningún derecho: ella obedece las leyes sin haber participado en ellas, paga sus impuestos sin dar su opinión sobre la aplicación que se les da. Una vez ciudadana tendrá como el hombre su derecho de emitir su opinión y el de discutir la de los otros.

Ganará también, por lo menos así lo espera, mayor libertad y más respeto por parte del hombre. El horizonte ampliado se extenderá entonces más allá del hogar, los niños o el folletín. Obligada a leer los diarios, a asistir a reuniones, la mujer verá aumentar sus conocimientos y su vida hacerse más interesante. En fin, en la sociedad, la mujer entonces sería algo: se sentiría una fuerza y no se la podría descuidar como antes. ¿Y no sería para ella una bella revancha –pacífica, por otra parte– la que podría tomar al fin sobre el sexo opresor? Sentirse un individuo, un engranaje social, ser parecida al hombre, sobre todo ¡qué victoria impacientemente deseada!

Ser semejante al hombre, tal es, en efecto, la aspiración secreta de las mujeres en general. Uno de los reproches que se le dirige a su debilidad, –a menudo erróneamente, porque ellas demuestran a veces más coraje físico que los hombres– es su admiración, casi su culto a la fuerza. ¿Será la eterna atracción de los contrarios? Ellas buscan, aman en el hombre lo que más les

falta. Las más refinadas hasta sufren a veces el antiguo prejuicio de inferioridad femenina. Más débil que el hombre, la mujer, para ser su igual, ensaya hacerse fuerte, físicamente, con el trabajo y el deporte; moralmente con la conquista de los derechos políticos que él posee. Parece que el hombre, símbolo de la fuerza, es su único modelo y que sus deseos más queridos son llegar hasta eso.

Ciertamente, esa igualdad de sexos, esa libertad política por la cual han luchado y sufrido tantas *sufragetics*, provienen de un deseo muy legítimo de emancipación. Los partidarios de la tradición se inquietan. ¿Qué será del mundo, si la mujer, hasta ahora mantenida bajo tutela, reclama su parte de autoridad? El mundo, sin embargo, no arriesga gran cosa, y las mujeres podrán, como los hombres, votar, sin que la sociedad se haga por eso peor ni mejor. La libertad política, que ellas envidian a los hombres, será, para ellas como para ellos, una conquista ficticia, una sabia ilusión gracias a la cual creerán, quizá, haberse libertado, pero en realidad serán más esclavas que nunca. La mujer durante siglos ha soportado la dominación del hombre. Queriendo emanciparse, ella pide ahora el mismo derecho que él, *el derecho de elegirse amos*. ¿Dónde está la emancipación? La igualdad en la esclavitud no es el progreso. Porque el *ciudadano*, a pesar de su título está lejos de accionar a su gusto y de tener su parte en el gobierno, digan lo que quieran los manuales de instrucción cívica. *El pueblo soberano*, que expresa su voluntad un día cada cuatro años, es verdaderamente un soberano que se contenta con poco. Pero en realidad el elector soporta pasivamente las leyes, sin haberlas hecho, y sin poderlas cambiar nada. Determinado por el mecanismo gubernamental, no puede, con su voto, sino consolidar la autoridad que ya lo oprime y dar una apariencia de justicia a esta tiranía colectiva que se llama la ley. La ley, a pesar del sufragio universal, como resultado mismo de esta institución, está siempre establecida por los fuertes contra los débiles. Todas las libertades adquiridas en el curso de la historia lo han sido fuera de las leyes: han sido arrancadas ilegalmente, por la fuerza, y las leyes no han hecho sino legitimarlas, no pudiendo destruirlas.

La boleta del voto es, por lo tanto, una conquista inútil y posiblemente perjudicial. Inútil porque no puede libertad al individuo. Perjudicial a la mujer, habiéndola obtenido, si imagina que ella se ha emancipado gracias a él, si limitara a eso sus reivindicaciones. Ya Mirbeau, hace treinta y cuatro años, se asombraba burlonamente de que todavía fuera posible encontrar, en

un perdido rincón de la Bretaña o de Auvernia, un elector. "¿A qué sentimiento barroco, a qué misteriosa sugestión, puede obedecer tanto ese bípedo pensante, dotado de una voluntad, según se pretende, y que va soberbio con su derecho, seguro de que cumple con su deber, a depositar en una urna cualquiera una cualquier lista, poco importa el nombre que haya puesto en ella? … ¿Qué es lo que espera?... Él no puede llegar a comprender que no existe sino una razón de ser histórica, y es la de *pagar* por un montón de cosas de las cuales él no gozará jamás, y de *morir* por combinaciones que no le atañen absolutamente".

¡En verdad sería para la mujer un raro lugar de perfeccionamiento intelectual y moral el Parlamento!

¿Qué emancipación puede esperar de las reuniones electorales, llenas de bajos intereses, de intrigas ruines y sucias? ¿Le será preciso recurrir como el hombre, a las comedias múltiples y vergonzosas de la política impone a sus lacayos? Si quiere tener éxito estará más o menos obligada: las feministas, mejor que nada, se resignarán a aceptar ese sucio combate. "Una vez la igualdad sexual conquistada, escribe una de ellas – la mujer en el combate de la vida adquirirá esa dureza de corazón que es la condición, hasta el presente, del otro sexo. Golpeada, golpeará; expoliada, expoliará". Posiblemente las almas delicadas prefieran alejarse de esas batallas electores, a menudo asquerosas, vanas casi siempre. Las ventajas económicas que les reportarían (admisibilidad de la mujer en todos los empleos, con igualdad de salarios para ambos sexos; supresión de las leyes que subordinan la mujer al hombre) no llegarán a compensar las cualidades morales que tendrán que sacrificar durante esas luchas.

Y sin embargo, la mujer no debe desinteresarse de las luchas sociales. ¿No habrá otro medio más eficaz para conquistar su independencia, que el de solicitar una boleta de voto? Por otra parte abandonar completamente esta reivindicación ¿no será reconocer, de antemano, la propia incapacidad de realizarla? Y, ya que en la sociedad actual, las reclamaciones del ciudadano son las únicas legalmente atendidas, ¿no será más conveniente reclamar por de pronto los derechos políticos? Las mujeres llegarían a ser, gracias a ellos, una fuerza que por pequeña que fuera, les bastaría para hacerse escuchar. Una vez reconocida la igualdad política, la habrían apreciado en su justo valor, y hasta desdeñarla, alejándose como hacen los revolucionarios, de la lucha electoral. Y reservando sus energías para luchas más útiles, se

esforzarían por conquistar en otra parte su emancipación. La política, las querellas de los partidos o de personas no enseñan nada, y a la mujer por otra parte, no le interesan mucho. No es la atmósfera pesada y ardiente de las salas electorales la que le conviene. Son más bien las reuniones educativas, la discusión de ideas nuevas, las conferencias contradictorias y vivientes las que le aprovecharán para su educación social, todavía por hacer completamente. Agregará la lectura de libros, serios y atrayentes a la vez, y la de diarios avanzados; al mismo tiempo su compañero, su hermano o su marido la iniciará poco a poco en las cuestiones sociales. En fin, entrará, para educarse al principio, para ayudar a las otras después, en asociaciones profesionales (como el Sindicato) o hasta con tendencias políticas sin ser electorales (como la Masonería). Allí se ejercitará en expresar claramente sus reivindicaciones, con la palabra y la pluma, y a realizarlas. Militar en los sindicatos o grupos avanzados sería naturalmente más eficaz para la emancipación de la mujer que elegir un diputado o una diputada que prometen siempre mucho y no pueden nunca cumplir nada.

Ni la mujer ni el hombre tienen nada que esperar de sus dirigentes. “Nuestro enemigo es nuestro amo, él no nos dará nunca la felicidad”. En lugar de esperar el bienestar de una boleta electoral, la mujer ganaría en compenetrarse profundamente de estas sabias palabras, aplicándoselas: “La emancipación de la mujer será obra de la mujer misma”.

La mujer nueva

Federica Montseny

España, 1926

La historia ha registrado varias épocas de transición. Es esta época nuestra una de ellas. Lo es en las artes, en la política, en todas las manifestaciones de la vida social.

Período de transición entre dos mundos: el viejo y el nuevo; entre las viejas leyes morales y religiosas del pasado, y los nuevos conceptos sobre la vida y la dignidad humana del futuro.

Las transiciones históricas a veces semejan desequilibrios. Se cae en la exageración al intentar ensayos; las nuevas rutas se inician con pasos vacilantes. Después surge el equilibrio, el camino definitivo sobre el cual marchar con seguro paso.

La época de transición se manifiesta en todo. Desde las especulaciones científicas y filosóficas y los sobresaltos sociales, a la ínfima intranscendencia de la moda.

Pero en algo se manifiesta más decididamente que en otro. En algo adquiere caracteres más agudos, que nos exigen reflexión y nos hacen recurrir al serio y un poco inquieto examen para tranquilizamos a nosotros –o mejor– a nosotras mismas.

Necesitamos tranquilizarnos nosotras, sí, ya que de las mujeres se trata. Necesitamos afirmarnos en nosotras mismas, y oponer, al menoscabo moral que una parte de nuestro sexo nos inflige colectivamente, las razones justificativas y la confianza en el porvenir nuestro.

Periodo de transición entre un mundo que nace y otro que muere, como he dicho, nuestra época semeja sufrir los trastornos que preceden al cambio de edades en la vida humana. La mujer, englobando la colectividad en la palabra, pasa por dos periodos de transición histórica. El uno lo pasa como ser humano; el otro como fémina. Es decir, dentro de la especie y dentro del sexo a que pertenece.

Como ser humano sufre sobre sí la inquietud y la duda del mundo sin norte, perdido el camino o tan sólo con vacilación iniciado. Como mujer, sale de la esclavitud moral y religiosa e inicia por sí misma una nueva era: la del derecho y la libertad iguales para los dos sexos, para la vida toda.

La inicia, ¡pero con cuántos errores y cuánta inconsciencia de su transcendente acto!

La inicia casi sin comprenderlo o mal comprendiéndolo. Infantil en el terreno del dominio de los destinos propios, se lanza ciega y atropelladamente por el camino. Se emancipa esclavizándose; adquiere personalidad y la pierde; deja de ser mujer débil y sujeta al hombre y se sitúa en un plano moral más bajo. En vez de afirmarse en su sexo, de ennoblecerlo y dignificarlo, reniega de él y se acoge, sin mirar la estética ni las leyes naturales, bajo las costumbres y los errores del otro sexo.

Preciso será que nosotras, conscientes de nuestros derechos y deberes, mujeres que nos sentimos contentas y orgullosas de nuestro sexo, hagamos sonar, aunque sea estérilmente, la voz de la serenidad y del equilibrio.

Masculinizarse no es ni puede ser elevarse, libertarse ni dignificarse. Debemos tener de nosotras un concepto más superior y más altivo. Y en nosotras ha de haber una aspiración más alta que esa menguada aspiración a emular e imitar al otro sexo.

No debemos contentarnos con *todos los derechos que tiene el hombre*. Debemos aspirar, con voluntad indomable, a todos los derechos que habría de tener.

Aspirar a ellos colectivamente, luchar por una libertad y un general derecho: he aquí la obra fecunda, la obra que se realizara cuando la senda se siga con seguro paso.

Y es necesario combatir en sus raíces esa desdichada desfeminización que, de extenderse, nos hará caer en el mortal abismo del ridículo y es un ultraje contra la estética y contra la Naturaleza.

Debemos aspirar a la libertad absoluta, a la igualdad absoluta, al absoluto derecho. Debemos aspirar a ellos como mujeres y como seres humanos. Y la libertad, la igualdad y el derecho no están en los pantalones ni en las cabezas peladas.

La mujer del mañana no será una Mónica Lhorbier ni la Möme Moineau proclamada prototipo de la mujer moderna. La mujer del porvenir no será ni una machona, ni una *niña pera*. La mujer del porvenir no será un

entecillo andrógino, con la cabeza ayuna de ideas y de pelo, el cabello aplastado sobre las sienes a fuerza de cosmético, smoking impecable, cigarrillo en la boca y bastoncillo en ristre.

Este horroroso tipo que la moda –intranscendencia aparente, pero que marca las características de las épocas– ha creado para detener el avance de las reivindicaciones femeninas, es muestra de un lamentable desequilibrio –manifestado en no pocas mujeres y que amenaza extenderse a todo el sexo– propio de la época de transición en que vivimos y que desaparecerá tan pronto las ideas se encaucen y logre iniciarse la verdadera ruta del sexo, colectiva e individualmente considerado.

Entonces se aprovecharán los elementos buenos de la materia bruta que es la mujer de nuestros días, y con ellos se forjará el tipo ideal de la mujer futura.

Una mujer-mujer, no mujer-hombre ni mujer-hembra. Una mujer-mujer, no criatura sin personalidad ni sexo. Una mujer orgullosa y segura de sí misma, con plena conciencia de que en ella están los destinos y el porvenir de la raza humana. Una mujer creadora de hombres y no imitadora; una mujer que sepa representar al sexo y a la especie; que posea una individualidad fuerte y propia, una gran fuerza moral, hija del concepto seguro y tranquilo que de sí misma tenga y de la confianza que su capacidad, su serenidad, su dignidad inspiren individual y colectivamente.

Una mujer que en su equilibrio, en su salud, madre de la belleza moral y física, en su inteligencia, en su voluntad, en su vida, residan todos los equilibrios, toda la salud y belleza, todas las inteligencias, todas las voluntades, todas las vidas de la especie. Una mujer que viva su vida de mujer, de amante y de madre con plena seguridad y con plena conciencia; que sepa ser ella siempre, con sello inconfundible, con vigorosa vida individual y libre, pictórica de energías morales, de armonía física.

En ella, en esta mujer nueva, desconocida aún o sólo esbozada, reside el mañana. De ella, de su vida generosa y ubérrima, rica y sana, saldrán los hombres del porvenir: saldrán los hombres como dioses que substituirán a los hombres como bestias del pasado y del presente.

¡Mujer, despierta y rebélate!

Alejandrina B. y Ch., Huacho,

Perú, 1923

¡Oh! Mujer, ¿por qué no rompes las cadenas que te atan a la ignorancia?

¿Por qué, fuerte y heroica, no luchas por tu libertad?

Rompe esas cadenas y lucha tenazmente; de ti depende no solo tu emancipación, sino también la redención del género humano. Estudia las ciencias naturales y educa tus sentimientos para el bien y el trabajo, y serás como un faro que alumbra a la humanidad que camina sin rumbos definidos.

Despierta mujer de tu somnolencia de supersticiones y oye mi voz: te dicen que eres la flor más fragante que como hija, como esposa, o como madre, aromatizas el hogar, mientras no has marchitado tus virtudes y tu hermosura juvenil, se te llama *angelical delicia*: más, cuando la vida, maltrecha por los hombres, empieza a deshojar sus pétalos ya secados por la maldad ambiente, entonces te insultan y te llaman *flor marchita* porque has perdido tu fragancia virginal y tu hermosura juvenil. Entonces, si has llegado a ser esposa y a tener hijos, te conviertes en esclava de un hogar donde debieras ser humanamente esposa, madre, maestra, y sacerdotisa del amor y la libertad.

Y si has tenido la desgracia de rodar por la pendiente de los vicios lujuriantes, se te maldice y te colocan el inri infamante de “prostituta”. Pero hay para ti, un camino que te conduce a la redención, hay una luz que ilumina tu cerebro para que no caigas en el fondo del abismo; ese camino es tu emancipación social y esa luz es la cultura sociológica. Estudia y aprende en el gran libro de la vida social y de la Naturaleza, despierta tu entendimiento con la luz de la ciencia y te librarás de tantos prejuicios y absurdos que te esclavizan y te conducen a la perdición moral.

Levanta la cerviz, ¡oh! Hermana, que por tantos siglos has sido ultrajada y vilipendiada por los hombres que te negaron derechos y te abrumaron de

deberes. Extiende tu mirada por el campo de la Razón y verás quienes son tus opresores, verás que tu ignorancia es la causa de tu eterno sufrir y de que el Hombre, llámese padre, esposo o hermano, te ha arrebatado tu libertad en nombre de un mal entendido cuidado o amor.

Escucha las alentadoras frases de tu hermana que quiere que te eleves a la ciencia y a la verdad, a fin de que seas la mujer moderna que lucha para encontrar: justicia, libertad y amor, sin maculas vergonzosas.

Anarco-feminismo ¿por qué el guion?

Kytha Kurin

Canadá, 1980

Parte I – La pregunta

Los que se lamentan por la apatía de los años 70 serán, quizás, universitarios bien pagados, estudiantes rebeldes y desilusionados de los años 60, marxistas o anarquistas de sexo masculino, idiotizados de los mass-media que solo dan valor a lo que les sirve de espectáculo; incluso hasta exponentes liberales del movimiento para la liberación de la mujer, pero en absoluto feministas revolucionarios. A través de las innumerables iniciativas y acontecimientos, de las campañas de masas pro-aborto a los grupos restringidos de auto-consciencia, de las fracturas entre heterosexuales y lesbianas al separatismo anti-macho, de las organizaciones sindicales de mujeres a los centros de asistencia anti-estupro, en suma, luchando siempre abierta y directamente contra la sociedad adversa a la mujer y a la propia vida, el movimiento feminista ha resucitado la eufórica demanda de lo imposible de los años 60, y se ha propuesto el objetivo de convertir verdaderamente los sueños en realidad.

También el anarquismo se ha visto obligado a confrontarse con la rabia, el dinamismo y el amor del movimiento feminista. En los últimos diez años, algunas feministas y anarquistas han propuesto la fusión entre ambos movimientos. En 1975 Peggy Kornegger publicó *Anarchism, the Feminism Connection*, y el Colectivo Zero editó su manifiesto *Anarcha-Feminism* en 1977. *Open Road* también dedicó muchos artículos a este tema. Sin embargo, mientras estos intentos han afrontado seriamente dos conceptos normalmente separados (o como mucho, unidos por un guión), y que algunos opinan que deberían encontrarse ambos comprendidos en el término “anarquismo”, en otros casos los dos movimientos se han

considerado incompatibles: cada cual mantiene que "su" movimiento es el "más revolucionario".

Muchos de nosotros tenemos grandes esperanzas en el nuevo decenio que parece ofrecerse como una *tabula rasa*, lo que nos parece un buen motivo para reflexionar de nuevo, y a fondo, acerca de la dialéctica que se encuentra detrás del anarco-feminismo. Las feministas radicales, en su lucha contra la sociedad patriarcal, han experimentado alegrías inesperadas y frustraciones, y han aprendido muchas cosas. Ninguno de aquellos para quienes el anarquismo es algo más que una etiqueta, podrá decir que no ha aprendido nada en la experiencia feminista, ni tampoco habrá dejado de reflexionar sobre la política en el anarquismo.

¿Las experiencias feministas y su impacto en el movimiento anarquista han sido valoradas y comprendidas a fondo, tanto como para permitirnos afrontar y crear los años 80? Esta es la pregunta a la que hay que dar urgente respuesta porque si el nuevo decenio parece ofrecernos la posibilidad de partir hacia nuevos horizontes, y de recorrer caminos nuevos, la sociedad en que vivimos no parece dispuesta a secundar estos planes. Las mujeres están todavía oprimidas por una concepción sexista, tanto a nivel individual como institucional; a la mayor parte de la gente no se le ha concedido aun vivir más que dentro de los límites de la pura supervivencia, y toda la humanidad vive bajo la amenaza generalizada de la aniquilación nuclear.

El significado o no significado del anarco-feminismo no es una cuestión semántica o de preferencias, sino de lo que hemos aprendido y de cómo podemos aplicarlo en la práctica para reivindicar el planeta como fuente de vida en lugar de verlo transformarse en un lecho de muerte. Normalmente, se suelen definir los términos antes de usarlos, pero en el análisis del anarco-feminismo parece más sensato concentrar primero la atención sobre la actividad y luego sobre la etiqueta. Después de todo han sido las experiencias concretas de la actividad revolucionaria feminista quienes han creado la necesidad de comprender la potencialidad de los límites del anarquismo y del feminismo. Después de haber valorado los resultados, las esperanzas y las desilusiones más significativas del movimiento feminista revolucionario, podremos al menos comprender las circunstancias históricas que dieron vida al concepto de anarco-feminismo. Llegando hasta los orígenes de esta definición, más que discutiendo sobre el significado de los términos "feminismo" y "anarquismo" deberían tener aisladamente en su

propia pureza, nos encontraremos en mejor posición para reflexionar sobre el futuro del anarco-feminismo. Podremos, en resumen, con mayor seguridad, explotar algunos de los caminos que el movimiento revolucionario de los años 80 podrá intentar.

Parte II. La experiencia revolucionaria feminista

Una nueva definición de lo político

El movimiento feminista revolucionario ha sido asociado siempre, solo superficialmente, a las feministas del tipo de la revista *Ms*, que tan maravillosamente se adaptan a la imagen liberal de "el mundo es tuyo, haz de él lo que quieras". Las feministas revolucionarias, muchas de las cuales tienen a las espaldas un pasado de militancia activa en los movimientos estudiantiles y contra la guerra, siempre han sabido que el *establishment* reacciona con dureza cuando se siente amenazado. Y como ser feminista significa luchar contra el *establishment* en cada momento, las feministas revolucionarias han sufrido reacciones violentas por todas partes: del gobierno, de los hombres, de las mujeres reprimidas y oprimidas, de los amantes, de los radicales no feministas e incluso del sexismo que impregna nuestro movimiento. Sin embargo, y a pesar de que las continuas luchas han sido cansadoras y a veces desilusionantes, no han impedido que las feministas intentaran una redefinición de lo político.

¿Cuáles son los problemas políticos de las mujeres? ¿La salud, las preocupaciones diarias, la sexualidad, la familia, el trabajo, las cárceles, la escuela, la casa? Y, por cada uno de estos problemas, un millón de "sub-problemas": salud quiere decir psiquiatría, alimentación, aborto, contracepción, drogas, radiaciones nucleares. No es cuestión de elegir sino de encontrarse envueltas en una lucha particular, manipulada y comprometida por esta sociedad autoritaria inclinada a la destrucción.

Para muchas mujeres la primera politización feminista ha pasado a través de la reivindicación del derecho al aborto, es decir del derecho a gestionar nuestro cuerpo. Cuando estuvo claro que las leyes contra la mujer no eran simplemente una supervivencia de la Edad Media sino un instrumento consciente para reafirmar la propiedad del cuerpo femenino por parte del Estado, muchas feministas estaban ya preparadas para trabajar en un movimiento político, porque tenían experiencias de lucha. El problema de "aprender" como hacer personal lo político, no se presentó: la dimensión

íntima y personal ya la había convertido el Estado en política.

Esta realidad no se les ha aparecido a los hombres con la misma evidencia. A pesar de que la mayor parte de los hombres venden, a través del sistema salarial, las energías y potencialidad de su cuerpo y mente, y a pesar de que sus capacidades creativas han sido apagadas, sofocadas y desviadas por el consumismo, muchos llamados radicales parecen aceptar todavía una definición electoral de lo político: algo que se "hace" durante algunas horas al día. Mientras muchos reconocían la urgente necesidad de la lucha política (algo debe cambiar, y rápido), la mayor parte no reconocía que la lucha debería tener un carácter inmediato (debemos cambiar algo cada día).

El separatismo

De la mujer se dice, tradicionalmente hablando, que "no entiende nada" de política, y en cierta forma muchas mujeres se han hecho acreedoras a esta definición. Sin embargo, obligadas a luchar para tener derecho sobre su propio cuerpo, muchas mujeres se convencieron de que no era totalmente cierto, y comprendieron la necesidad de luchar unidas contra la actual estructura de la sociedad.

Es importante recordar que, al principio, muchas intentaron trabajar en los grupos políticos de la izquierda existente. Los anarquistas, que mantenían que el proceso revolucionario no podía prescindir, ni ser separado, de los objetivos de la revolución, parecían los más cercanos a la concepción política de las feministas. Los anarquistas estaban convencidos de que un movimiento autoritario, explotador, no podía en absoluto crear una nueva sociedad no-autoritaria y no-explotadora. La diferencia entre anarquistas y feministas, sin embargo, era que lo que los primeros reconocían solo en la teoría, las segundas lo reivindicaban. Las reuniones y manifestaciones anarquistas no eran sustancialmente distintas de las de otros grupos de izquierdas. Había algunos argumentos de los que era justo hablar en las reuniones políticas y había incluso un modo de justo de hablar. Pero las feministas, que ya comprendían la política demasiado bien, pedían que todas las formas de dominación y explotación fueran consideradas problemas políticos, porque cuando la opresión se manifiesta en cualquier aspecto de la vida ¿Cómo puede decidirse que algunas áreas deben ser objeto de acción política mientras que otras deben quedar excluidas? Las feministas mantenían que deberían afrontarse los problemas de la

dominación, del poder y del sexismo, cuando llegara el caso, también en las reuniones, y no solo en abstracto o fuera del grupo.

Las feministas rechazaban también que se diese una separación entre el yo "racional" y el yo "emotivo" antes de intervenir en las reuniones, y reivindican, en cambio, el derecho de participar en ellas con la persona y con todo el calor, e incluso la confusión, que forma parte de la vida. Según nosotras, era irracional pensar que una forma de vida que no alcanzase la plenitud a través de la sensibilidad, pudiera ser considerada racional. A la mayoría de los anarquistas nadie les ha pedido nunca que vivieran el propio anarquismo de una forma tan directa, y, como consecuencia, les fastidiaba la continua insistencia de las mujeres sobre el "proceso" revolucionario, y las continuas "interrupciones" para discutir el problema de la dominación masculina. De otra parte, muchas feministas que se habían sentido atraídas por la teoría anarquista pero estaban más interesadas por la práctica del anarquismo, se sentían frustradas y rechazaban aceptar la afirmación retórica según la cual es imposible que un anarquista pueda ser un sexista autoritario.

Así fue como muchas feministas abandonaron los grupos mixtos. Algunas continuaron la actividad política en los grupos anarco-feministas; otras, renegaron incluso del anarquismo. Por otras causas también, las feministas empezaban a dar señales de desilusión en relación con otros grupos de la izquierda. La mayoría de los partidos marxistas, por ejemplo, no se preocupaban si quiera de afrontar el problema del feminismo porque la línea política del partido fijaba claramente las prioridades y las jerarquías en la acción. Las insistencias de las feministas sobre el sexismo se liquidaban como intemperancias o debilidades burguesas; por otra parte, cuando se busca instaurar la dictadura del proletariado no es incoherente caer en el autoritarismo. Incluso en estas áreas de la izquierda algunas feministas continuaron trabajando en grupos mixtos, pero muchas los abandonaron para militar exclusivamente en grupos de mujeres solas. En estos grupos confluyeron también algunas mujeres que nunca habían militado en organizaciones políticas pero que, con sus hermanas, desilusionadas de los grupos mixtos, se daban cuenta de que había mucho trabajo por hacer y que el separatismo parecía al menos temporalmente, la única táctica válida a adoptar para combatir la tendencia patriarcal. Y en verdad, si miramos hacia atrás, una gran parte del trabajo político más significativo, tanto en los

Estados Unidos como en Europa, ha sido desarrollado o inspirado por feministas revolucionarias que operaban fuera de la izquierda tradicional.

La obra desarrollada por las feministas revolucionarias y sus implicaciones

No puede sorprender que las feministas radicales hayan actuado sobre todo en el campo de la educación y en el de los servicios. Para muchas mujeres, el paso del papel tradicional de mujer de servicio o de educadora en casa a un rol análogo en el campo de la política, ha sido natural. Dado que el catalizador del compromiso político de muchas mujeres ha sido la reivindicación del derecho al aborto, como consecuencia lógica se han desarrollado, sobre todo, los colectivos para el *self-help* relativos a los problemas de la salud. Conscientes del hecho de que las estructuras autoritarias, tanto del Estado como de los grupos políticos revolucionarios, conservaban el poder autoritario, monopolizando o mistificando un cierto tipo de información y de conocimientos, las feministas han intentado salvar el obstáculo convirtiéndose ellas mismas en las "nuevas expertas". De hecho, han luchado reivindicando el propio cuerpo como organismo natural que puede ser comprendido y curado por ellas mismas sin delegar esta tarea a los médicos, a las sociedades farmacéuticas multimillonarias y ni siquiera a las feministas radicales. Han intentado socializar los propios conocimientos entre ellas y con las "pacientes". Por eso, han formado no colectivos de mujeres sino colectivos para el *self-help*, es decir, para apañárselas solas.

Sin embargo, la ardua empresa de combatir la masiva difusión de drogas medicinales impuesta por la cultura dominante y la necesidad de mayores investigaciones en el campo médico, han impuesto el trabajar incluso fuera del ámbito restringido de los colectivos, para garantizar que el feminismo tenga una eficacia real. Si la investigación sobre los métodos de contracepción solo ha conseguido empeorar a partir de la Edad Media (ya que a las sociedades farmacéuticas y al patriarcado les conviene que sea así), y por el contrario la investigación sobre los métodos contraceptivos reviste una fundamental importancia para la mujer, está claro que hay que combatir el poder de las sociedades farmacéuticas y del patriarcado. Las mujeres que trabajan en los centros de asistencia contra el estupro, han tenido que afrontar problemas análogos. Los centros son muy importantes para las víctimas de la violencia carnal; pero si su carácter es fundamentalmente

“reaccionario” no harán otra cosa que beneficiar al Estado. Muchas mujeres han pedido leyes más severas contra los que cometen estupro, pero las feministas revolucionarias saben que el estupro no es un crimen contra la sociedad que conocemos, sino más bien la expresión ultima de la convicción y la aceptación social de la fuerza como derecho. Aparte el hecho de que los condenados por estupro son siempre pobres o pertenecientes a grupos raciales minoritarios, conviene al Estado pintar el estupro como una forma perversa de desahogo sexual, porque de esta forma se refuerza la idea de que la sexualidad es siempre “sucia” y despreciable, y que el cuerpo humano es una cosa sobre la cual debe el Estado ejercer un control a través de las leyes. Cuando el Estado define el estupro como “crimen” impide que la gente se dé cuenta del hecho de que la propia sociedad incita y favorece implícitamente el estupro a través de la publicidad, la provocación de frustraciones y la exaltación del concepto según el cual es justo que el más fuerte prevalezca sobre el más débil.

La realidad demuestra cuántas víctimas de estupro son esposas maltratadas y objeto de violencia, y el terror por parte del Estado a desestabilizar el núcleo familiar, ha empujado a las feministas a promover una acción de lucha y educación social respecto a este fenómeno, en lugar de confiarse a las vías legales. Hospedadas en casas-refugio provisionales, las esposas maltratadas se ayudan a rechazar la “seguridad” de una relación violenta. A diferencia de los asistentes sociales tradicionales, las feministas revolucionarias no tienen ningún interés en la pacificación doméstica o en “obtener justicia” en los tribunales. Lo que interesa es eliminar el estupro. Distribuyendo material informativo que explica el papel de la sociedad en el desarrollo del fenómeno; imprimiendo y haciendo públicas las descripciones de los violadores, de forma que desaparezca la seguridad del anonimato; y afrontando en grupo, junto a las víctimas, a los violadores en público, las feministas intentan denunciar tanto a quienes los cometen como a la sociedad que implícitamente aprueba su gesto. Por otra parte, desvelando cuáles son los verdaderos problemas y las causas, es decir, las frustraciones, debilidades, el capital y el poder, cumplen una preciosa obra educativa. Una educación que parte de la realidad y trata de modificarla.

El tipo de educación colectiva, vivida y explotadora, que se ha realizado en los centros anti-estupro y para el *self-help*, es representativa de la que realiza la mayor parte del feminismo radical. Durante siglos las amas de casa han

socializado sus propios conocimientos entre mujeres, pero dado que esos estaban relacionados solo con la cocina, el cuidado de los niños y otras cosas parecidas, han sido denigrados a menudo definiéndolos como "cosas de mujeres". Del mismo modo, la disponibilidad de las mujeres para hablar de sus propias relaciones ha sido considerada como "chismorreos". Ahora en los grupos teatrales, editoriales y para la salud –en todos los grupos feministas–, las mujeres continúan intercambiando y socializado sus capacidades, sus conocimientos y sus sentimientos. Las feministas han rechazado la distorsión histórica de la sociedad patriarcal y han reivindicado una historia por parte de la mujer; hemos intentado liberar la educación, transformándola de sumisión en experiencia de vida.

Algunos límites del movimiento feminista revolucionario

Visto el trabajo desarrollado por las feministas revolucionarias puede comprenderse porque el movimiento feminista se considera el más fuerte y duradero de los años 70. Sin embargo, si no existen dudas sobre la influencia positiva en el decenio apenas comenzado, seria nocivo y contraproducente ignorar los límites y los problemas. La mayor parte de las feministas han demostrado una resistencia increíble y no se han consumido como los militantes masculinos. No obstante, muchas mujeres han cedido al cansancio y muchas otras han experimentado una sensación de frustración y tensión, y se sienten incapaces de asumir la tarea de destruir el patriarcado.

Las experiencias en los centros anti-estupro y para el *self-help* han puesto en evidencia el peligro de ayudar al sistema y de ser ineficaces fuera del ámbito restringido de un pequeño grupo (además de ver limitada la eficacia incluso en el interior, por la fuerza de la oposición). Las feministas han debido reconocer que, incluso si la resistencia puede ser considerada una de las cualidades fundamentales de un auténtico radical, existe una necesidad real y urgente de modificar la estructura de la sociedad y por mucho que consiga trabajar un grupo nunca conseguirá liberar a toda la humanidad. Finalmente, muchos mantienen que uno de los mayores límites del movimiento feminista consiste en el hecho de que no solo es incapaz de reunir a la mayor parte de las mujeres, sino que el propio concepto de feminismo radical es alienante para muchas mujeres, y para un número todavía mayor de hombres. Quizás resultará más comprensible si

analizáramos un tipo análogo de desconfianza que se ha manifestado en el interior del propio movimiento: la fractura entre lesbianas y heterosexuales.

Las lesbianas se han dado cuenta rápidamente de que las heterosexuales no solo habían interiorizado, a menudo, modos de comportamiento y métodos de trabajo típicamente masculinos, sino que en muchos casos negaban incluso cualquier relación con las lesbianas, para mantener un fachada de "respetabilidad". Por otra parte, mientras muchas heterosexuales no querían trabajar con los hombres, no habían renunciado a ellos del todo y no querían tener nada que ver con el separatismo anti-macho de muchas lesbianas. Así, la causa original de la ruptura fue determinada por problemas reales surgidos en el intento de trabajar juntas, y habría podido enseñarnos muchas cosas sobre nuestro propio sexismo. Muchas intentaron afrontar el problema y resolverlo, pero, en general, fue nocivo para la causa feminista, cuando la ruptura degeneró de problema de trabajo en común a problema defensivo y de reciproca superioridad. Las lesbianas se consideraban más "puras" porque rechazaban venderse a los hombres o a los mass-media. Las heterosexuales se consideraban, a su vez, más "puras", porque trabajan con la mayor parte de la población, es decir, con las restantes heterosexuales y con los hombres. Muchas heterosexuales reconocieron sus propios prejuicios contra las lesbianas, e intentaron superarlos; o tuvieron un sentimiento de culpa y adoptaron una actitud defensiva. Las lesbianas, conscientes de la realidad histórica de ser rechazadas por sus hermanas, eran a menudo suspicaces y no consiguieron comprender y apreciar los sinceros esfuerzos de algunas heterosexuales para vencer sus tendencias sexistas. El resultado fue que muchas heterosexuales se sintieron injustamente rechazadas por las lesbianas, y que muchas lesbianas manifestaron desconfianza con respecto a las heterosexuales.

Por muchos motivos, el problema es análogo al surgido con relación a los hombres. Muchos hombres se sintieron tan drástica e injustamente rechazados por las feministas que, incluso los que inicialmente habían intentado superar el propio sexismo, replegaron su posición de defensa, y para ellos las experiencia feminista fue de escaso o ningún valor. Y muchas mujeres que luchaban contra el sexismo no querían ser más "puras" que los hombres, sino únicamente igual a ellos. La ruptura entre lesbianas y heterosexuales ha sido fundamentalmente para el movimiento feminista. Muchas de nosotras hemos dado marcha atrás, escocidas por experiencias

traumáticas. Pero esto ha significado también dejar de aprender. Esta lección interna sobre los oscuros límites entre crítica constructiva y culpabilización nociva, debe volvernos más sensibles en relación con los hombres y las mujeres no radicales.

En fin, sumergidas en una marea de cosas que hacer, las feministas están siempre arriesgando el perder el sentido de la orientación y no comprender cómo encontrar una salida distinta y final a las actividades de tipo "reaccionario". ¿Cómo se puede estar segura de que las reformas llevarán a una transformación? ¿Cómo puede evitarse el ser dirigida por el Estado y el capital, y planificar, en cambio, la acción dirigida a destruir el sistema? ¿Cómo se puede estar segura de que el importantísimo trabajo desarrollado en los años 70 no va a ser digerido por el sistema y catalogado como interesante fenómeno histórico, y en cambio continúe informando, dirigiendo y liberando la actividad política de los años 80?

En *Anarchism: The Feminist Connection*, Peggy Kornegger afirmaba que las mujeres son "las únicas capaces de hacerse portadoras de una consciencia anarquista subepidérmica", y en un artículo publicado en *Open Road*, el verano pasado, Elaine Leeder ha escrito: "Se ha dicho a menudo que las mujeres practican el anarquismo sin saber de qué se trata, mientras que hay hombres que se dicen anarquistas y no lo practican". Ni la Kornegger ni la Leeder afirman que la mujer es, desde el punto de vista biológico, más adecuada al anarquismo, pero una interpretación simplista de sus palabras ha llevado a muchos a creerlo. Sin embargo, si las tendencias anarquistas en el interior del movimiento feminista son aceptadas como consecuencia natural del hecho de ser mujeres, esto impone a la mujer la tarea demasiado ardua de "estar siempre a la altura de su anarquismo natural", y limita nuestra potencialidad de maduración política porque no nos estimula a analizar los motivos por los cuales las mujeres se comportan de forma más anarquista que los hombres. Muchos grupos de mujeres se quitan la faja, muchas mujeres explotan a otras mujeres y otros hombres, y las feministas no han sido capaces de liberar a la humanidad. Estos "limites" no quitan nada a la feminidad de la mujer y confirman su humanidad.

Parte III. El anarco-feminismo y el caso del guion

¿Por qué los grupos feministas han adoptado tantos principios del anarquismo en la práctica política? Fundamentalmente porque, en cuanto

mujeres, hemos sido educadas a la sensibilidad, a ser educadoras y a imaginar nuestras acciones en ambientes íntimos, limitados. En el pasado, estos rasgos de nuestro carácter, hicieron más fácil el brutal ejercicio de la dominación masculina, y consintieron mantener a la mujer lejos de las "cosas del mundo". Hoy, en cambio, la consciencia de la fuerza vital y educadora de nuestras cualidades "femeninas" nos permite ampliar nuestro ámbito de influencia, sin perder nuestra fuerza. Por otra parte, conscientes del hecho de que ha sido nuestra educación quien nos ha hecho como somos, podemos extender conscientemente el mismo tipo de educación a los hombres, a los hijos y a las hijas en particular. Pero también sabemos reconocer los límites de esta educación que comprende una tendencia a la pasividad y una tendencia a hacer explotar los conflictos dentro de nosotras, más que un intento de luchar contra quien nos oprime. Brillamos en la actividad interna de un pequeño grupo, pero, por tradición, tenemos desconfianza de los grupos más amplios, y debemos vigilar el no aislarnos.

Esto nos vuelve al problema de la educación. Como ya hemos dicho, las mujeres han tenido que luchar para sacar a la luz nuestra historia escondida. Esta experiencia debiera enseñarnos a sospechar siempre de la "educación". Igual, que el obrero en la poesía de Brecht pregunta si Alejandro conquistó él solo la India, las mujeres han querido saber dónde estaban las mujeres mientras los hombres combatían. Hemos descubierto lo que sabíamos de siempre, pero que no se encontraba en la mayor parte de los libros: las mujeres estaban, y trabajaban, sufrían, amaban y combatían; en resumen, a pesar del rol invisible asignado por la historia, vivían.

La pregunta que el anarquismo debe hacerse es análoga. ¿Alguien ha opuesto resistencia mientras la humanidad se veía arrastrada por la dominación, los saqueos y la guerra, y mientras era burlada en la creencia de que la competitividad basada en la explotación fuera natural? ¿Cómo es posible, si por naturaleza somos tan malos, que todavía seamos capaces de amarnos y compartir con los otros? La respuesta es: porque han reaccionado, luchado y han insistido para no perder la propia humanidad. Precisamente porque muchas personas, individual y colectivamente, han intentado liberar a la humanidad, es importante que nosotros descubramos nuestra historia anarquista, para aprender y sacar fuerzas de ella. Sería ridículo sostener que todos los grupos anarquistas han practicado siempre el anarquismo que profesaban, pero el estudio de la idea y de la historia

anarquista revela que el objetivo de la liberación humana es la esencia del anarquismo. La experiencia revolucionaria ha sido a menudo traumática para los anarquistas, porque es algo con lo que deben contar y de la que deben aprender, si el anarquismo no es simplemente una etiqueta.

También es importante darse cuenta del hecho de que el anarquismo ya no es el mismo que era antes de la experiencia radical feminista. Si el anarquismo es su historia, es también creación continua de una respuesta experimental y activa a lo inmediato y al futuro. En teoría, el feminismo siempre ha formado parte del anarquismo, pero solo en estos últimos años hemos descubierto lo que significa en realidad y, como consecuencia, podemos aprender algo sobre aquella parte de nosotras mismas. Siempre teóricamente las anarquistas no tendrían que haber aprendido nunca a ser feministas, pero en realidad han tenido que hacerlo, y la lección ha sido preciosa: nos ha enseñado qué significa realmente vivir la política y nos ha proporcionado ejemplos concretos, actuales, de acciones directas, locales y colectivas. Es fácil ver los beneficios que el anarquismo ha sacado del feminismo, y son muchos los que prefieren el movimiento feminista al anarquista. Sin embargo, mientras pienso que es todavía prematuro eliminar el guion que une y divide el término anarco-feminismo, estoy convencida de que se puede volver –o mejor llegar– a un anarquismo como el ideal libertario.

El acercamiento entre anarquismo y feminismo ha permitido colocar el trabajo realizado, inmediato y concreto, en una perspectiva histórica. Esto es importante para conseguir que nuestros métodos de lucha, colectivos y humanos, no sean considerados fenómenos esporádicos aislados, sino parte de una visión global de toda nuestra vida. No podemos avanzar si antes no hemos comprendido claramente cuáles son los problemas reales (y la experiencia feminista ha contribuido a aclararlos), pero si queremos movernos libremente tenemos también necesidad de un ideal. Este ideal no puede ser más que la expresión de nuestro pasado, de nuestro presente y nuestro futuro. Una parte de él comprende nuestra historia anarquista, y una parte de esa historia comprende la condivisión de capacidades que en un tiempo eran consideradas exclusivamente "masculinas". Si nuestras capacidades "femeninas" son el producto de nuestra educación, también lo son nuestros defectos "femeninos". Los compañeros pueden ayudarnos a liberar las capacidades "masculinas" del oscuro pasado y del uso destructivo

al que, generalmente, les destina la sociedad capitalista.

La experiencia feminista ha llevado adelante la práctica, y encontraremos en nuestro pasado –y presente– anarquista, intentos de vivir una vida colectiva no autoritaria. Anarco-feminismo, no es el único nombre compuesto en el movimiento. Los dos que más a menudo se citan son el anarco-sindicalismo y el anarco-comunismo. En todos los casos es añadir el anarquismo, el elemento anárquico que parece necesitar un mayor énfasis. Los anarco-sindicalistas reconocen que la vida de la mayor parte de las personas está centrada en el trabajo, y están convencidos de que ese es el campo hacia el que debe apuntar la tarea de organización. Los anarco-comunistas subrayan la importancia de las comunas y de la comunidad. Dado que el anarco-comunismo se refiere a la vida y a todas las relaciones de interacción que le son propias, creo que puedo afirmar que el término "anarquismo" comprende el concepto de comunismo.

En el anarco-feminismo están presentes aspectos comunes a los dos movimientos citados. En la medida en que las mujeres son explotadas y humilladas aún más que los hombres, el anarco-feminismo es similar al anarco-sindicalismo. En este caso, el énfasis hay que ponerlo en los aspectos del anarquismo que se refieren a la explotación individual y sexual. En la medida en que el anarco-feminismo va más allá de la "reacción" a la explotación y busca un enfoque global de la vida, es similar al anarco-comunismo y como él se convierte en sinónimo de anarquismo.

Parte IV. El anarquismo en los años 80

¿Por qué he dicho que es prematuro omitir la especificación feminista en el anarquismo? Principalmente porque considera al anarquismo –al anarquismo enriquecido por la experiencia feminista– como la vía revolucionaria más real y practicable en los años 80. Aquellos de nosotros que decidan en algunos periodos trabajar en grupos mixtos deberán, probablemente, utilizar una parte considerable de sus energías en hacer resaltar el componente feminista del anarquismo, y naturalmente, muchas de nosotras, continuaremos definiéndonos anarco-feministas. Por lo que a mí respecta, eliminaré la especificación feminista de la denominación, pero no de la práctica de lucha.

El trabajo, que espero estará inspirado por la experiencia feminista, comprenderá también el redescubrimiento de nuestras raíces y de nuestras

experiencias anarquistas, y el reconocimiento de lo político como problema cotidiano. Por raíces anarquistas, no entiendo acciones o teorías específicamente inspiradas en el anarquismo, sino cualquier experiencia de rebelión o de anti-autoritarismo. Muchas revueltas, como la de los Diggers en la Inglaterra de 1600, la española de los años 30, la francesa de 1968 o las ocupaciones de casas en Ámsterdam de nuestros días, nos recuerdan que la teoría anarquista ha tenido su origen en la lucha del hombre contra la opresión, y en una responsabilidad de vida precedente a cualquier teoría. La experiencia del feminismo revolucionario constituye la demostración más reciente, y evidente, de esta verdad. Si prestamos atención a esta herencia histórica nos veremos estimulados para analizar, más de cerca, nuestras condiciones de vida, y encontraremos en ellas frecuentes signos y una extraordinaria potencialidad de radical rechazo de la sociedad autoritaria. Y esto es importante, si queremos ser algo más que una minoría descontenta y si verdaderamente creemos en la posibilidad de liberar a la humanidad. Sobre todo, a través del trabajo de los colectivos para la salud, en los grupos teatrales y anti-estupro, las feministas han sido capaces de fundir una perspectiva política consciente con las necesidades inexpresadas de aquellos cuya existencia expresa la necesidad y la potencialidad de liberación.

La relación entre el sentido de inmediatez y la eficacia del trabajo desarrollado, ha parecido siempre claro a través de las luchas feministas, y yo estoy segura de que la mayor parte de las feministas continuará haciendo lo que hemos hecho en este último decenio; combatir el sexismo allá donde se manifieste. Las mujeres están todavía, sin ninguna duda, más oprimidas que los hombres, y el Estado intenta frenar los abortos después de haberse dado cuenta de las graves consecuencias producidas por haber "concedido" a la mujer el derecho a gestionar, en algún modo su propio cuerpo. En fin, la mayor parte de los grupos políticos son aun sexistas. Las feministas tienden a luchar en el lugar en que viven y creen que, siguiendo su estela, los anarquistas de los años 80 se empeñarán sobre todo, en la lucha para liberar los ambientes urbanos. Son numerosos los que manifiestan cada vez más repugnancia por la vida en la ciudad y predican "un regreso al campo". Sin embargo, en el curso de los años 70 parece haberse difundido la consciencia de que la gente no puede simplemente marcharse, y las feministas en particular, han intentado luchar *in loco*, sobre todo en áreas urbanas. Las feministas se están alejando cada vez más del espíritu de reacción para

iniciar un camino, y todas luchamos para incrementar el intercambio comunitario de los conocimientos y experiencias. Deberemos, por tanto, buscar sobre todo hacer más visible la ciudad en lugar de buscar maneras de escapar de ella.

Quizás muchas de nosotras querríamos escapar, pero mientras tanto, la mayor parte es esclava del trabajo y del salario. Si realmente queremos vivir de forma más inmediata la política, deberemos buscar cómo liberar el lugar en que trabajamos. Desde el momento en que el número de las mujeres que trabajan ha aumentado mucho en los dos últimos decenios, las feministas se han encontrado cada vez más comprometidas en la obra de organización en el lugar de trabajo. Como siempre, hemos tenido que pelear con las jerarquías de los sindicatos masculinos. Donde existían, las mujeres han luchado para introducir aunque solo fuera un aroma de feminismo, pero la mayoría de los sindicatos nunca se habían interesado por la organización de las mujeres, así que en muchos casos la actividad de las feministas se ha desenvuelto de forma autónoma. Es importante que esta actividad de organización sea creativa y liberadora, como debería ser nuestra vida.

Para muchos marxistas el ambiente de trabajo ofrece caracteres ideales de rigidez y autoritarismo para la organización de la dictadura obrera. Pero para los anarquistas, que contestan el concepto de Estado y son contrarios a cualquier tipo de dictadura, el trabajo de organización requiere más imaginación. Como ha observado Murray Bookchin, el trabajador se convierte en un revolucionario no haciéndose más trabajador, sino deshaciendo esta imagen suya. Como las feministas han luchado para clarificar el aspecto personal de la política, así feministas y anarquistas juntos deben luchar para conservar la humanidad en el ambiente de trabajo y para hacer que los trabajadores no sigan siendo considerados objetos. Es igualmente dañino organizar a los trabajadores según una concepción autoritaria, como desear simplemente que los individuos no sean antes que nada trabajadores. El ambiente de trabajo es generalmente alienante y aburrido, y parece difícil liberar energías humanas. Sin embargo, y ya que estamos en el ambiente del trabajo, una vez liberado el ser humano que hay en el trabajador, la fuerza del anarquismo no tendrá límites. Lo mismo que el feminismo ha enriquecido y ampliado los horizontes del anarquismo, la energía liberada en los lugares de trabajo nos sorprenderá con su potencialidad. Si somos capaces de reivindicar el trabajo como actividad que

desarrollemos por nosotros mismos, más que como una cosa que somos para otros, nuestro futuro creativo e imaginativo se abrirá sin confines. Si en cambio fallamos, ya sabemos lo que nos espera.

Conscientes de que la esfera política será "sentida" siempre con más fuerza a nivel local, inmediato, debemos reconocer que lo "inmediato" no es fácilmente reductible. En esta época de lavado intensivo de cerebro por parte de los mass-media, de opositores reducidos al silencio con drogas que atentan al cerebro, del crecimiento del militarismo y la manía nuclear, la crisis global es una crisis local. Obviamente, no podemos comprometernos activamente a combatir todas las formas de opresión que nos aplastan, pero si no encuadramos nuestras luchas en un contexto global arriesgamos el ser condenados a la repetición de luchas individuales o colectivas a pequeña escala, y en última instancia al fin de todas las luchas, porque la locura nuclear nos destruirá. Aquí entra en juego la importancia del ideal, de la historia y de la organización anarquista. Es importante encuadrar las luchas constructivas locales en un contexto global para no dejarnos asimilar por el sistema, para aprender de los otros que luchan en otros sitios, para no olvidar que somos parte de una revolución mundial y para tomar parte en grandes manifestaciones, como las antimilitaristas y antinucleares, de una manera constructiva e informada.

Nuestra historia ha hecho posible las luchas para la liberación que preveo para los años 80. El espectáculo eufórico de muchas luchas de los años 60 ha contribuido a liberar nuestra imaginación. La definición más amplia de lo político en los años 70 ha ampliado los horizontes de nuestros ideales, y el trabajo metódico, sólido, constante, a nivel local, de las feministas radicales, ha contribuido a darnos la fuerza y la resistencia de los verdaderos revolucionarios.

En los años 80 tendremos necesidad de todo el espíritu, toda la imaginación, y toda la fuerza de que podamos disponer. Las grandes potencias se están preparando para la guerra y juegan con la energía nuclear. Estaríamos locos si hiciéramos previsiones optimistas sobre nuestro futuro. Sin embargo, con los ideales anarquistas y el ejemplo de resistencia del movimiento feminista, lucharemos hasta el final de nuestra humanidad.

El porvenir

María Alarcón
Cuba, 1909

Muera el presente. En la azulada esfera brilla con suave, tibios resplandores, nuevo sol que da vida y colores a la que fuera, hasta ayer, vida rastrera.

Hoy por doquier potente impera bajo rayos de sol germinadores, otra vida, himno fraternal de los amores gozando de libertad la creación entera: y al soplo de la brisa perfumada ¡Oh anarquía, luz esplendente! El alma goza la ilusión soñada y el amor incendia el corazón ardiente.

¡Anarquía inmortal!, madre de ideas: tú eres vida y amor, llegada seas!

Fichas biográficas

Virgilia D'Andrea (Sulmona, 11 de febrero de 1888 – Nueva York, 12 de mayo de 1933) — Poeta, periodista y anarquista italiana. Siendo todavía infante, sufrió la pérdida de su familia, quedando su crianza a merced de un internado católico. Su posterior formación como profesora y la experiencia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la acercaron a los ideales anarquistas. Hacia el año 1917 conoció al periodista y militante anarquista Armando Borghi, con quien se unió amorosamente durante toda su vida. Ese mismo año, ambos fueron apresados a causa de su oposición a la intervención italiana en la guerra.

Sus primeros escritos conocidos fueron publicados en 1922. Se trató de una selección de 19 poemas en rima titulados *Tormento*, cuya edición fue acompañada de un texto preliminar de Errico Malatesta. La efervescencia del fascismo italiano la empujaron al exilio, viviendo en países como Alemania, Holanda y Francia. En este último, publicó su segundo libro, esta vez de prosa: *L'Ora di Marmaldo*.

En 1928 emigró a los Estados Unidos, instalándose en el barrio Brooklyn, Nueva York. Desde allá, continúo colaborando en la prensa anarquista, mientras publicaba una segunda edición de *Tormento*, la cual fue rápidamente confiscada por los fascistas de la Italia de Mussolini.

A la edad de 45 años, falleció a causa de cáncer de mamas. Su obra fue reunida en el libro *Torce nella Notte* (Nueva York, 1933).

Raquel (Chile). Salvo su colaboración en el periódico anarquista de Osorno *Vida Nueva* (1934 - 1939), se desconocen más datos biográficos. De todos modos, cabe mencionar que en dicho periódico, el día 19 de enero de 1936, se anunció la creación la Unión Femenina de Osorno, organismo de la

C.G.T. (organización responsable de *Vida Nueva*) que se presentaba como "el único organismo de Osorno que lucha por levantar el nivel moral, económico y social de la mujer proletaria".

Luz Meza Cienfuegos (México). Existen escasos datos biográficos acerca de su vida, sin embargo, su participación política entre los anarquistas mexicanos no pasó desapercibida. Se sabe que fue parte de la Federación Anarquista del Centro de la República Mexicana (FAC) fundada en 1936. Dentro de este grupo, habría participado en la fundación de *Libertad*, el órgano de propaganda de dicha organización, siendo integrante del grupo editor.

En 1938 era la directora del Centro de Estudios Sociales de Puebla. Posteriormente, en 1944 estuvo dentro de las comisiones que se encontraban reestructurando la Federación Anarquista del Distrito Federal, con la finalidad de reactivar la militancia en la Ciudad de México.

En marzo de 1968, Luz Meza Cienfuegos participó en el X Congreso de la Federación Anarquista Mexicana, por lo cual se puede deducir que estuvo más de 30 años vinculada al anarquismo en tierras mexicanas.

Juana Rouco Buela (Madrid, 1889 - Buenos Aires, 1969) — Llegó a Argentina en 1900, acompañada de su madre. A su corta edad comenzó a trabajar en una fábrica y a los pocos años se involucró en las huelgas obreras convocadas por Federación Obrera Regional Argentina (F.O.R.A.). En 1907, fue parte de la fundación del Centro Femenino Anarquista de la Republica, en conjunto con varias mujeres anarquistas como Virginia Bolten, María Collazo y Teresa Caporaletti. Este mismo año, participó en la Huelga de Inquilinos, siendo detenida y procesada por la Ley de Residencia, que la deportó a España en 1908. En el exilio en su ciudad natal, Madrid, se vinculó con compañeros y compañeras anarquistas, como Teresa Claramunt. Asimismo, durante este tiempo, absorbió toda la experiencia de los libertarios españoles, conocimientos que posteriormente puso en práctica al regresar a Latinoamérica.

Ya en 1909, Juana Rouco Buela estaba de vuelta en Uruguay, publicando en conjunto con otras libertarias el periódico anarquista *La Nueva Senda* en la ciudad de Montevideo. Al año siguiente, asistió a una huelga general en Argentina, donde fue detenida y encarcelada durante casi un año, periodo

en el que fue extraditada a Uruguay. Desde este país, en 1914, intentó viajar de forma ilegal a Europa. Siendo descubierta se ve obligada a desembarcar en Brasil. Estuvo en Rio de Janeiro por más de 3 años, manteniendo su activismo político en las tierras brasileñas.

En 1921, volvió a Argentina y fundó, en conjunto con otras libertarias, el Centro de Estudios Sociales Femeninos en la ciudad de Necochea, provincia de Buenos Aires. Este mismo grupo dio origen al periódico *Nuestra Tribuna*. En la década del '50 Juana Rouco Buela se incorporó a la Federación Libertaria Argentina (FLA) contribuyendo con artículos para su órgano de propaganda, *Acción Libertaria*. En 1964 publicó su autobiografía *Historia de un ideal vivido por una mujer*, re-editado hace unos años por LaMalatesta (Madrid, 2013). Falleció a los 80 años de edad en Buenos Aires.

Virginia Bolten (San Luis de Argentina, 1876 - Montevideo, 1960) — Hija de padre alemán y madre argentina, creció en la provincia de San Luis. Tras la separación de sus padres, se trasladó a la ciudad de Rosario, donde se instaló en un barrio obrero y trabajó en la Refinería Argentina de Azúcar. Su activismo político fue latente en 1890, cuando fue detenida por distribuir propaganda anarquista entre los trabajadores de la refinería. Desde ese momento participó ininterrumpidamente en las huelgas, manifestaciones y actividades destacándose como oradora y propagandista.

Fue parte de iniciativas como la fundación del Centro Femenino Anarquista de la Republica en 1907, y como integrante de este grupo asistió a la Huelga de Inquilinos, donde fue arrestada y deportada a Uruguay por la Ley de Residencia, siendo compañera de exilio con Juana Rouco. Así se instaló en Montevideo y continúo su activismo desde esta ciudad, donde se sumó al centro femenino *Emancipación* en 1911. Durante todos sus años de militancia política estuvo participando activamente en periódicos anarquistas argentinos y uruguayos como *La Nueva Senda, El Rebelde*, *La Protesta Humana* y *La Voz de la Mujer*. Falleció a los 84 años en Montevideo.

Teresa Claramunt (Sabadell, Cataluña, 4 de junio de 1862 - Barcelona, 11 de abril de 1931) — Nacida en el centro industrial de Sabadell, en Cataluña, la familia de Teresa Claramunt proviene de un ambiente completamente proletario. Apenas siendo una adolescente empezó a trabajar en una fábrica textil local, tomando consciencia de la situación en la que vivían los

trabajadores, lo que la arrojó con fervor a su defensa por medio de significativas huelgas y manifestaciones obreras. Sin poseer una alta cultura, su naturaleza era la de la lucidez, siendo reconocida desde su juventud como una gran oradora.

Su ímpetu sensible y agitador se interesó de la condición cultural de la mujer en pleno desarrollo industrial y capitalista en la conservadora España de su época y, convencida de que su malograda situación se origina en su deformación intelectual y moral por medio de la falta de educación, quiso fomentar su desarrollo fundando en 1891 la Sociedad Autónoma de Mujeres de Barcelona, la primera organización feminista española.

Sus numerosas estadías en la cárcel y la expulsión de su país no le impidieron dirigir diferentes medios de prensa ácrata, como *El Protector* y *El Rebelde*, colaborando también en *La Revista Blanca* y en otras destacadas publicaciones.

Por su intenso y abnegado espíritu reivindicativo, los franceses la llamaron "*Louise Michel espagnole*".

Hé Zhèn (Yiseng, 1884 - 1920) — Anarquista y feminista china. Nacida en el seno de una familia acomodada con el nombre He Ban, su educación se basa en el confucianismo. A sus 19 años se casó con Liu Shapei, connotado erudito con quien se va a vivir a Tokio. Ambos fundaron en 1907 la Sociedad para el Estudio del Socialismo, mientras publican el periódico anarquista *Justicia Natural* (Tianyi). En sus escritos firman con pseudónimos; He Ban firma como Hé Zhèn (Hé Trueno) y como He-Yin Zhèn (Yin es el apellido de su madre soltera).

En esos años el ambiente intelectual en China era una efervescente mezcla de erudición confuciana e ideas occidentales, como el anarquismo, el darwinismo social y el feminismo, contexto en el cual Hé Zhèn fundó la *Asociación para la Recuperación de la Mujer*, en la que se pedía el uso de la fuerza para acabar con la opresión masculina de las mujeres, así como la resistencia a la clase dominante y al capitalismo (más referencias en el artículo "Hé Zhèn y el anarco-feminismo en China" de Peter Zarrow - *The Journal Studies*, Vol. 47, No.4, Nov. 1988).

Las causas de su fallecimiento son confusas. Según algunas fuentes, tras la muerte su esposo Liu a causa de una tuberculosis, Hé Zhèn se habría convertido en monje budista y ordenado bajo el nombre Xiao Qi. Otros

rumores señalan que habría muerto de un ataque al corazón.

María Álvarez (Montevideo, 1905 - Montevideo, 25 de marzo de 1925) — Periodista y militante anarquista uruguaya. A pesar de su prematura partida a los 20 años, fue redactora del periódico montevideano *El Hombre*, que dirigía el español José "Tato" Lorenzo. Asimismo, colaboró en la sección femenina de la revista peruana *La Humanidad*, en la revista uruguaya *Ahora* y en los periódicos argentinos *La Tribuna* y *La Antorcha*.

Emma Goldman (Kaunas, 27 de junio de 1869 - Toronto, 14 de mayo de 1940) — Oradora, propagandista y reconocida por ser pionera en la lucha por la emancipación de la mujer. Proveniente de una familia judía de Lituania, que en esa época pertenecía al Imperio Ruso, contados los quince años decide emigrar hacia Estados Unidos. Allí comenzó a trabajar en una fábrica textil, donde emergen sus convicciones anarquistas en plena ebullición del movimiento obrero de Chicago. Su personalidad es intelectual y profundiza las ideas de lucha por la liberación sexual de la mujer. Dado el contexto historico, no se restó al llamado de la defensa al anti-militarismo, en plena Primera Guerra Mundial, lo que le costó múltiples encarcelamientos y deportaciones. Producto de una de ellas, arribó a la Rusia bolchevique, escribiendo sus impresiones sobre el movimiento revolucionario ruso bajo el título de la decepción.

Entre sus contribuciones literarias es destacable la dirección de la revista mensual *Mother Earth*, que circuló durante casi una década hasta su cierre por las autoridades estadounidenses, en 1917. También, Emma Goldman es autora de los libros *Anarquismo y otros ensayos* (1910) y de la autobiografía *Viviendo mi vida* (1931).

Ilse (España). Salvo su colaboración en la revista *Mujeres Libres* (1936-1939), desconocemos más datos biográficos. Para saber más sobre esta publicación, recomendamos el libro *Mujeres Libres de España: Documentos de la revolución española*, investigación y antología realizada por Margareth Rago y Maria Clara Pivato Biajoli co-editada recientemente por Biblioteca Terra Livre (São Paulo) y Editorial Eleuterio.

María Lacerda de Moura (Minas Gerais, 16 de mayo de 1887 - Rio de

Janeiro, 20 de marzo de 1945) — Profesora, conferencista, escritora y periodista brasilera, se alineó en el movimiento libertario sin asir a un ideario definido: su meta de librepensadora es la libertad y la reeducación del ser humano a fin de prepararlo para una participación sin preconceptos en un mundo libre, por el cual luchaba. Sus ideas tuvieron amplia difusión en los medios anarquistas, tanto en Brasil como en Argentina, Chile y España, escribiendo sobre ella recordados ácratas como el doctor Juan Lazarte, de Argentina, o Federica Montseny, quien la define como "sol irradiando entre sombras, alma vibrante clamando en el silencio de la inconsciencia, mano piadosa enderezando las torcidas sendas, energía creadora surgiendo como una realidad alegra y fecunda".

En 1926 publica *Religión del amor y de la belleza* (São Paulo), obra "que es un canto de amor consciente y un conjunto de bellezas", según escribió Antonia Maymón. Llegado 1928, inició una experiencia de vida comunitaria en Guararema, Estado de São Paulo.

Otros de sus libros fueron: *La fraternidad en la escuela* (1922), *La mujer de hoy y su papel en la sociedad* (1923), *¿La mujer es una degenerada?* (1924), *Ámense y no os multipliquéis* (1931) y *Han Ryner y el amor plural* (1933).

Milly Witkop Rocker (Zlatopol, 3 de marzo de 1877 - Nueva York, 23 de noviembre de 1955) — Escritora, anarcosindicalista y anarcofeminista de origen ucraniano. A los 17 años emigró de Ucrania a Inglaterra, donde llegó a trabajar en un taller de confección, con la finalidad de juntar dinero para traer a sus padres y sus cuatro hermanas. Sus primeros pasos en la política fueron mediante la vinculación con el grupo editor del periódico anarquista *Arbayter Fraynd*, acercándose a los contenidos doctrinarios clásicos.

En 1895, conoce al intelectual libertario Rudolf Rocker, que será su compañero y con quien tuvo a su hijo Fermín en 1907. En mayo de 1898, ambos intentan establecerse en Nueva York, pero no fueron admitidos en el país por no estar casados legalmente, lo cual los obliga a volver al Reino Unido. Desde ahí publicaron el periódico *Germinal* en 1900. Al comenzar la Primera Guerra Mundial, su compañero fue detenido por considerarse un extranjero enemigo. Desde ese momento participa en las actividades antibelicistas hasta que en 1916, Witkop también fue arrestada. Estuvo dos años en prisión y al ser liberada se trasladó con su compañero y su hijo a Holanda.

En 1933, tras el incendio del Reichstag en Berlín y las posteriores represalias contra los opositores del Partido Nazi (comunistas, socialdemócratas y anarquistas), la familia Rocker migra a Estados Unidos. Desde allá continúa su militancia política, involucrándose en campañas de apoyo a los anarquistas españoles durante la revolución y guerra civil (1936-1939). Fallece en 1955 a causa de dificultades respiratorias.

Una rebelde (Francia). Traducción a nuestro idioma del pseudónimo "Une Revoltée", firma que figura en *La Revue Anarchiste*, revista francesa donde también escribe sobre educación. Dado que es común en la prensa anarquista el uso de seudónimos a la hora de firmar los escritos políticos, resulta imposible saber quién es la mujer detrás de este escrito.

Federica Montseny Mañé (Madrid, 12 de febrero de 1905 - Toulouse, 14 de enero de 1994) — Fue hija de Federico Urales y Soledad Gustavo, editores de *La Revista Blanca*, destacada publicación libertaria española, además de *Tierra y Libertad*. Su madre, profesora, la educó en casa. De joven, incursionó en la filosofía, estudiando en la Universidad de Barcelona, al mismo tiempo que militaba en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), colaborando en publicaciones anarquistas con escritos sobre literatura, feminismo y filosofía.

Entre noviembre de 1936 y mayo de 1937, Federica, en tanto anarquista, se hizo cargo del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social en el gobierno del socialista Francisco Largo Caballero, desempeñando su cargo durante la Guerra Civil, siendo sus tareas la evacuación de refugiados, las urgencias hospitalarias, además de promulgar una ley del aborto y crear centros de atención a las prostitutas, donde se les ofrecía alojamiento y se les enseñaba un oficio. Finalizada la guerra, se exilió en Toulouse, Francia, donde dirige la revista de ciencias, sociología y arte *Cenit* entre 1951 y 1972. En esa misma ciudad, fallece en 1994.

Federica Montseny publicó: *Horas trágicas* (1920); *La mujer, problema del hombre* (1932*); Cien días de la vida de una mujer* (1949); *Qué es el anarquismo* (1974); y *Mis primeros cuarenta años* (1987).

Alejandrina B. y Ch. (Perú) — No contamos con registros de Alejandrina B. y Ch., pero en el escrito incluido en este volumen figura junto a su firma

la localidad de Huacho, ciudad situada en la costa central de Perú. Siendo este texto del año 1923, no se puede omitir en esta nota biográfica que el día 17 de junio de 1917 acontecieron protestas en esta ciudad por la jornada laboral de ocho horas y aumento salarial. Estas protestas culminaron con un total de siete trabajadores fallecidos, matanza perpetuada por la Gendarmería Nacional. En este grupo había dos mujeres: Irene Salvador (1873-1917) y Manuela Chaflajo (¿?-1917). La sobrina de Irene, Juanita Grados La Rosa, que también participó de dicha manifestación, fundó en Huacho el Centro Femenino "Luz y Libertad" junto a Luzmila La Rosa y María La Rosa, ambas familiares, hacia el año 1918.

Kytha Kurin (Canadá) — Activista canadiense. Existen escasos datos biográficos acerca de su vida. Formó parte del colectivo que publicaba la revista *Open Road* en Vancouver entre los años 1976-1990. Cabe señalar que *Open Road* alcanzó a tener 14.000 lectores, aportando considerablemente a la articulación del movimiento anarquista durante los años '70 y '80.

María Alarcón (Cuba) — Salvo su colaboración en el periódico *¡Tierra!* de La Habana, Cuba (1902-1915), desconocemos más datos biográficos.

Fuentes bibliográficas

1. “Alma-roja”, de Virgilia D’Andrea, es un poema que pertenece a su libro *Tormento*, publicado en 1929 por *La Fraternelle* en París. La traducción estuvo a cargo de Muriel Zamorano.

2. “Libertad y justicia”, de Raquel, apareció publicado en el semanario *Vida Nueva*, órgano de difusión de la Confederación General de Trabajadores, editado en Osorno, sur de Chile, fecha 3 de enero de 1937, número 54, año III.

3. “La primera esclava”, de Luz Meza Cienfuegos, apareció publicado en el periódico *Vida Nueva*, fecha 26 de marzo de 1938, número 117, año III.

4. “A mis hermanas”, de Juana Rouco Buela, es parte del libro *Mis proclamas*, publicado el año 1924 en Santiago de Chile.

5. “Preguntas y respuestas”, de Virginia Bolten, apareció en el mítico periódico anarquista *La Protesta Humana* (Buenos Aires), en su edición nº 96, con fecha 28 de octubre de 1900.

6. “La mujer: consideraciones generales sobre su estado ante la prerrogativa del hombre”, de Teresa Claramunt, fue publicado en España por Biblioteca de El Porvenir del obrero (Mahón) el año 1905. La versión incluida en este libro fue gracias al compendio *Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa* (Barcelona, Virus Editorial, 2006).

7. “Liberación de las mujeres”, de Hé Zhèn, corresponde a extractos de un artículo mayor titulado “Problemas de la Liberación de las Mujeres,” publicado originalmente en *Justicia Natural* en Septiembre y Octubre de 1907. La traducción (al inglés) es de Hsiao-Pei Yen de la Universidad de Oregon (Departamento de Historia). La versión en nuestro idioma fue gracias a rebeldealegre.

8. “La mujer”, de María Alvarez, apareció en la publicación *El Hombre* (Montevideo, Uruguay), en el número 200, fechado 18 de Agosto 1920.

9. “La situación social de la mujer”, de Emma Goldman, apareció en la revista *Mujeres Libres* (España), en el número correspondiente al semana 21 de la revolución, año 1936.

10. “La doble lucha de la mujer”, de Ilse, apareció en la revista *Mujeres Libres* (España), en el número correspondiente al VIII mes de la revolución, año 1937.

11. “¿Tiene sexo la inteligencia? Las dos grandes razas sociales”, de María Lacerda de Moura, apareció en la revista *Estudios* (Valencia, España). La primera parte se publicó en el número 95 de julio de 1931, mientras que la segunda en el número 100, de diciembre del mismo año. En ambos casos el traductor firmó como “Zeus”.

12. “¿Qué quiere la Liga Sindicalista de Mujeres?”, de Milly Witkop-Rocker, apareció publicado en el periódico bonaerense *La Protesta*, en sus números 33, 34 y 35, entre el 28 de agosto y el 11 de septiembre de 1922.

13. “La mujer y la política”, de Una Rebelde, fue publicado originalmente bajo el título “La femme et la politique” en *La Revue Anarchiste*, octubre de 1922. En castellano fue publicado por *La Protesta* (Buenos Aires), número 58, fechado lunes 26 de febrero de 1923.

14. “La mujer nueva”, de Federica Montseny, se publicó en *La Revista Blanca* (Barcelona), año IV, número 72, con fecha 15 de mayo de 1926.

15. “¡Mujer, despierta y rebélate!”, de Alejandrina B. y Ch., apareció en el periódico peruano *La Protesta*, número 121 del año 1923. Este manuscrito también fue compilado en la investigación *La mujer en la prensa obrera peruana (1904-1948)*.

16. “Anarco-feminismo ¿Por qué el guión?”, de Kytha Kurin, se publicó en la revista canadiense Open Road (Vancouver) con el título “Anarcha-feminism: Why the hyphen?” en la edición correspondiente al verano de 1980. En nuestro idioma apareció el mismo año gracias a la traducción de revista Bicicleta número 33, de noviembre de 1980.

17. “El porvenir”, de María Alarcón, apareció en el periódico cubano ¡Tierra! (La Habana), número 310, año VIII, con fecha sábado 31 de julio de 1909.

Edición

Grupo Gómez Rojas

Imagen de cubierta

Milicianas anarquistas en España, 1936

Ilustraciones interiores

Del artículo "Daily life revolutionary utopia: feminism, anarchism & science fiction", escrito por Lessa, Takver & Alex e ilustrado por Clifford Harper (revista Open Road, verano de 1978, Canadá)

Proyecto gráfico

Artes Gráficas Cosmos

Emancipación. Las anarquistas y la liberación de las mujeres / edición organizada por Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas. – Santiago de Chile : Editorial Eleuterio, 2018. – Colección Libertarias / Volumen 2

ISBN (digital) 978-956-9261-40-4

I. Anarquismo II. Feminismo III. Historia y crítica IV. Serie

EDITORIAL ELEUTERIO

http://eleuterio.grupogomezrojas.org

eleuterio@grupogomezrojas.org